

GODOFREDO Y GARCINDA



V.

GNSEGUIDA separó las manos de la cara, se enjugó las lágrimas y miró fijamente á Godofredo. «No quiero llorar, dijo, es pueril. Si es verdad lo que he oído, las lágrimas no son bastantes para aliviar tamaño pesar. ¿Es cierto que el conde de Malaspina es un mendigo, y que su hija no puede llamar suyo más que á las ropas con que se cubre? Permaneces silencioso, Fredo. Sea así; ¿qué me importa? Hace largo tiempo que preveo desgracias, y respecto á la pobreza, la he visto ya en el convento, la conozco y no me asusta. Pero la vergüenza, Fredo, la vergüenza...

—«¡Por la sangre de nuestro Señor! exclamó el jóven; ¿quién se atreve á decir que os amenaza la vergüenza en tanto que pueda yo manejar una espada y tener una lanza en ristre?

Ella aparentó no oirle, y despues de una pausa durante la cual, inconscientemente, pasó las cuentas de su rosario, preguntó de repente: «¿Conoceis al conde de Gaillac?» El jóven dió un brinco como si hubiera pisado una vívora, prorumpió

en una maldición entre dientes y estrujó convulsivamente entre sus manos la colcha de la cama.

—«Parece que le conoceis,» continuó diciendo la doncella, «y yo también le conozco.» Hará unos dos años que vino á Monte Salvaire de cacería con un gran número de damas y caballeros, que se sentaron á comer en el bosque inmediato al jardín del convento, y nosotras desde el vivero podíamos ver lo que pasaba entre ellos; cómo comían y bebían, así como oír las canciones que la condesa—una mujer de elevada estatura y altivo continente—cantaba acompañándose con el laud. ¡Oh primo mio, qué terribles seres humanos eran todos! Aun allí, lejos de ellos, me sentí sobrecogida de horror, y celebré infinito cuando la abadesa vino á sacarnos del jardín para llevarnos á hilar al refectorio, donde nada más se oía que el murmullo de las monjas que en voz baja hablaban de la brutalidad y vicios del conde de Gaillac, conocido de todas ellas, porque en el convento se sabe todo cuanto pasa fuera, pues de otro modo se morirían de tedio las reclusas. En esto la abadesa entró y me dijo que el conde estaba en el locutorio y deseaba verme para darme un mensaje de mi padre. No sé como tuve valor para levantarme y atravesar la habitación á fin de reunirme con la superiora, que estrechándome las manos con afecto maternal me dijo en voz baja: «Recuerda hija mia que te hallas en un lugar sagrado, donde el mismo espíritu del mal no tendría poder alguno sobre tí,» y me condujo donde esperaba aquel hombre sin fe ni ley, con sus ojos de buho y su cara de lobo, acompañado de la hermosa y descarada dama. Estaban ambos riéndose cuando me presenté, y de repente quedaron silenciosos. Oí al conde decir alguna cosa en italiano á la dama, que entendí perfectamente, pero que no pude contradecir. Cuál era el mensaje que me traía de mi padre, jamás lo supe, pero me causó un gran pesar oírle nombrar á éste como á su mejor amigo. Una nube cubrió mi vista, y cuando volví en mí ya se habían marchado. La abadesa jamás hizo alusión á esta visita y prohibió á las monjas que pronunciaran el nombre del conde Pedro de Gaillac en mi presencia. Así jamás volví á saber de él hasta hoy, en que mi mismo padre me ha dicho que en una desdichada noche, después de haber perdi-

do al juego cuantos bienes le quedaban, había apostado con ese hombre la mano de su hija, que también perdió.»

Esta confesión arrancó un rugido del pecho del joven, un profundo grito de horror y rabia; pero sus miembros permanecieron como paralizados y su lengua embotada sin poder articular una palabra, y era tal el silencio que reinaba en la pequeña cámara, que se oyó perfectamente el crujir de la arena debajo de sus pies.

—«Odiais á mi padre,» continuó diciendo la joven con los ojos bajos, pero con voz tranquila. «¡Oh! Fredo, hace muchos años que lo sé y me ha causado mucho pesar; pero lo que acabo de decir no debe aumentar ese odio; porque si existe un miserable ser en la tierra que en los terribles tormentos de su alma sufre de antemano el fuego del infierno y espía sus pecados, creedlo, primo mio, es el conde de Malaspina, que con sumo gusto cambiaría de lugar con el hidrópico cojo que guarda la puerta de este castillo, sólo por poder deshacer lo que ha hecho. Se retorció como si estuviera empalado y ocultaba su cara en las almohadas para que no pudiera verla cuando me contaba lo que había sucedido; cómo le habían embriagado con hipocrás; como á cada tirada le apretaban el cubilete entre sus manos, hasta que al fin la burlona risa del conde le hizo despertar de su sueño y miró con horror el abismo en que había arrojado lo último que poseía: la felicidad de su hija. Hizo cuanto pudo para enternecer á su maligno enemigo y vencedor; hasta llegó á ofrecerle ser su siervo, su esclavo, si de este modo podía pagar su horrible deuda; pero el conde se le rió en sus barbas diciéndole: Quereis hacer conmigo un negocio judáico, amigo mio, puesto que me ofreceis un gallo viejo y desplumado por una hermosa polla cebada. Tengo más siervos que mantener de los que en realidad necesito; pero me hace falta una esposa joven, pues ya sabeis que me voy haciendo viejo y no tengo tanto afecto á mi querida que desee dejarle mis tierras y castillos á mi muerte. Además de que temo que me había de jugar en cambio alguna mala pasada, brindando con algun joven, ántes de que cerrara los ojos, por mi próximo fin. Así, pues, como vuestra hija ha sido casta y religiosamente educada, me convertirá á llevar

una vida ordenada, á pesar de ser un pecador endurecido; por tanto, no aceptaría en cambio de su mano, que me ha de abrir las puertas del cielo, todos los tesoros de la tierra, y os conjuro en nombre del honor á que dentro de tres semanas la traigais para celebrar el matrimonio aquí en Gaillac. Por mi parte, y como regalo despues de mi boda, os devolveré todas las tierras y bosques que os he ganado en estos últimos años, á fin de que vuestra hija no tenga que atender á vuestras necesidades como á las de un mendigo, y podais vivir con comodidad el resto de vuestros dias. Y diciendo así llamó á sus criados para que le alumbrasen á su alcoba y dejó á mi padre solo.»

En aquel momento Godofredo hizo un gesto como si fuera á hablar; pero ella se levantó de pronto, y acercándose á él colocó su pequeña mano, trémula y helada en el apretado puño de su primo. «Primo mio, dijo, no hableis aún; sé lo que diríais, que me valdría más ir como una mendiga de puerta en puerta y vagar por el ancho mundo ántes que sufrir la suerte que me espera, entregando cuerpo y alma á un demonio; pero considerad que mi padre no posee en el mundo más que su honra, su palabra sagrada é inviolable de caballero, y que no le corresponde á su hija aconsejarle que no la cumpla. Al mismo tiempo conozco que si no hay otro medio de pagar esta deuda que entregar mi mano á ese hombre aborrecido, preferiré lo que es honorable á los ojos de Dios, á lo que los hombres llaman honra; pero esperemos, amigo mio, que no tendré que recurrir á esa alternativa. Tengo el propósito de escribir una carta al hombre que nos tiene en su poder, y vos,—si realmente sois mi amigo,—la llevareis hoy mismo á Gaillac, porque hasta que reciba contestacion no podré gozar el menor reposo. Permaneced aquí algun tiempo, y tomad algun alimento ínterin escribo la carta; en el convento alababan mucho mi buena letra. ¡Dios quiera que me sirva ahora de algo! Vedlo, os dejo más tranquila que cuando entré aquí, á pesar de que no me habeis dicho una palabra de consuelo; pero en este lugar, en que fuimos tan felices siendo niños, aquí donde parece que los malos espíritus no tienen poder sobre mí, aquí, no puedo persuadirme de que este horro-

roso sueño sea una verdad, y que el honor del padre esté comprometido para labrar la desgracia de la hija.»

Calló por un momento; pero cuando el jóven inclinándose con un profundo suspiro llevó su linda mano á los labios en señal de que podía contar con él, colocó ella su otra mano afectuosamente en el hombro del jóven, y se despidió diciéndole: «Aigleta os traerá la carta. Adios, querido amigo, y Dios vaya con vos.» Ya en el umbral de la puerta, y juntando las manos despues de besar la imágen de la Vírgen que estaba en el muro, repitió en voz baja la siguiente oracion:

«Maires de Crist, tou filh car
Prega per nos, quens ampar
E quens gardo de cazer
A la fin en desesper.»

Y se alejó al fin

VI.

Un dia y una noche pasaron, y otro dia y otra noche, y Godofredo no volvía.

El conde Hugo jamás lo echaba de ménos; acostumbrado como estaba á que el jóven hiciera su voluntad, pasaba á menudo semanas enteras sin verle; además de que en aquel momento aborrecía la vista de ningun sér humano, y permanecía sentado horas enteras en su habitacion sin variar de sitio. No tocaba al alimento que le llevaban; pero en cambio bebía mucho vino como si tratara de encontrar en él el olvido; el olvido de sí mismo, de lo pasado y del porvenir.

En la tarde del primer dia, cuando Garcinda fué á verlo, no pudo ni siquiera mirar á su hija; pero cuando ésta se acercó y cariñosamente le echó el brazo al cuello, se estremeció, se dejó caer del sitial al suelo, y sollozando abrazó las rodillas de la jóven, apretando la cabeza contra ellas, de modo que Garcinda tuvo gran dificultad en levantarle y colocarle de nuevo en su asiento. Desde entónces evitaba la hija ir á la

habitacion de su padre, porque si hubiera tratado de consolarle explicándole la causa de la ausencia de Godofredo, la tristeza y desesperacion impresa en su fisonomía habrían contradicho sus palabras.

La mañana del tercer dia la jóven se despertó temprano á consecuencia de un penoso sueño, y llamó á Aigleta, que dormía en su misma cama.

—¿No oyes nada, querida mia? Creí haber oido pisadas de caballos al otro lado del puente levadizo;—no, era un sueño únicamente. ¡Oh Aigleta, tambien *lo he hecho* desgraciado, *lo he* enviado á su ruina! Pero escucha, el ruido se acerca,—oigo el chirrido de los goznes de la puerta,—es él,—¡Santa Madre de Dios! ¿qué traerá? ¡La muerte ó la vida!

Diciendo esto, había saltado de la cama echándose un manto sobre los hombros. Aigleta tambien se levantó apresuradamente, recogió su cabello, miéntras que la luz matutina iluminaba el aposento y alumbraba el pálido rostro de la hija del conde. Hubiera deseado ir al encuentro de Godofredo si sus piernas se lo hubieran permitido, y ya estaba en el centro del cuarto, cuando éste entró. Tambien estaba él pálido, y al inclinarse ante su prima, Aigleta observó que no levantó la gorra de piel que cubria la mitad de su frente; pero Garcinda sólo miraba los ojos del jóven, que por su parte separaba los suyos de los de su prima.

—«¿No traeis consuelo? preguntó. Lo sabía;» y sentándose en uno de los poyos de la ventana, oyó impasible la narracion de lo ocurrido, que el jóven hizo con débil voz.

Llegó á Gaillac la misma tarde de su salida espoleando á su caballo. Cuando le llevaron al salon en que estaba el conde, le encontró cenando con un par de alegres camaradas, y aquella de sus queridas que estaba entónces en favor. A sus piés, en una banqueta, se hallaba un deforme enano que hacía el papel de bufon y daba de comer á los perros. La hermosa y atrevida dama, sentada al lado del conde, le escanciaba vino tinto en un cubilete de plata, llevándoselo á sus labios ántes de que él lo apurase de un trago: «Todos me miraban, dijo Godofredo, como si llegara con mucha oportunidad para distraerlos con cualquier novedad, pues ninguno parecía estar

alegre, excepto el enano, que con insípidos chistes, que no provocaban risas, continuaba arrojando pedazos de carne á los perros. Entregué vuestra carta sin pronunciar una palabra, y miéntras el conde la desdoblaba y la leía, no pude ménos de pensar cómo habría sido recibida en aquella mesa la que la había escrito. Este pensamiento me hizo subir la sangre á la cabeza, y tuve tal mareo, que me ví obligado á apoyarme en mi espada. Uno de los huéspedes lo notó, dió órden de que me sirvieran algun vino, pues debía tener sed y estar cansado despues de mi rápido viaje; pero moví negativamente la cabeza diciendo que solo esperaba la respuesta para regresar enseguida. Entre tanto, el conde había leído la carta y la entregó en silencio á su vecina, que apénas hubo recorrido con la vista los primeros renglones, lanzó una sonora carcajada; «¡Un sermon! gritó. ¡Por la muerte de Dios! ¡vais á tener por esposa una santa! y entónces empezó á leer en alta voz la carta, línea por línea, y las palabras que hubieran hecho derramar lágrimas á las piedras y conmovido las puertas del infierno, sólo produjeron allí burlas y chanzonetas, blasfemias é impíos chistes que interrumpían á la lectora. Ésta se levantó entónces, y dirigiendo una orgullosa mirada al conde, dijo con ironía: «La santa puede venir, y bien venida sea. La tenía aversion por que temía que pudiera apartar vuestro corazon de todos nosotros y mandar aquí sola; pero ahora que he leído su carta, no la temo. Vos, Pedro de Gaillac, no sois hombre de llevar una camisa de cerda, un cilicio, ni un cinturón con puntas de hierro. Estais acostumbrado al fuego del infierno, y el aire del cielo os helará. En el infierno, además, causa hoy más alegría uno que se aburre de la penitencia y vuelve al mal camino, que la pérdida de noventa y nueve almas. Por lo cual, vació este cubilete hasta la última gota, y os suplico que sigais mi ejemplo. Lo bebió, y el conde la acercó más hácia sí, y le dijo no sé qué cosa al oído que la hizo reir ruidosamente.

Todos parecían haber olvidado al mensajero que había traído la carta, la carta misma pasaba de mano en mano, y cuando volvió á las del conde, el enano se la arrebató gritando: «No la habeis leído bien, abuela. Ahora escuchad como

debe cantarse para que todos os murais de risa;» y empezó de nuevo á leerla en alto de la manera en que se cantan las letanías en la iglesia, moviendo la cabeza y las manos como un predicador que da la bendicion, y si se habían reido la primera vez, ahora no sabían que hacer, sujetándose los costados, y gritando como si contestasen á las letanías. Por último, la rabia se apoderó de mí, y arrojándome sobre aquel desvergonzado, le arranqué la carta, dándole un golpe tal, que cayó de espaldas vertiendo la escudilla de plata que contenía la comida de los perros. «Si no he de obtener respuesta, exclamé, digna de la señora que me envía, por lo ménos reduciré al silencio la atrevida boca que se ha burlado de una vírgen tan noble y arrastrado en el fango las palabras de un alma pura y elevada!

«Durante un momento quedó todo en silencio, y llegué á pensar que saldría del salon sin impedimento, pero había contado sin la huésped. Varios criados entraron, los comensales empezaron á apostrofarme y los perros á ladrar; pero el conde permanecía aún en su asiento, pálido como la muerte é inmóvil de furor y la mujer que á su lado estaba me lanzaba miradas furiosas.

Cuando un cuarto de hora despues me encontré tendido en un monton de húmeda paja, detras de una puerta cerrada, con una herida en la cabeza y en profunda oscuridad, dí gracias al Salvador de haberme sacado de las manos de aquellos salvajes y de haberme librado de oírles blasfemar del nombre más querido para mí. No sé como pasé la noche y el dia siguiente; creo que debí haber dormido todo el tiempo, pero hácia la mitad de la segunda noche, me despertó una mano que suavemente se deslizaba por mi cara y la luz de una lámpara pequeña brilló ante mis ojos. Era la querida del conde que estaba de pié delante de mí haciéndome señas de permanecer en silencio; enseguida me condujo por la derruida escalera á traves de corredores y salones vacíos hasta una puerta estrecha cuya llave llevaba en la mano: «No podía dejaros morir de hambre aquí abajo en la oscuridad,» dijo. «Fuera encontrareis vuestro caballo y algo de comer en la silla. ¡Huid! y si alguna vez necesitais de una amiga, id á Carcasona y preguntad por

Inés de Cerdeña. Con facilidad me hallareis.» Esperó mi respuesta, tal vez habría soñado con una despedida más afectuosa pero como permanecí silencioso, abrió la puerta y volvió á pasar su mano por mi ensangretado cabello. «¡Pobre jóven, añadió; eras digno de mejor suerte!» Enseguida monté de un salto espoleé mi caballo y así caminé sin parar; porque el aire de la noche me hizo recobrar gradualmente mis sentidos, y la fiebre que me había producido la herida en la cabeza había desaparecido. Aquí estoy, pues, y esta es toda la respuesta que traigo.

Así diciendo se descubrió y mostró su frente en la que un espeso bucle de su cabello ocultaba su herida y parecía haber restañado la sangre.

Entónces Garcinda se levantó de su asiento y se acercó á el jóven como si tuviera algo que decirle; pero de pronto se detuvo y permaneció silenciosa y con los ojos bajos.—Aigleta fué la primera que habló: «Voy á traer trapos y emplastos para curar la herida, dijo, y luégo mirando á su amiga como si tuviera algun otro pensamiento suspiró y les dejó solos.—Escasamente había vuelto la espalda, cuando Godofredo cayó de rodillas delante de su hermosa y desgraciada prima exclamando al tomar sus manos y estrecharlas contra su corazon: «Ordenadme.—¿Qué debo hacer? Mi vida es inútil para mí, á ménos que no pueda ofrecértela. Jamás hubiera descubierto las dulces penas que sentía, si el pesar no te abrumase, pero ahora ya no eres la condesa, la orgullosa hija de Malaspina, á la cual consideraba como una estrella muy elevada para mí. El tuyo es un pobre corazon desgraciado y atormentado, que no despreciará otro corazon que se consagra á tí en la vida y en la muerte.—¡Oh, prima, encantadora prima, dí solamente una palabra, una sola, y vuelvo á montar á caballo, regreso á Gaillac y sepulto esta daga en el pecho del enemigo de tu honor y de tu tranquilidad, en medio de sus alegres compañeros, aunque sus perros me hicieran pedazos un momento despues!

Al oír estas sentidas y apasionadas frases, una sonrisa apareció por primera vez en el pálido semblante de la jóven. Fredo, dijo, poniendo los labios en la ensangretada frente de su

primo, la fiebre producida por la herida se deja comprender en tus palabras. Acuéstate y deja que Aigleta, que es práctica en estos asuntos, te lave y cure la herida, y luégo descansa durmiendo un rato despues de tomar algun alimento; pues por nuestra adorada Vírgen del Monte Salvair, acepto la vida que me ofreces; no soy ya una rica condesa para despreciar tal don, pero lo soy bastante para pagártelo. Interin referías tu aventura por repugnante y cruel que haya sido y suficiente para destruir toda esperanza, estaba considerando que haría; pero no es este el momento de hablar de ello; mira aquí viene tu médico, á ella te entrego y te encargo que hagas todo cuanto te ordene, y si eres razonable y obediente, está seguro, primo mio, de que no te arrepentirás. Aigleta, añadió, procura que duerma y adquiera fuerzas. Esta contestó con una seña y le dirigió una mirada que indicaba que había entendido más de lo que le había dicho. Entretanto el jóven, que continuaba con los ojos fijos en Garcinda, lleno de perplegidad, se había levantado soltando las manos de la jóven. No podía comprender como despues de su narracion, que no le permitía abrigar la menor esperanza, se expresaba con tanta tranquilidad; pero sea por la debilidad que le causaba su herida, ó por su ciega confianza en el valor y altivo carácter de su prima, se separó de ésta con el corazon más ligero y siguió á Aigleta que parecía haber perdido toda la alegría que le era habitual.—¿Qué pensará hacer? preguntó á la jóven al bajar la escalera.—Quién sabe, obedeced y dormid, contestó Aigleta con aspereza, y volviendo la cabeza, añadió.—El Señor concede sus bienes en el sueño á los que ama.

Dirigiéronse ambos al interior de la torre ó más bien ermita; ella curó su herida, que por cierto era leve y ya casi cerrada; le proporcionó todo cuanto podía necesitar para tomar alimento y viendo que sus ojos empezaban á entornarse, se separó de él.

Sin embargo, Aigleta no fué enseguida á reunirse con Garcinda, sino que permaneció vagando entre los rosales por algun tiempo, hizo un ramillete que destrozó enseguida, y cuando al fin regresó al castillo, como tenía los ojos encendidos, se los lavó con agua fria para que nadie pudiera notarlo.

VII.

Godofredo, sólo durmió algunas horas y despertó otro hombre, con la frente fría y serena, gracias á los emplastos de Aigleta, y con el corazón ardiendo, gracias también á las misteriosas palabras de esperanza de su prima. Semejante á un vagabundo errante á quien la hada de los bosques le hubiera confiado la varita de virtudes, por la cual á la media noche debía apoderarse de un tesoro y que sueña despierto esperando aquel deseado momento, así el jóven permaneció sentado, hora tras hora, fijando sus miradas en el rayo de sol que se movía á lo largo de las losas del piso, y escuchando únicamente el canto de los pájaros que revoloteaban alrededor de la torrecilla. Nadie vino á interrumpirle; los criados permanecían en los rincones del patio, en que hallaban sombra; los caballos se movían en las cuadras para ahuyentar las moscas, y las dos jóvenes se habían encerrado en sus habitaciones del castillo y no aparecieron en todo el día. Una sola vez, á través de su estrecha ventana, apercibió al conde Hugo, que salió á la parte exterior del balcón de su aposento y permaneció con la vista fija en el foso, como pensando si sería mejor para él arrojarse de cabeza desde allí. Sus cabellos y barba se habían vuelto blancos como la nieve, su rostro estaba demacrado, pero pronto desapareció de nuevo cual si fuera un inquieto espectro. Y luego el sol se ocultó, y la luna se dejó ver por encima de los árboles del bosque é iluminó con su plateada luz las rosas de la torrecilla de Godofredo. Los pájaros habían cesado en sus cantos, pero las ranas del foso se dejaban oír con más fuerza, y á lo lejos un ruiseñor entonaba sus dulces trinos. Estaba tan iluminada la torre con la luna, que el jóven podía leer perfectamente en su libro de pergamino, pero no sabía lo que leía.

Otra hora transcurrió, y luego otra, cuando oyó rápidos y ligeros pasos en las enarenadas veredas del jardín, que le sa-

caron de sus profundas reflexiones. Corrió á la puerta de su habitacion que abrió de par en par, y vió lleno de admiracion no sólo á la que su corazon había presentido, sino á su amiga junto á ella en el umbral. Ambas le saludaron con una silenciosa inclinacion de cabeza, y sólo cuando hubieron entrado en su estrecha habitacion, Garcinda dijo: «Ya veis que cumplo mi palabra, primo, ¿habreis acaso vos, variado de parecer durante el dia? ¿No sentís lo que me habeis dicho esta mañana? Y como él la mirase con muda admiracion, añadió sonrojándose: «Que me amábais, Fredo, que me amábais más que á vuestra vida, y que me consagrábais esa vida hasta morir. Podeis hablar con el corazon, esta fiel amiga lo sabe todo. Ella conoció ántes que yo misma, que mi corazon te pertenecía como el tuyo á mí. ¡Oh! Fredo, hasta en la Vaquiera, cuando hablamos de las estrellas, lo que me hizo estar tan triste, es que me decía á mí misma: ¿No habrá un lugar entre esos innumerables mundos, en que podamos pertenecernos uno á otro? ¿Tendré que perderlo en el momento en que lo he vuelto á encontrar? Porque comprendía con demasiada certidumbre que mi mano y mi corazon no serían mías ántes de mucho. Dios me es testigo de que estaba resuelta á obedecer á mi padre, si el esposo que me destinaba hubiera sido un hombre digno, por mucho que me hubiera disgustado; pero ser la víctima de una hora impía, de una suerte de dados, no puede ser la voluntad de Dios, aunque nos manda honrar padre y madre; porque he visto en sueños á mi madre, llorar por mí y conozco, que si aún viviera, me dejaría en la pobreza, ántes que darme semejante marido; en consecuencia, vengo á tí, amado mio, y si has dicho la verdad, como conozco que la has dicho, quiero, en este mismo momento, delante de Dios y esta testigo, tomarte por esposo y huir contigo por el ancho mundo; segura tambien de que cuando nuestra fuga se descubra, mi padre no montará á caballo para castigar al hijo, como lo hizo con el padre, porque conozco que no se atreverá, pues para ser juez, es preciso tener un corazon inocente. Pero; ¿adónde huiremos? ¿Todos los lugares son iguales para nosotros, en tanto que esté contigo, Fredo, y tú con tu Garcinda?

Con estas palabras le dió su manita, pero mientras que el jóven, trasportado de alegría la estrechaba cariñosamente, Aigleta se adelantó diciendo con su encantadora gracia y sonriendo: Mirad á este reservado caballero, Garcinda. Puede acaso ser hijo del hombre de cuyos labios salían torrentes de dulces palabras, cuando ni una sola ha pronunciado, ni siquiera en el momento en que se le trae la más hermosa de las hijas de conde, que desprecia todos los castillos y tierras de Gaillac para que se la lleve por el mundo un amante tan pobre como ella. Vamos, no podemos esperar á que se verifique un milagro y el mudo recobre el habla. Cambiad de anillos y pronunciad el voto matrimonial y luégo marchaos léjos, muy léjos; mientras yo—pobre abandonada—sólo tengo que hacer la señal de la cruz; porque para mí es lo mismo que si estuviérais muertos y enterrados; y como lo sé todo demasiado bien, quiero...»

Su voz desfalleció, y á pesar de toda su fuerza de voluntad no pudo sonreír, teniendo que inclinarse como si fuera á arreglarse un zapato, á fin de que no viesen sus lágrimas. Godofredo, entre tanto, había recobrado su presencia de ánimo y sacando una sortija de su dedo dijo á Garcinda:

—«¿La conoces? Con este mismo anillo mi padre se conceptuó esposo de mi madre, y como en el caso presente, significó la constancia más firme, una constancia sellada con la muerte, y ahora te lo entrego á tí, mi amada prometida, y juro en presencia de la Santísima Trinidad y delante de nuestra fiel amiga que jamás seré esposo de ninguna otra mujer que de Garcinda de Malaspina.»

—«Y yo jamás seré esposa de ningun otro hombre más que de mi Godofredo,» añadió la novia.

—Amen, así sea, dijo Aigleta en corroboracion del voto, uniendo las manos de ámbos despues de haber cambiado los anillos. Luégo la pareja se arrodilló delante de la imágen de la Madre de Dios, permaneciendo algun tiempo en oracion; pero cuando se levantaron y se estrecharon en sus brazos, ratificando su promesa, corazon sobre corazon y boca sobre boca, la testigo se deslizó silenciosamente fuera del aposento, Poco despues la encontraron entre las rosas, de las que había

tejido dos coronas.—«No hay bodas sin guirnaldas,» dijo, coronando á ámbos con una ronrisa, aunque sus ojos estaban llorosos. Enseguida el jóven corrió á la cuadra y sin ruido ensilló su caballo y lo condujo al jardín, donde Garcinda, apoyada en el pecho de su amiga, le decía en voz baja y entre lágrimas: «Conozco la causa de tu llanto; Dios te haga tan feliz como has sido valiente y fiel para mí.»

Emprendieron luégo los fugitivos su camino, en silencio, llevando Godofredo del diestro el caballo, que con las narices abiertas relinchaba á la luna, siguiéndole las jóvenes por el puente.

Pasado éste subió Godofredo á su esposa en el corcel, montó de un salto detras de ella y saludando con la mano á Aigleta metió espuelas á su fiel compañero, que no encontró demasiada la carga, pues Godofredo, á excepcion de su espada y daga, sólo llevaba consigo el libro de Canciones de su padre, y Garcinda algunos pocos trajes que había heredado de su madre y de que el conde Hugo jamás había dispuesto.—Así, ámbos cabalgaron por el bosque alumbrado por la luna sin hablar palabra apénas; pero cuando el caballo caminaba despacio á causa del monte bajo, ella medio volvía la cabeza, él la besaba en la mejilla y ella sonreía diciéndole en voz baja: «Queridísimo esposo mio.»

Permanecía Garcinda en sus brazos con tanta dulzura y el buen corcel trotaba con tanta seguridad, que escasamente recordaba las circunstancias en que se hallaban, es decir: huyendo apresuradamente en una noche de luna y con un oscuro porvenir en perspectiva; pero gozaban de su ventura como si ni una sombra de cuidado ó peligro estuviera suspendido sobre su amor.

Cuando salieron del bosque y llegaron á la cima de la colina desde donde Garcinda pocos dias ántes vió de nuevo el castillo de su padre, de repente tiró de la rienda é hizo volver al caballo.

—«¿Qué tienes, alma de mi vida?» preguntó Godofredo: «¿Porqué te detienes aquí?»

Ella no contestó pero continuó mirando fijamente la llanura que se abría delante de sí y en la que se destacaba el vasto

castillo con sus torres cubiertas de plomo que brillaban con la luna.

«¿Qué es lo que ves, querida mia? preguntó Godofredo que la sentía temblar cual si hubiera cogido un pasmo en una calurosa noche de verano.—«Marchemos hácia adelante y no hácia atrás. Nuestra dicha está delante de nosotros;» pero ella sólo movió tristemente la cabeza y retiró la cara cuando quiso besarla. De repente le pareció haber visto á su padre en el castillo abandonado por ella, con una lámpara en la mano, errando de habitacion en habitacion y exclamando: ¿Dónde está mi hija Garcinda? He comprometido mi palabra de honor y ella debe cumplir mi compromiso. ¿Dónde está mi hija y dónde mi honor? Era un mendigo y nada me restaba más que un nombre sin mancilla; pero ahora todo lo he perdido. El último de los Malaspina ha destruido la buena fama de su casa, porque su hija sabe que no la perseguiría como en otros tiempos hubiera hecho, pues soy viejo, enfermo y además un pecador.—Así, tendré que bajar al sepulcro deshonorado y mi enemigo podrá decir que he permitido esta fuga para evitar el pago de mi deuda y que he preferido dar mi última alhaja á un mendigo, ántes que al acreedor que aborrezco.» Despues esta ilusion se desvaneció y en su lugar se vió ella con su amante perseguida entre caminos extraños por muchos hombres encarnizados, á cuya cabeza venía Pedro de Gaillac, resuelto á arrancar á su prometida de manos de su raptor. Vió á su Fredo combatir con la energía de un hombre desesperado y al fin vencido por el número, perder la vida en el verde césped: oyó la risa burlona del vencedor: «Así, decia, envidiabas mis ganancias al juego, tú, hijo de un jugador; el acreedor reclama la deuda que el deudor no quería pagar.» En aquel instante se estremeció y creyó que su corazon había cesado de latir. Toda la alegría de su reciente amor le pareció quedar anonadada bajo una mano de hielo, y luégo conoció que lo que creyó por un momento en su turbacion ser un camino de salvacion y una ventura incomensurable era sólo un sueño; y que sólo atraería sobre las dos personas á quienes amaba la muerte y la destruccion!

—¡Por el amor de todos los santos del cielo! exclamó Go-

Godofredo que sentía á su amada pesar en sus brazos como un cadáver; vuelve en tí. ¿Qué horribles pensamientos asaltan tu imaginación que tus lábios se mueven en silencio cual si hablastes con los difuntos? Dame la brida, y deja que vayamos en busca de vida y libertad. Los espíritus que se ciernen sobre esas torres no tendrán poder sobre tí cuando estés al lado opuesto de esta colina. ¿Quieres hacernos infelices á ambos? ¿Quieres además...

Aquí se detuvo al ver que su jóven esposa se había desmayado; pero este estado no fué de larga duración, Garcinda lanzó un suspiró, volvió hácia él los ojos, y dijo tratándo de sonreír:

—Te he apesadumbrado, perdóname amado mio. Nada podemos temer de los espíritus que puedan cernirse sobre aquella casa y envidiar nuestra felicidad. ¡Tu mi esposo, y yo tu esposa eternamente en cuerpo y alma! pero he estado pensando que nuestra fuga no es la voluntad del cielo, y que si persistimos, Fredo mio, en llevarla á efecto contra mi conciencia, seremos castigados y acabaremos miserablemente como tu padre y mi querida tia. Confía en mí, tengo otra idea que conocerás mañana temprano, y alabarás á tu esposa cuando veas como lo ha arreglado de modo que pueda pagarse la deuda, y sin embargo ser la esposa únicamente de su querido primo, á quien se ha dado en la presencia de Dios. Bájame de la silla, no quiero cabalgar más, y si tu quieres, esposo mio, regresaremos por el bosque, pues aún nos quedan muchas horas de noche, y una noche de boda más hermosa, no pudo nunca desear ninguna hija de conde. Ahora, bésame de modo que vea de nuevo la sonrisa en tus labios, porque en verdad, esta pobre vida es demasiado corta para perder un solo instante de ella en pesares y tristeza. Godofredo hizo con repugnancia lo que ella exigía; pero cuando la tomó en sus brazos y se encontraron sus labios con los suyos, no pudo ménos de exclamar, ¡Oh Garcinda! ¿en qué estás pensando? ¿no tienes una confianza exagerada en tí misma, y si tu plan fracasa no causará nuestra eterna desgracia? Pero ella sonrió, puso la mano en la boca del jóven, y añadió: «Eres el marido más feliz de la tierra, Sr. Godofredo; tienes

una mujer que sabe guardar un secreto, así pues, nada más me preguntes. ¿Qué tenemos que hacer con el día de mañana? ¿Somos casados ya de tanto tiempo que podamos hallar un asunto más interesante de que hablar que de nuestro amor? Dime, Fredo mio, ¿realmente te gusto más que Inés de Cerdeña, y su mano era por ventura más suave que la mía cuando la pasaba por tu frente? Vamos, no me abracés con tanto ardor aquí, la luna brilla demasiado, y después de todo, no sabe que eres mi esposo querido. Ven al bosque, estoy cansada, y quiero reposar un rato. Conozco un sitio encantador donde un arroyuelo corre por el césped, numerosas flores crecen allí, y tejeré guirnaldas con ellas, porque las que nos puso Aigleta ya están marchitas. ¡Pobre Aigleta! Sabe que ella también te amaba mucho, demasiado; pero eso ya no puede tener remedio; nadie puede ser marido de dos mujeres, porque es contra la ley de Dios, y aunque yo no sea en realidad mejor que ella, soy la más desgraciada de las dos, ó por lo menos, habría visto si tu corazón amor mio, no hubiera sido completamente mio.»

Con semejantes palabras, que embriagaban al joven cual un vino fuerte, bajaron la colina, y entraron en el bosque. El dócil caballo les seguía por sí mismo, y tranquilamente pastaba cerca de ellos en la florida cañada en que se acostaron. Durante toda la noche, el arroyo murmuró, el ruiseñor cantó, y la luna lució con tanta brillantez, que nadie podía pensar en dormir, y mucho menos dos seres que tanto tenían que decirse y comprendían que tal vez al día siguiente no podrían hacerlo. Cuando se acercaba la mañana, empezó á caer el rocío, y un aire más fresco empezó á sentirse en el bosque; Garcinda se levantó, y dijo: «Empieza á hacer frío, esposo mio, me parece que debemos regresar á casa.» ¿Dónde? preguntó Godofredo mirándola asombrado; pero ella sonriendo contestó: «Ven, yo te la mostraré. Puedo yo tener otra casa que la tuya.» Y así diciendo, le tomó el brazo conduciéndole por el bosque y el puente á la torrecilla.

«Déjame aquí descansar,» añadió cuando se hubo sentado en la cama de su tía. «Aquí deseo dormir durante una hora hasta que salga el sol; pero déjame sola, de lo contrario, se-

guiremos charlando y no podré cerrar los ojos. Dame también tu libro de canciones, por que deseo leer un par de versos antes de dormirme. Ahora, un beso, y vete. ¡Oh! Fredo; te amo más que á mi vida. ¿No somos dos seres felices cuando hemos gozado de una dicha de que nadie puede privarnos? ¿Y si viviéramos cien años, podría el tiempo hacernos más ricos de felicidad, cuando la hemos bebido de la copa de la eterna dicha?» Otra vez abrazó á su amada, la besó en la boca largo rato, y luégo la dejó sola.

Una hora despues cantó el gallo, pero no despertó al jóven, que dormía entre las rosas del jardin cubierto con su capa y sonriendo en sus sueños como si respirase la dicha al pronunciar el nombre de su amada y jóven esposa. Tampoco se despertó la jóven en la torrecilla, cuyos labios medio abiertos, también parecía que querían pronunciar un nombre, pero todo en la triste habitacion estaba tan silencioso como la tumba.

Sólo cuando el sol se levántó sobre la copa de los árboles apareció Aigleta con los ojos cansados y el semblante pálido. Al ver a Godofredo acostado en el jardin se horrorizó como si hubiera visto un espectro, y únicamente cuando se cercioró de que estaba durmiendo, se le acercó para despertarle diciéndole en voz baja.—¿Todavía aquí? ¿Dónde está vuestra esposa?

Levantóse de un salto y sin contestar una palabra corrió hácia su torrecilla. Al abrir la puerta lanzó un grito semejante al de un hombre mortalmente herido y cayó sobre el lecho. Allí yacía su jóven esposa con una mano sobre el corazon y la otra sobre el libro de canciones que estaba abierto por su última página, señalando con su blanco dedo índice una línea recién escrita que decía así en el lenguaje de la Provenza:

Lo deuteire paqua al crezedor tot lo deute.
El deudor paga al acreedor toda su deuda.

VIII.

Era ya medio día cuando los criados se atrevieron á noticiar al conde Hugo la tristísima aventura. La escuchó como si no comprendiera su significacion; cuando le condujeron al lugar en que su hija yacía en aquella cama, que tan bien conocía, como una hermosa estatua de blanco mármol, no dió la menor señal de lo que sentía, nada dijo, ni vertió una lágrima; pero permaneció toda la noche encerrado con la difunta. A la mañana siguiente ordenó que se preparase un féretro; quería cumplir su palabra, decía, y conducir la novia á su prometido. Los criados obedecieron en silencio. Godofredo,—que de otra manera podía reclamar sus derechos,—yacía con una fuerte fiebre asistido por Aigleta, á consecuencia de habersele abierto de nuevo la herida sin que bastara á cerrarla emplasto alguno.

Cuando el cortejo fúnebre llegó á Gaillac, iba el conde Hugo á la cabeza. El cadáver de la novia en un alto féretro llevado por los criados y una gran multitud de paisanos y servidores detrás, el padre de la novia envió un heraldo que después de tocar su trompa gritó en alta voz: «El deudor paga al acreedor todo cuanto le debe.» A este pregon el conde Pedro de Gaillac, apareció en el balcon de su castillo, pero al ver tan lamentable espectáculo retrocedió horrorizado haciendo señas de que se retiraran que no quería celebrar tales bodas, en seguida montó á caballo y huyó, no regresando hasta pasados muchos días y con un carácter tan distinto que había olvidado la manera de reir.

Entre tanto, el conde Hugo, sin dar la menor señal de sentimiento, dió orden á los criados que conducían el féretro que lo transportaran á la capilla que existía en la campiña, dedicada á la Santísima Virgen de Monte Salvair. Allí en un campo que pertenecía al conde de Gaillac, á quien tenía que pagarle su deuda, enterró el hermosísimo cuerpo de su hija, no atreviéndose nadie á cojer una azada, porque resolvió abrir la

sepultura con sus propias manos. Tan pronto como terminó la ceremonia en medio de las lágrimas de la multitud, todos se marcharon dejándole solo en la capilla donde permaneció, no sabemos si orando ó hablando con la difunta; pero al día siguiente al ir á llevarle algun alimento le hallaron muerto y lo enterraron al lado de su hija.

La crónica nada más dice de Godofredo, sino que en el otoño de aquel mismo año se unió á los cruzados encaminándose á Jerusalem de dónde jamás volvió.

En los anales del convento de Monte Salvair, se lee que á fines del siglo hubo una abadesa del nombre de Aigleta de Malaspina,—en religion sor Sofrenza ó sor Sufrimiento,—que vivió hasta una edad muy avanzada.

PAUL HEYSSE.





LA REACCION PROTECCIONISTA.



Es indudable que el Estado debe intervenir en materias económicas en cuanto los individuos que viven en sociedad, viven vida económica, tienen instituciones económicas, las que producen diversas relaciones sociales que el Estado debe regular. Decir que el Estado ha de intervenir en materias económicas, no es decir que el Estado deba ni pueda ser industrial, agricultor ó comerciante. La función del Estado es esencialmente directiva, reguladora y armónica y protege los intereses de los individuos que viven en estado ó situación de derecho (1) de manera que uno de los modos de defender la propiedad individual, es proteger el trabajo y la industria nacional y quien pide que se abandone la protección, eleva á principio el atentado á la propiedad privada. Comprendiendo perfectamente estas doctrinas el príncipe de Bismark, á quien no le ilusionan los discursos y á quien los hechos saben inspirar la verdadera cien-

(1) *Economía nacional.*—*Diario de Barcelona*, Enero, 1879.

cia, decía en la carta dirigida al Consejo Federal: «En la revision de las tarifas de aduanas á que vamos á proceder, sólo consultaremos nuestro propio interés. Quizás este interes nos lleve algun dia á entablar con el extranjero nuevas negociaciones acerca de las tarifas; pero si han de tener algun éxito favorable á la nacion alemana, debemos empezar por crear, bajo nuestra propia iniciativa, un sistema arancelario que coloque á nuestra produccion indígena en la mejor situacion posible en presencia de la produccion extranjera.»

En igual sentido se ha expresado en el discurso sobre el impuesto y contra el libre-cambio :

«La necesidad de una reforma aduanera y fiscal se demuestra cada vez mejor, y cada dia se hace más inevitable llevarla á cabo, porque es evidente que esa reforma no alcanza sólo á la hacienda del imperio, sino á todo el sistema financiero de Alemania.

»Lo primero que tenemos que hacer, es que el imperio sea independiente bajo el punto de vista financiero, y que desaparezcan la desigualdad y la injusticia de las causas fiscales del sistema de tributacion matricular.

»No queremos obtener, entendedlo bien, ingresos superiores á las necesidades del imperio; queremos sí salvar la industria y el comercio, y queremos que los recursos necesarios se obtengan de una manera que alivie el peso del impuesto, y este es el sistema que me propongo seguir.

....«La propiedad mueble é inmueble se hallan muy desigualmente gravadas; y de aquí el marasmo de la agricultura; y el impuesto sobre el sueldo de los empleados me parece ilógico y peligroso. Por otra parte, los impuestos que pesan sobre la agricultura la ponen en una situacion que hace imposible que compita con el extranjero. No hay productos que soporten cargas más abrumadores que los productos agrícolas.

»Lo mismo sucede á la industria nacional, que se halla muy mal protegida contra la extranjera. Necesitamos derechos protectores, moderados, pero justos, y esto es lo único que pedimos.

»Hasta ahora hemos conocido el libre-cambio: y aunque éste no haya sido tal cual lo piden los idealistas, levanta for-

midables protestas, y es preciso reconocer, porque se trata de hechos, que nos hemos convertido en un mercado para el exceso de producción del extranjero, y que es necesario, si no que cerremos del todo, que entornemos á lo ménos las puertas de nuestra casa.

»La idea de un gran comercio de exportación se ha realizado siempre de un modo insuficiente. En todos los tratados de comercio la cuestión que se plantea es esta: ¿Quién perjudicará más al otro? Cuestión que no puede resolverse sino después de muchos años. Pero si la protección pudiera arruinar á un país, hace años que Francia estaría arruinada. Rusia ha prosperado también, gracias á la protección, en tanto que los países abiertos al libre-cambio avanzan como los cangrejos, si se exceptúa á Inglaterra, que llega otra vez ¡hasta ella! á la protección.

»En cuanto á nosotros, desde que rebajamos el arancel, vamos debilitándonos progresivamente.

»Para poner remedio á este estado de cosas no podemos recurrir á teorías: debemos apelar á la experiencia, á hechos prácticos.

»Aquí no se trata de cuestiones políticas, sino de cuestiones económicas. Quisiera yo que todas las susceptibilidades de los partidos y fracciones, se dejaran á un lado, para concentrarse en este asunto que sólo afecta á los intereses. El pueblo alemán quiere que se fije de una vez su porvenir económico. Así es que valdría más rechazar desde luego estos proyectos, que tenerle en *statu quo*,»

Mientras esto dice el canciller alemán y se preparan en el Reichstag las nuevas tarifas, *L'Economiste français* encuentra que á pesar de la elevación de las tarifas arancelarias en Alemania, las francesas continúan siendo más elevadas, por lo tanto más protectoras (1), y por ello continúan quejándose los productores alemanes, como Thungen, gran propietario bávaro, que en su carta acompañada de un mensaje de adhe-

(1) Véase la nota que acerca de este particular inserta la *Revue Scientifique*, pág. 1099, número del 17 Mai 1879.

sion á la nueva política aduanera, reclama para la agricultura un tratamiento igual al que la tarifa concede á la industria, sin lo cual predice que en Alemania, como en la antigua Italia, la propiedad inmueble se concentrará en manos de los grandes capitalistas (los latifundia de los romanos) situación de la cual resultaría la revolución social y por último, el cesarismo.

Abundando el canciller alemán en la idea de que conviene restricciones en el exterior y libertad de acción en el interior, contestando al proteccionista bávaro, señala las tarifas de los ferro-carriles como el principal alivio á la agricultura. ¿A qué responde la actitud del canciller prusiano? Al conocimiento que tiene de los peligros sociales anteriormente indicados y á la necesidad de reconstituir económicamente la nación alemana. Basta hojear cualquiera periódico. «En Alemania se están haciendo sentir de una manera cruel los efectos generales de una crisis económica.» De una estadística que ha hecho formar el gobierno alemán resulta que hay actualmente en Alemania 340.000 obreros sin trabajo y 14.000 empleados sin destino. La reducción media de los salarios ha sido este año de cerca de 20 por 100. Más de 300.000 contribuyentes han sido apremiados por no haber pagado sus contribuciones territoriales.» ¿Qué sucede en Francia? Oigamos á M. Pouyer Quertier donde la marina mercante agoniza á excepción de los vapores trasatlánticos que prosperan gracias á los 55 millones que les entrega el Estado. Es conveniente recordar las palabras del proteccionista francés:

«Si recorremos la lista de los accionistas de la compañía encontraremos en ella los más violentos libre-cambistas del día, los airados adversarios del monopolio. ¿Cómo viven ellos á quienes el presupuesto paga tan espléndidamente para que no engañen competencia? ¡El monopolio! Esas compañías los poseen, lo poseen las compañías de caminos de hierro cuyo privilegio cuesta anualmente al Tesoro de 40 á 50 millones; de esta manera se puede ser libre-cambista y desafiar la competencia.

» Los tratados de comercio debían conducirnos al desarme universal, reemplazar el cañon por la máquina de vapor, el fúsil por el arado. ¡Ah señores, hace veinte años que sufrimos

el yugo de los tratados, veinte años que no tenemos el derecho de gravar el más insignificante artículo sin que ántes pidamos el permiso de S. M. la reina de Inglaterra, y el dia siguiente de las experiencias, que el país ha sufrido durante esos veinte años no pueden recordarse esas famosas doctrinas de paz universal, de fraternidad de los pueblos. No debíamos tener más guerras ni más ejército permanente, habían de reducirse las cargas que gravaban el presupuesto. Este sumaba entonces 1.700 millones de francos; hoy pasa de 4.600 millones. ¿Acaso ha cesado la guerra en Europa desde 1860? ¡Ah! esas cosas son buenas para ser dichas en un salon alrededor de la chimenea; pero parece imposible que haya valor para decir las en público, en presencia del enérgico y cruel desaire que han dado á esas quimeras, hechos que no podeis ignorar.

»Ha sido necesario recargar todas las transacciones interiores, crear nuevas contribuciones, y nunca se ha obtenido permiso de Inglaterra para obtener derechos equivalentes á los productos que hacen competencia á los franceses. Inglaterra hace en este momento grandes esfuerzos para conservar el mercado de nuestro país; hace bien, porque encuentra cerradas todas las salidas; ha visto desaparecer su mercado de América; ántes enviaba allí anualmente 500.000 toneladas de hierro; ahora América envía hierro á Inglaterra; la Gran Bretaña enviaba ántes algodones tejidos á América; ahora es América la que envía tejidos de algodón. Rusia tambien le ha cerrado sus puertas; Dinamarca, Austria, Italia y España han hecho lo mismo; despues Alemania; y no parece que Mr. de Bismark esté dispuesto á dejar por más tiempo las grandes fábricas de la industria textil alemana bajo los golpes de la industria inglesa. Mr. de Bismark propone en este momento una tarifa extremadamente elevada. Mr. de Bismark no quiere tratados de comercio; sus tarifas no han sido votadas todavía; pero creo que lo serán, conoceis el poder del canciller del imperio de Alemania, y no ignorais que sabe hacer entrar en el ánimo de los demas lo que está en el suyo propio.

»Queda Bélgica; pero Bélgica produce más de lo que consume. No le resta, pues, á Inglaterra ningun mercado. Sus propias colonias le están cerradas. El Canadá acaba de publi-

car unas nuevas tarifas gravando con un 20 por 100 los productos extranjeros y los de la metrópoli... Inglaterra consume únicamente el 15 por 100 de su producción, y es absolutamente indispensable que se exporte el 85 por 100 restante. ¿A dónde lo llevará? Pues bien; hé aquí que os pide que le entreguéis el mercado francés, el trabajo de nuestros obreros de todas vuestras laboriosas poblaciones.

»La deducción es clara: nada de tratados de comercio; pero ¿y los vinos y Burdeos?

»Está demostrado que Inglaterra consume muy poco de estos vinos; la ciudad sola de Burdeos consume tanto como Inglaterra. En cambio, la marina inglesa toma todos nuestros vinos de exportación para trasportarlos á Chile; ántes lo hacían nuestros marinos; es un flete que perdemos y que aprovechan los extranjeros. No hay duda que los vinos circulan hoy por todas partes; pero ¿se debe al libre-cambio? ¿No debemos más bien atribuirlo á la facilidad de trasportes, á los caminos de hierro que llevan á París un hectólitro por 6 francos en vez de los 25 que ántes costaba? De esto resulta que el Norte de Francia bebe los vinos del Mediodía; el Norte hace vivir á los bordeleses.»

En cuanto á Inglaterra, asoman por allí algunos conatos de proteccionismo, á pesar de que allí la verdadera protección es el libre-cambio.

Gladstone define en un artículo lleno de melancólica resignación el estado de Inglaterra: «Los Estados-Unidos por sí solos nos arrebatarán próximamente nuestra supremacía mercantil, y no tenemos ninguna razón, y por mi parte ningún deseo, de murmurar contra esta perspectiva. Si Norte-América pasa á ser la primera, será por el derecho del más fuerte, y en estas materias el más fuerte significa el mejor. Ella será lo que nosotros somos ahora, la gran proveedora de los pueblos, y éstos recurrirán á sus servicios porque serán los más útiles.

Nosotros no tendremos mejores títulos para proceder contra ella que los tuvieron Génova, Venecia ú Holanda para proceder contra nosotros. A nosotros nos incumbe un gran deber que lastimosamente descuidamos. Es el de preparar con viriles é incesantes esfuerzos la reducción de las cargas públicas

para el día en que podremos ménos que en el presente rebajarlas ó suprimirlas.»

Inglaterra, por boca de uno de sus más eminentes hombres de Estado, reconoce su error; pero no por eso puede ni debe hacer pública ostentacion de sus propósitos de enmienda, si es que los tiene. Enmiéndese ó no, la supremacía de los Estados-Unidos es visible; y si Inglaterra quiere conservar el prestigio que se ha conquistado entre las varias naciones europeas, debe recobrar por otro lado lo que está perdiendo por la competencia. A esto obedecen sin duda las expediciones inglesas al Africa; y el afán de abrir nuevos mercados es causa de la guerra con los zulúes (1) y de otras que indudablemente seguirán á ésta, movidas por la política inglesa, que no puede hoy mirar indiferente esta parte del mundo que es el porvenir comercial del mundo civilizado.

Las naciones civilizadas, especialmente las potencias fabriles, que no tienen el inmenso poder de los Estados-Unidos ni la anómala intencion de la Inglaterra, que necesita libre entrada del algodón de América y fácil salida para los tejidos, que necesita á toda costa exportar el 85 por 100 de lo que produce, y que tiene ó ha tenido hasta ahora la pretension de ser la manufactura y el depósito comercial de Europa, recibiendo mercancías para reexportarlas á los centros consumidores, lo cual le proporciona una comision y un doble flete de las más ricas mercancías que se consumen en las naciones de Europa que no tienen depósito y le proporciona un inmenso giro; todas las naciones europeas entran en la senda de la proteccion como único medio de salvarse. Se romperán los tratados que cohiben la accion de los gobiernos, y es fácil que, como en otras ocasiones, se rompan á cañonazos.

(1) *Revue Britanique*, pág. 302, número de Marzo de 1879.

VI.

Concretémonos á España. Económicamente hablando, nuestra patria está desorganizada, y sólo puede reorganizarla la más estricta proteccion, cuyas consecuencias no pueden ser fatales en manera alguna, desde luégo que la Península, las Antillas y las posesiones asiáticas bastan para mantener el comercio y dar salida á los productos de la industria; en una palabra: léjos de perjudicarnos, ha de favorecernos el más absoluto aislamiento económico, siquiera sea interinamente.

Antes de abrirnos nuevos mercados, ántes de tratar con plazas extranjeras, hemos de recobrar el mercado nacional que los extranjeros nos han arrebatado. Cuando hayamos recobrado nuestro mercado, estudiemos las condiciones de nuestra agricultura, de nuestra industria y de nuestro comercio, y tambien de nuestro Tesoro, y entónces veremos si estamos en disposicion de celebrar tratados de comercio ó de hacer rebajas en las tarifas arancelarias.

Mientras la Gran Bretaña posea 40 millones de husos de algodón, y España sólo 1 $\frac{1}{2}$ millon, mientras el Tesoro esté exhausto y con deudas, mientras haya falta de capital y esté baratísimo el interes en Inglaterra, mientras el oro de los propietarios rurales duerma tranquilamente en el fondo de sus arcas y no circule por las vías que el comercio abre, mientras no tengan los hijos de este suelo el espíritu mercantil que en otras naciones es notorio, mientras la iniciativa para la conquista colonizadora sea exígua en los particulares y casi poco ménos que perseguida en el gobierno, mientras la usura sea la pesadilla del agricultor falto de bancos agrícolas, mientras haya tantas dificultades en el comercio interior, y casi demasiadas facilidades en el exterior, particularmente el de importacion lícito é ilícito; mientras haya carestías, porque tenemos restricciones en el comercio de provincia á provincia, y poco ménos que libre-cambio de nacion á nacion, mientras la ciencia sea

pobre y la ignorancia rica, mientras nuestro disparatado arancel eleve sus tarifas cuando no protegen, (como por ejemplo, en el petróleo), ó cuando perjudican la produccion de una provincia para crear un monopolio á favor de otra (como en los azúcares), y dejan en relativa libertad á la maquinaria, dejando salir los minerales que alimentan extranjeras industrias, mientras no tengamos una marina, tal como corresponde á nuestras relaciones mercantiles, tal como reclama nuestra posicion geográfica y la defensa de nuestras codiciadas colonias, y mientras nuestra administracion, en vez de velar por los intereses patrios, haya merecido de la prensa la acusacion de que protegía los intereses extranjeros, y no haya salido á su defensa, mientras tengamos las Islas Filipinas y Antillas, cuyo exclusivo comercio sería de mayor consideracion y más ventajoso que el que puedan proporcionarnos todos los tratados con las naciones extranjeras, como no sea con las repúblicas de Centro y Sud América, que etnológicamente hablando, son nuestras hermanas; mientras España no sea dueña de Marruecos, mientras no nos lanzemos con ímpetu y medios suficientes á la conquista comercial del África, á que parecemos llamados por las aptitudes de raza (1), es indispensable, es principio de conservacion de la nacionalidad española un régimen de proteccion, único que puede reconstituir las fuerzas económicas de nuestra patria.

Quizás las más raras y sorprendentes cualidades de nuestro país para la vida económica aislada motivan el recelo y la intriga de los extranjeros, y la contraposicion de intereses nacionales, contraposicion que se convertiría en armonía y concierto el dia en que favoreciendo directamente nuestra industria, estimulando á nuestra marina, quedarán favorecidas de rechazo la ganadería, la agricultura, y hasta la misma explo-

(1) Reclus, en su obra *La tierra y los hombres*, hace notar que los españoles son los únicos que pueden tener la ambicion de disputar á los ingleses y á los rusos la preponderancia futura en los movimientos étnicos de la humanidad (tomo I, pág. 910). La aptitud de aclimatacion de los españoles en los diversos climas de África, véase en Doutroulau *Afrique. Geographie medicale*.

tacion minera; tal es la solidaridad de las fuentes de la producción en el seno de una nacionalidad, siempre y cuando á esta nacionalidad, en su parte económica principalmente, la dirija una mano experta.

D. Fermin Caballero, en un folleto que publicó en 1840, decía: «Se cruzan fuertes y opuestos conatos á que España no prospere, á que no sea una nacion grande. Si se desarrollara el genio de sus naturales y aprovecharánse las ventajas de nuestro clima y nuestra posicion geográfica, España sería de las primeras potencias del mundo en producciones y en comercio.»

«Poseedora de una marina inmensa (¡cómo se conoce que hablaba en 1840!) relacionada por sangre, religion y lengua con los nuevos Estados de América, dueña exclusiva del medio de beneficiar los metales preciosos, sería dueña de ambos mares, cuya llave tiene en sí. No conviene á rivales envidiosos ni á monopolistas avaros que España sea España, no. Hé aquí el gérmen de tantas desgracias como han llovido sobre esta desventurada patria; hé aquí la explicacion de las rivalidades que hoy lamentamos, y á que contribuyen obcecados españoles incautos.»

Quien conozca á fondo el problema económico de España, quien siquiera lo salude, quien oiga el clamoreo de nuestra marina, lea en la Memoria del ministro de Hacienda el estado de nuestro Tesoro, atienda á la situacion de las industrias y se fije en la gran exportacion de esa rica mercancía que se denomina metálico, que á cambio de productos elaborados sale de España para engrosar las sumas que en los Bancos depositan los fabricantes ingleses, para aumentar su capital, estimular su crédito, bajar el descuento y activar con ello las transacciones y el poder mercantil de la Gran Bretaña; quien atienda á la gran falta de capitales que en España existe, y que de dia en dia disminuyen, á juzgar por la contraria balanza de comercio, deje los libros de los economistas extranjeros á un lado y atienda á los hechos para deducir de su exámen los principios. Quien de español se precie y no sea indiferente al movimiento de reconstitucion económica que las naciones europeas en estos momentos verifican, ha de abandonar toda

preocupacion libre-cambista, dejar á un lado las doctrinas económicas, muchas veces falseadas por sus divulgadores españoles, y atender el principio proteccionista, á quien los hechos dan la razon despues que la pluma de Carey la sentó firme en indestructibles bases.

Es necesario aplicar pronto é inmediatamente la proteccion, empezando por las industrias que están más amenazadas, como son la marina, en pos de la cual viene la muerte del comercio español; la industria lanera, en pos de la cual viene una situacion muy comprometida para la ganadería y (1) la agricultura en general; de la misma manera que acude el gobierno solícito para librar á la produccion vinícola de la invasion de la phylloxera, de igual modo que protege la salud pública con medidas sanitarias, de igual modo ha de proteger lo que bajo su direccion se encuentre, acudiendo primero á las instituciones, fuentes de produccion, individuos y comarcas que estén más necesitadas de proteccion y amparo.

La verdadera mision de España no es la mision política; que ésta no es más que la compacta corteza que se quiebra y fracciona y resquebraja á cualquier accidente del terreno, al primer movimiento brusco que se verifica en las capas que, en el órden social como en el mundo que la geología estudia, contienen el fuego interno, las corrientes de agua y de aire, las causas de los hervideros y de las erupciones de los volcanes. La manera de que España sea una é indivisible, es unir el vínculo económico al vínculo político, de lengua, de costumbres, de religion y tradiciones que en mayor ó menor escala ya existe. Procuremos que el principio de Bastiat sea cierto; procuremos que en España sean armónicos todos los intereses; no establezcamos rivalidades económicas, como ha-

(1) «El daño causado á la ganadería por la importacion de manufacturas es más de un triple del que ha sufrido por efecto de la importacion de lanas en rama, sin que la industria haya tenido en esto ningun beneficio, ántes al contrario, pues de nada le sirve adquirir barata la primera materia si sus competidores la tienen aún más barata, y si se les priva de poder trabajar.»

Carta que la *Comision de los Centros unidos en defensa de la industria lanera*, constituida en Barcelona, ha dirigido al Secretario de la Asociacion general de ganaderos, Sr. Lopez Martinez, en 20 de Abril de 1879.

ce la prensa de nuestros libre-cambistas, los más antipatrióticos de todos los libre-cambistas de la tierra.

Fomentando la industria de máquinas, fomentaremos á su vez la extraccion de los minerales; protegiendo la industria lanera protegemos la ganadería: alentando la manufactura en sus variadas manifestaciones, alentamos á la agricultura, á quien facilitamos máquinas y consumos capitales; y no se olvide un momento que la agricultura, muy léjos de ser una rama de la produccion con autonomía, con vida independiente, es una industria como cualquier otra: pero mal digo, no como cualquier otra, sino industria subsidiaria y relativa, cuya existencia, progreso y desarrollo, depende de la existencia, progreso y desarrollo de la demas industrias, que transforman la materia en útiles y el trabajo en oro amonedado, una nacion exclusivamente agrícola, no puede ser verdaderamente agrícola, sino una nacion atrasada, pobre subsidiaria y comercialmente esclava de las naciones ricas en producciones de otra índole.

Las industrias son fuertes cuando coexisten y se apoyan unas con otras; y en el momento que alguna decae, las demas se debilitan y enervan, y si no acude el remedio, si no viene la reaccion, sucumben; tal es la organizacion económica en el seno de las nacionalidades, y sólo el vínculo de la contribucion de la unidad administrativa y de otras causas de solidaridad de intereses produce esta armonía. Todas las industrias que viven, pagando contribucion á un mismo gobierno, tienen igual interes en que todas prosperen y se desarrollen, así como lo tienen tambien en que las industrias similares de otras naciones decaigan, se extingan ó estén en estado de paralización.

Hé aquí lo que han comprendido los gobiernos previsores; hé aquí la gran enseñanza que nos han dado los Estados- Unidos con su régimen económico, que en pocos años los ha hecho vigorosos, hasta el punto de ser irresistibles. Hé aquí, en una palabra, el pensamiento de los hombres de Estado que ha inclinado la balanza de la proteccion y hecho aparecer súbitamente la reaccion proteccionista en las naciones europeas; reaccion proteccionista de que debe aprovecharse España más que ninguna nacion del continente europeo.

VII.

Considero que el resultado más fecundo en consecuencias de la reaccion proteccionista de Alemania, Francia y otras naciones es la reorganizacion económica de las nacionalidades que entran en la nueva senda. Protegida la industria, la agricultura, las artes, las ciencias, toda la nacion experimentará el influjo benéfico del sistema protector. Todas las fuerzas sociales obran y recobran unas sobre otras, las funciones de cada actividad social afectan á la totalidad del cuerpo y á cada uno de sus aparatos y órganos, y esta ley la hemos visto comprobada en los Estados-Unidos de la América del Norte. Rica agricultura nacida al apoyo de ricas industrias que han proporcionado al hombre medios de cultivar fácilmente un terreno igualmente rico; ha dado nacimiento á un comercio activo, el cual á su vez ha recobrado todo su benéfico influjo sobre la industria y la agricultura, permitiendo salida á sus productos y el empleo y formacion de cuantiosos capitales. La accion lenta del trabajo ha acumulado enormes sumas en manos de los habitantes de la Union Americana, enormes sumas que han concurrido simultáneamente á producir la baratura en la produccion, la competencia en el seno de las mismas industrias; pero no sólo han producido la baratura, sino el perfeccionamiento; porque los capitales, efecto de la excesiva oferta, han bajado de valor en el mercado, y han producido la gran demanda de inventores y de perfeccionadores que desde aquel momento encontraron remuneracion á su ciencia y sus desvelos. Abaratándose los fletes por la competencia de los capitales y por la facilidad del crédito, el comercio tomó gran vuelo, y el mismo desarrollo comercial con su escuela de nuevos mercados, relaciones y cambios, influyó en la baratura de los fletes y transportes en ferro-carriles. A la sombra de la proteccion sábiamente aplicada, que produce la verdadera competencia, la acumulacion de capitales dió impulso extraordinario á la

iniciativa particular, la cual compitió en los ferro-carriles, que abarataron extraordinariamente sus precios de transporte, facilitando el tráfico interior; en las industrias particulares, en los artefactos más sencillos, en los servicios de la vida pública y privada, y hasta pudiéramos decir, en la administracion.

La circulacion interior ha nutrido perfectamente el organismo económico de la nacionalidad Norte Americana, y cuando de esta manera se ha ido robustuyendo, ha podido abrir sus puertas (si es que las ha abierto) y admitir la lucha con las demás naciones, en el momento oportuno, que se consideraba más pujante y robusta que cualquiera otra.

Nutrido perfectamente el organismo, sólidamente apoyado en el régimen económico, la actividad política, científica, artística de los Estados de la Union ha tenido una base fuerte; ha tenido *medios para desarrollarse*. Hé aquí el resultado de la proteccion económica: la organizacion económica de las nacionalidades; y á esta idea obedece el movimiento de reconcentracion, que con un plan protector inician las naciones europeas que no quieren sucumbir á los embates externos (lucha económica que solicitan los Estados Unidos) y á los enemigos internos (el socialismo y demás medios de desorganizacion social). Los gobiernos aleman, francés y otros se han apresurado á dar el impulso, y nosotros que debemos entrar en el corriente general de las naciones civilizadas, no debiéramos quedarnos rezagados, mayormente cuando un régimen protector sería altamente provechoso.

Elementos agrícolas, industriales y de comercio tiene España, y por ley de naturaleza está llamada á ser un organismo económico completo; para ello es preciso rehacernos; conviene que no flaqueé industria alguna, ántes por el contrario, contar con un buen número de ellas suficientemente protegidas, para rescatar por medio del trabajo las inmensas pérdidas de dinero, que por medio del trabajo tambien y por los empréstitos, va á llenar las arcas de bancos y casas extranjeras; es menester que permanezcan en situacion sobradamente abundante algunas industrias para que puedan ayudar á las débiles cuando les amenace el peligro de sucumbir en la lucha internacional. Se comprende que la Inglaterra haga todos los es-

fuerzos posibles para que esta idea no cunda entre los pueblos, porque tiene conciencia de la dificultad que le asiste de constituir un organismo económico completo; pero las nacionalidades que tienen gobiernos previsores y que se encuentran en condiciones de hacerlo, se organizan económicamente reformando sus aranceles, cuyas murallas deben elevarse según el peligro de la invasión económica extranjera.

En pos de la crisis económica, en pos de la derrota mercantil, viene poco menos que el atraso en la carrera de la civilización; el retroceso de todo lo adelantado en la senda de la humana cultura. Los estados civilizados, ó se mantienen á la defensiva evadiendo la lucha económica internacional y sus peligros, ó se lanzan á la pelea. Los vencedores serán los ricos y los que sufran todos los efectos de la derrota, perderán muchos elementos de civilización y ostentarán en su organismo enfermedades de raquitismo y anemia como las crisis y el hambre, ó enfermedades de descomposición social como el nihilismo.

De la misma manera que los organismos cuanto más complicados son más consumen, y que los animales cuanto más se acercan al hombre, que es de todos el más perfecto, más necesidades tienen, así también las sociedades cuanto más adelantadas, cuanto más complicadas son, más consumen.

La vida, cuanto más variada, cuanto más perfecta, cuanto más diferenciada, más cara es; lo propio puede decirse de la vida individual que de la social. Un pueblo civilizado necesita mucha mayor circulación de riquezas y de actividades en acción que un pueblo bárbaro; y la ciencia y el arte necesitan capitales inmensos para encarnarse y tomar forma en la vida humana. Cada artista, cada científico representa un capital inmenso de enseñanzas é ideas acumuladas, ideas y enseñanzas que cuestan mucho dinero, para que un cerebro las adapte, las asimile, las combine y las reproduzca. A medida que la civilización adelanta, á medida que el progreso se verifica la ciencia va tomando mayor incremento; en una palabra, vale más por ser un elemento social más complicado y más diferenciado que el económico. El capitalista que tiene un millón de duros, considerado estrictamente como capitalista,

vale tanto como otro que tenga igual cantidad. Otra cosa es considerado como capacidad. Un científico difiere de otro en tal conformidad, que no puede calcularse á punto fijo el valor exacto de sus ideas. La ciencia, el arte, todos los elementos de la sociedad valen mucho; son cada dia más caros, porque en relacion con ellos, cada dia vale ménos el dinero, y la humanidad reconoce de dia en dia que ellos valen más. La administracion, la marina militar, los diversos servicios del Estado en la época presente, son caros; y lo son en razon directa de su perfeccion y complejidad (entendiéndose siempre en igualdad de circunstancias de buena administracion) y sólo pueden sostenerlos á una altura digna los estados ricos. Las naciones más científicas, más civilizadas, más adelantadas son las que dominan y las que se encuentran en mejores condiciones de procurarse las riquezas que han de proporcionarles medios para adelantar en el arte, en la ciencia, en la comodidad de la vida, en la perfeccion del trabajo, en la fuerza de las armas y en las condiciones etnológicas de sus habitantes.

Los adelantos de la ciencia, especialmente de la ciencia aplicada á la industria, dan poder inmenso, así á las naciones como á los individuos; y España, que cuenta con grandes elementos naturales de riqueza, puede explotándolos llegar á ser rica para ser sabia é instruida, y ha de procurar sostener á gran altura su instruccion para llegar á ser más rica; lo que no alcanzará por el medio ilusorio del crédito y la usura, sino por medio del trabajo, más productivo cuanto más inteligente, cuanto más superior en categoría.

Al proteger, no sólo ha de procurar el Estado la mayor suma de fuerzas productoras, sino que ha de hacer converger estas fuerzas á un fin para que no se neutralizen, ha de procurar el equilibrio. Como ideal, aspiramos á la mayor diferenciacion de estas fuerzas, y como procedimiento protector, el que proporcione en mayor grado la más activa circulacion de las riquezas en el seno de una nacionalidad. El Estado debe proteger ante todo el elemento histórico, las instituciones en que se encarna la tradicion, los intereses morales, limitándose aquí la proteccion á prestar recursos y á procurar la defensa contra todo ataque externo é interno; debe fomen-

tar el elemento científico, así personal como material, pues vale más á una nacion un genio que se llame Edison ó Newton, Fortuny ó Cellini, que todas las fábricas reunidas. Despues ha de proteger el Estado las grandes industrias, el gran comercio, ha de proceder de mayor á menor, encontrándose en último término el consumidor, que no produce, cuyas voces no debieran llegar á oídos del hombre de Estado. A la sombra de la grande industria, vive la pequeña, como amparo de las leyes naturales que tienden á perpetuar la especie, queda protegida la existencia del individuo.

Si nuestros hombres de Estado escucharan la voz del consumidor y elevaran á teoría las encontradas peticiones que de su clamoreo resultan, si Manchester y Lancashire son la fábrica de Europa, Paris sería la tienda.

Los grandes almacenes, gracias á la facilidad de las vías de comunicacion, ponen directamente en manos del consumidor los productos de los grandes almacenistas, ¿qué harían los tenderos, que harán los vendedores de artículos al por menor?

Por lo que á España toca, decir fuera trabas, hablando del comercio exterior, es ser separatista, disgregador, promovedor de la guerra civil económica. El comerciante de Bilbao ó de una ciudad española inmediata á la frontera francesa, que merced á la libertad de comerciar con Francia, libre de la traba arancelaria, tenga su principal tráfico con aquella nacion, verá con placer la creacion de un ferro-carril que le acerque el punto productor ó consumidor de los artículos de su comercio; en cambio pagará con no muy buena voluntad la contribucion que ha de servir para obras públicas en Madrid ó para estirpar la phylloxera en Málaga. Si el mercado principal de los productos fabriles de Cataluña llegase á ser el Sud de Francia, verían los fabricantes del principado con buenos ojos el desarrollo de la riqueza en las poblaciones consumidoras, y pagarían sólo á la fuerza, y acabarían quizás por resistirse al pago del impuesto que ha de servir para los gastos generales del Estado, cuyo fondo acude indistintamente á las necesidades administrativas de Leon, Castilla, Andalucía ó Murcia.

Si el Phylloxera invade el Sud de Francia, y allí se consumieran las harinas de Castilla, los harineros castellanos se in-

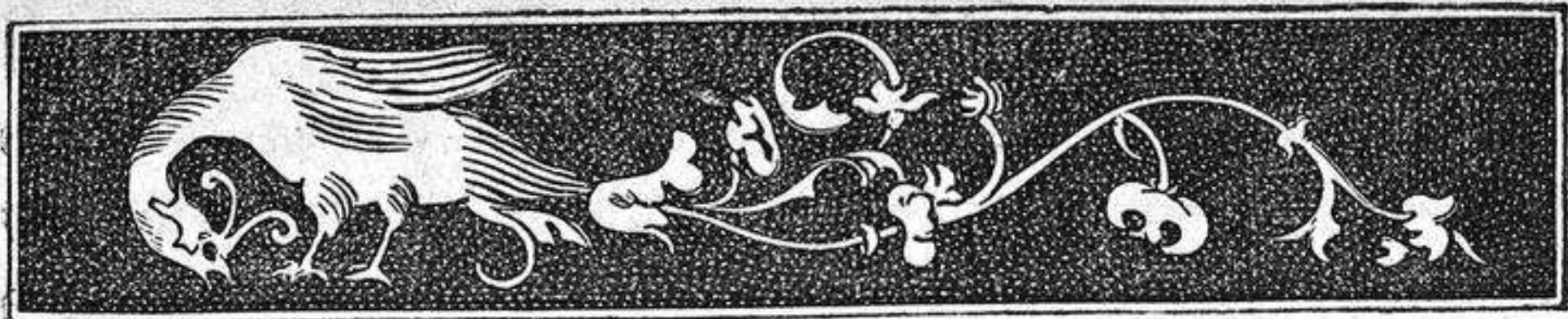
teresarían por la suerte de los viticultores franceses, y poco les importaría la suerte de los españoles, y así sucesivamente el desconcierto y choque de intereses borraría los vínculos de nacionalidad. ¡Cuánta dificultad entónces en el cobro de los impuestos; cuántos intereses contrapuestos en el seno de una nacionalidad! ¡cuántas luchas intestinas!

Solidemos nuestra organizacion económica y ayudémonos mutuamente, ya que el peligro exterior arrecia. Seamos libre-cambistas en el comercio de Andalucía con Cataluña, de las Baleares con la Península, de nuestras posesiones de Africa con el resto de España, de Murcia con Castilla, de Galicia con Cuba, de las Antillas con Filipinas; libre-cambio absoluto si se quiere; los perjuicios no superarán á las ventajas, ya que pagamos contribucion á un mismo gobierno y estamos sujetos á la responsabilidad de una misma deuda. De nacion á nacion se establece una corriente económica que se salda con dinero. De provincia á provincia puede establecer equilibrio entre las encontradas ó desviadas corrientes económicas la suprema accion del Estado, que apoya con fondos del Estado ó protege de una ú otra manera la rama de la produccion que decae ó la provincia y municipio á quien diezma el hambre, ó empobrece una mala cosecha. Nada de esto sucede de nacion á nacion, en cuya contienda sucumbe la vencida, no habiendo arbitrio para dirimir discordias, ni una fuerza para apoyar al débil; por el contrario, apénas se aperciben las fuertes de la caida de la débil, están á la expectativa, buscando el momento oportuno de lanzarse sobre ella y repartirse sus despojos, en esos festines con pantomima legal, que se denominan congresos internacionales.

PEDRO ESTASEN.

Barcelona y Mayo de 1879.





M.^{LLE} LUISA ADELAIDA DE CONDÉ.



La heroína de la obra publicada por M. Viollet, Luisa Adelaida, hija del príncipe y de la princesa de Rohan-Soubise, era á los veinticinco años una jóven de un carácter sério y frio. No quiere decir esto que hubiera roto con la sociedad; porque la posicion que ocupaba la obligaba á presentarse en las fiestas de la córte y tomar una parte activa en las diversiones de Versalles; pero lo hacia con reserva y con cierta tímida discrecion.—En más de una ocasion habia pensado en tomar el velo, porque las pompas y solemnidades de Versalles, los ricos adornos y los vestidos bordados de oro que debia llevar en los *pataclans*; todo aquel alegre y frívolo tumulto no habia podido interesar su corazon — El mundo le parecia loco y malvado, y retirada en su habitacion forrada de azul, de la calle de Monsieur, permanecia indiferente á los cumplidos y galanterías de los cortesanos. Desde su más tierna infancia habia perdido á su madre; y su padre y su hermano, que sólo pensaban en llevar una vida alegre, la veian raramente. Habíase, pues, habituado á considerar á Dios como su único refugio y á consagrarle todo el afecto de su corazon.

Paseándose un dia por el terrado de las Tullerías se rom-

pió la rótula y tuvo que tomar los baños de Bourbon-l'Archimbault. Como los príncipes vivian con suma libertad en Bourbon, donde no se conocia la etiqueta, y las exigencias de la córte y del ceremonial ordinario se hallaban desterrados de sus reuniones. En esta época un jóven de la nobleza bretona, Luis de la Gervaisais, oficial del regimiento de carabineros de Monsieur, fué presentado   los príncipes de Condé. No tenia este jóven los buenos modales, ni las maneras agradables de la mayor parte de sus contemporáneos; tímido, sin saber qué hacer de su persona, algo salvaje, estaba fuera de su lugar en los salones de París, cuya refinada política y esquisita elegancia daban entónces el tono   la Europa.—Pero el jóven carabinero era un hombre leal, de un juicio recto, apasionado partidario de la verdad, completamente hostil   toda preocupacion, citando   la vez en una de sus cartas   Ciceron,   Lutero y   Nicole.—La princesa de Condé adivin , bajo aquella ruda corteza, una viva inteligencia y un corazon sano y ardiente, complaciéndose en descubrir los nobles sentimientos y los pensamientos generosos que la Gervaisais ocultaba con cierto pudor   los ojos del mundo; despues de una larga conversacion en que ambos habian hablado sin disfraz y con el corazon en la mano, como suele decirse, empezó una de las más puras y tiernas afecciones que menciona la historia del siglo XVIII.—Hacian sus comidas juntos, iban   pasearse por las cercanías de Bourbon, y el taciturno la Gervaisais en estas comidas y paseos se volvia hablador, y los papeles, por decirlo así, se invertian, permaneciendo silenciosa   su vez la princesa, que apoyada en el brazo del oficial, le escuchaba con muda alegría, abandonándose c ndidamente y sin pensamiento oculto al amor que le inspiraba el alma franca y recta de la Gervaisais: esto era, dice el editor de las cartas, M. Paul Viollet, un sueño celestial.

Entretanto les fué necesario separarse y despues de haberlo verificado, no sin una penosa opresion de corazon, entablaron una correspondencia que fué en lo sucesivo el único objeto de sus vidas.—La Gervaisais estaba  n Saumur, y Luisa Adelaida en París; pero ésta decia que tenia dos almas; una la mala, que llenaba todos los deberes de la sociedad, y re-

presentaba un papel oficial; la otra, al contrario, su alma buena, no se preocupaba más que de su amor. «Será preciso, añadia, que sea falsa, que mi fisonomía aparezca tranquila, mientras mi corazón esté desgarrado, que hable de mil cosas en las que estoy muy lejos de pensar. ¡Oh! cuánto tiene que esforzarse el alma de la sociedad para impedir que la otra se muestre.» La misma princesa cuenta con una sencillez encantadora, que el alma social padecía, á pesar de su buena voluntad, algunas distracciones:

Amigo mio: el alma mala no va bien, valia mucho más en Bourbon. Quiere hablar algunas veces y es para decir cosas que carecen de buen sentido y que no se relacionan con nada absolutamente.— Ayer ó anteayer una señora estaba hablando de una cosa tan indiferente como la lluvia ó el buen tiempo; esta mañana hablaba de otra cosa, cuando de repente la interrumpí, dándole una especie de contestacion á su pregunta de la víspera, y digo una especie de contestacion, porque verdaderamente yo misma no sé lo que quise decir. La dama se echó á reir y me preguntó si me habia vuelto loca, y realmente la cosa era tan ridícula que no pude ménos de reirme tambien.

Jamás hubo amor más puro y perfecto, jamás una pasión encontró para expresarse términos tan dulces y castos: «Siento, escribia la princesa, siento que mi corazón ama mucho, ¡oh! que ama mucho á su amigo; lo cual me hace feliz, me entrego á esta dicha; y me predispone á llorar; me distraigo ó no me distraigo de mis pensamientos, nada de esto examino; amo á mi amigo todo cuanto puedo amar y estoy seguro de ello; porque lo siento y no trato de averiguar más.» Nótese que no dá otro título á la Gervaisais que el de «mi amigo,» y ella se nombra á sí propia en sus cartas, la *buena, vuestra buena amiga*: «Quisiera, escribe, que me esplicáseis por qué siento más placer en decir: «*vuestra buena amiga,*» que «*mi amigo,*» no tengo suficiente talento para comprenderlo,» y en otra ocasion: «Cuando digo *vuestra buena amiga*; ¡cómo gozo con la palabra *vuestra!*»

El amor de la Gervaisais era, á lo que aparece, más inquieto, más agitado, y como preguntase un dia á la princesa cómo

le era posible amar á la vez á *su amigo* y á su hermano, el duque de Bourbon, ella le contestó con suma gracia:

Amigo mio: tal vez seais vos á quien ame más. ¡Oh! en verdad que nada sé y tendria miedo de mentir al decidirlo. Si alguna vez mi hermano cambiase de sentimientos para conmigo, me desesperaria tambien; ¿mas por qué esta idea no me atormenta por él como por mi amigo? Que este amigo juzgue de mi corazon; tal vez lo hará mejor que yo.

Su correspondencia duraba ya seis meses y era, segun M. Viollet, un verdadero cántico de amor; pero al afecto de la princesa por el jóven oficial se mezclaban ansiedades, angustias que no habia previsto turbaban la dulzura de su pasion. Razones de conveniencia, y como decia, preocupaciones le impedian contraer matrimonio con la Gervaisais; su ilustre nacimiento era un obstáculo á su felicidad. Ya, añadia, pensando en la futura suerte de *su amigo*, que debia ser feliz, que si caia en la tentacion de casarse lo haria con una jóven dulce, buena, y colocaria á su esposa en el primer lugar de su corazon, y á ella, su amiga, el segundo. Ya de antemano se sacrificaba, y la Gervaisais, si la pasion no le hubiera cegado, hubiera podido prever el terrible golpe que debia recibir en pleno corazon. Mlle. de Condé debia obedecer con docilidad á las exigencias sociales; porque no era uno de esos caractéres irritables y violentos que se rebelan contra las leyes humanas y no reconocen otro imperio que el de su pasion. Acostumbrada á resignarse, y á sufrir en silencio, no vaciló en hacer un cruel sacrificio á lo que la sociedad de su tiempo le habia enseñado á considerar como su deber.

Entretanto, las personas que la rodeaban sospechaban de su amor. Una anciana camarista le preguntó en cierta ocasion si era cierto que en Bourbon hubiera comido todos los dias con un jóven. Su padre y su hermano, el *bueno* y el *pequeño*, como los llamaba Luisa Adelaida, lo sabian todo, pero guardaban silencio. Por un momento abrigó el deseo de volver á ver en París al «tierno amigo de su corazon» y hablar con él; sin embargo, por temor á la maledicencia, tuvo que renunciar á este propósito que por largo tiempo habia acariciado.

Habia proyectado hacer nombrar á la Gervaisais oficial de guardias francesas, y hasta ella misma le envió el borrador de la carta que debia dirigir al duque de Bourbon, su padre; pero este plan fué tambien abandonado, y volvió á escribir á su amigo, diciéndole que era necesario esperar, á fin de distraer las sospechas que empezaban á despertarse.

Amigo mio, estoy segurísima de vuestra ternura, y la mayor prueba de ella que podeis darme en este momento, es acceder á lo que os pido. Tanto cuanto sufre mi corazon al haceros esta súplica y quizá más, sentirá lo que os deberá; os lo confieso, tierno amigo, veo este sacrificio necesario; mi razon está decidida á hacerlo, pero mi corazon, creedlo, será más amante si es posible por eso mismo.

La Gervaisais obedeció, pero las cartas de la princesa eran cada vez ménos frecuentes; estaba enferma y en vano el desgraciado oficial le escribió pintando su dolor con los más vivos colores. Mlle. de Condé habia resuelto cortar sus relaciones con la Gervaisais, y aunque vaciló largo tiempo ántes de dar el paso decisivo que debia separarla para siempre de su bien amado, al fin le escribió una carta desgarradora de despedida. Confesaba en ella los remordimientos que le causaban sus relaciones secretas; añadía que se habia recogido dentro de sí misma y que habia sondeado su corazon; que habia llegado tambien á comprender que la amistad, áun la más pura, puede ser peligrosa; una amiga que se encontraba en el mismo caso que ella, le pidió consejo y no vaciló en contestarle, que á menudo se hace un sacrificio al amor, pero jamás al deber. Y continuaba diciendo:

No me odieis, pero no me ameis más; pensad poco en mí, si esto puede turbar vuestra vida; vuestra *buena amiga* os lo ruega. ¡Qué pensariais de mí si obrase contra el grito de mi conciencia? ¿Acaso me estimariais? En tanto que esta conciencia nada me ha dicho, he seguido la irresistible inclinacion que me llevaba hácia vos; ahora me habla y me habla con vigor, y mi deber es escucharla y sacrificarle hasta mi felicidad. ¡Mi felicidad! ¿Existe por ventura cuando hay remordimiento? ¡Oh! no, amigo mio, es un tormento inexplicable reconvenirse á sí propia. Amigo mio, mi tierno amigo, ¡oh! no puedo evitar estas palabras: esta es la última carta mia que reci-

bireis ; contestadme dos letras para que sepa si debo desear vivir ó morir. ¡Oh! ¡cuánto temeré abrirla! Escuchadme, si no es muy desgarradora para un corazon sensible como el de vuestra buena amiga, tened la atencion, os lo ruego, de poner una crucecita en el sobre ; no lo olvideis, os lo pido en gracia. Adios, adios, amigo mio ; vuestra respuesta terminará nuestra correspondencia, es preciso ; ¡si supiérais cuántas veces he deseado la muerte desde que os he escrito! Oidme, no debemos buscar acasiones de vernos, al contrario, por mucho tiempo, por muy largo tiempo habrá que evitarlas.—Amigo mio, ¿qué será de mí? ¡Oh! tenedme lástima, tenedme lástima. Sin embargo, ¿lo creereis? me encuentro aliviada con haberos escrito todo esto : por desgraciado que uno sea, el cumplimiento de lo que se cree un deber consuela siempre al alma oprimida.—Adios, tierno amigo, adios ; no debo ya manifestaros mi cariño, creo que he hecho mal y no lo haré más.—Adios, otra vez ; se puede cambiar de conducta cuando se tiene valor ; pero ignoro si es posible cambiar el corazon.

Al mismo tiempo escribia al tio de la Gervaisais, al caballero de la Bourdonnaye Montlue en estos términos :

Decidle que ántes de decidirme me he hecho todos los razonamientos que he encontrado en su respuesta ; que cuando quiere una juzgarse á sí propia, todas las objeciones en su favor se presentan en tropel ; pero que cuando á pesar de ellas se siente un secreto descontento de sí misma, hay que resolverse á ser juez severo.

Esto ocurría á principios de 1787 ; dos años despues estallaba la revolucion, y se verificó la emigracion. Luisa Adelaida abandonó á Chantilly, y se dirigió á Turin. Allí encontró entre sus papeles el manuscrito olvidado de una comedia de la Gervaisais, que remitió al jóven con el siguiente billete :

Se devuelve el manuscrito despues de haber quemado la esquila que estaba unida á él, y se ruega al autor que no haga uso de él. Se le agradece su silencio, y se le ruega con insistencia que no varíe de conducta.

La existencia que llevó en el extranjero bajo la revolucion y durante el primer imperio, fué fecunda en aventuras, y como todos los emigrados, Luisa Adelaida tuvo á menudo que variar de residencia, correr por los caminos y huir de

asilo en asilo ante los ejércitos de la república y de Napoleon. Volvió á Francia en 1816, y murió el 10 de Marzo de 1821 de superiora del convento del Temple en París, bajo el nombre de la madre María-José de la Misericordia. Entónces escribió la Gervaisais en la *Quotidienne* un artículo necrológico que terminaba así: «No lloremos, la mortal acaba de fallecer, la santa empieza á vivir.»

¿Qué habia sido de aquel oficial á quien habia amado una princesa de sangre real? Sus escritos (la Gervaisais habia dejado el servicio y se habia hecho publicista) se conservan en la biblioteca nacional, fueron redactados en diferentes épocas, y demuestran un espíritu penetrante y un patriotismo ardiente é ilustrado que durante cuarenta años se ocupó del porvenir de Francia, y lo acompañó, por decirlo así, con sus consejos y sus predicciones. Los títulos que dió á sus obras son raros; no escribia con claridad, pero en medio de sus oscuridades y de las incorrecciones de su estilo, brillan pensamientos ingeniosos y grandes ideas cual los relámpagos que atraviesan la masa sombría de las nubes. Bajo una forma viva, propia para llamar la atención del ánimo y ocasionar una sacudida fecunda, la Gervaisais dirigió de 1790 á 1838 á la sociedad juiciosas opiniones sobre la política y las costumbres. Al principio de la revolucion, se vió, como todo el mundo, arrastrado por un culto entusiasta de un ideal abstracto, y perdió de vista la realidad; pero más tarde reconoció su error, y siempre rindió homenaje á la noble exaltacion que entónces se habia apoderado de los ánimos. ¿Dónde encontrar, decia en 1835, aquel primer candor de la libertad, aquel instinto de integridad, aquella lealtad enérgica y aquel culto á la nacion? «Poco á poco renunció á sus sueños políticos, y llegó á ser un moderado, un prudente, un *oportunista* firmemente convencido de que la precipitacion es tan dañosa en política como en todo, y que es preciso, para fundar un establecimiento duradero, caminar con seguridad y lentitud. Desde 1790 compadecia al pueblo, «alternativamente partidario de la opresion y de la licencia, envilecido por la una, y más vil á los ojos de sus aduladores; mártir é instrumento de la ambicion, siempre juguete de los otros y devorándose á sí mismo.» Ya en esta

época temía la muerte del rey, y prevía la anarquía seguida fatalmente del gobierno de un soldado. «El momento llegará en que la prudencia y la concordia se creerán muy afortunadas en hacer pasar, sin anarquía y sin horrores, bajo un centro de hierro, á un pueblo harto para siempre de la libertad que le habian ofrecido, y ávido de pan y de tranquilidad.» Bajo la restauracion luchó contra los ultras, contra los enemigos irreconciliables de la revolucion, y predijo la «irrevocable expulsion de los Borbones. En 1835 decia del gobierno de Luis Felipe: «El golpe, aunque el mismo que en 1830, no tendrá igual violencia. El árbol es endeble, y se plega á todos vientos; pero no tiene raíces, y un sólo empujon lo echará por tierra, sin que su caída apenas haga ruido.» Desde aquel momento juzgaba «inevitable» una segunda república; pero estaba convencido de que esta reproduccion de la república seria muy efímera, diciendo: «dado un Napoleon, por débil y exiguo que sea, es tal la sed de reposo, el deseo de tranquilidad que en todas partes se apresurarán á tenerle el estribo, y hasta á servir de estribo á cualquiera que tenga talla y dotes para montar el corcel absolutista.» Casi todos los folletos de la Gervaisais contienen predicciones semejantes, que pueden llamarse intuiciones del genio; ¿podria reunirse, dice M. Viollet en su obra, debidas al mismo observador, tan crecido número de previsiones políticas? Por lo demas, ántes de M. Viollet, un célebre investigador literario, M. Damas Ri-nard, habia ya publicado en un estudio titulado *Un profeta desconocido*, las apreciaciones de este espíritu tan lúcido y sagaz sobre los principales sucesos de su época.

Mme. de Duras, como lo demuestra con mucho ingenio M. Viollet, ha representado á la Gervaisais en su novela *Eduardo*. Esta obra no es otra cosa que la historia de Mlle. de Condé, puesto que Mme. de Nevers se llama como nuestra heroína, Luisa Adelaida, muere en la *calle de Bourbon*, y su padre es gobernador de Guyena, como el duque de Borbon lo era de Borgoña. «Eduardo G. (tambien esta inicial es la del nombre de la Gervaisais), era, dice Mme. de Duras, el hombre más independiente que haya conocido; la desgracia le habia hecho separarse de los hombres, era justo, porque era

imparcial, é imparcial porque todo le era indiferente. Cuando semejante manera de pensar no hace al hombre excesivamente egoísta, desarrolla la cualidad de juzgar, y aumenta las facultades de la inteligencia; era habitualmente silencioso, pero sin desden. Esta alma, inaccesible á los consuelos, era, sin embargo, generosa, benévola, elevada, y de buena voluntad hubiera procurado á todos la dicha que no podia alcanzar para sí. Su vivo talento atraía y producía las chanzas, en las que era el único que no tomaba parte; sólo él permanecía extraño á la alegría que él mismo habia excitado.» Residia en Versalles, y con más frecuencia se le encontraba en los paseos públicos que en los salones, donde se temía su franqueza, su carácter áspero y satírico. Vivió oscuro é ignorado, y se negó á aceptar empleo alguno del Gobierno. A una edad ya avanzada contrajo matrimonio, y tanto á su hija como á su nieta les puso por nombre Luisa. En 1836, cincuenta años despues de haber conocido á Mlle. de Condé el vivaracho anciano, fué por segunda y última vez á Bourbon, y volvió á ver los caminos que habia recorrido con la princesa, las cabañas donde habia entrado con ella, todos los lugares, en fin, donde habia gozado de una dicha tan pura. Carecia, dice Mr. Viollet, de alguna sencillez y amabilidad; su talento era extraño é incoherente. El estilo de M. de la Gervaisais se resiente de su carácter; es bueno, lleno de salidas de tono: «no tengo, confesaba él mismo, ni órden ni método,» y á menudo algun amigo suyo tomaba la pluma y pulía sus frases. (Allier, Pecqueur, Teodoro Fix.)

El manuscrito de las cartas publicadas por M. Viollet no se ha encontrado. Tal vez la Gervaisais, como hombre previsor y circunspecto, lo haya ocultado en algun sitio desconocido. Estas cartas fueron publicadas por Ballanche en 1834. (*Cartas escritas en 1786 y en 1787*, publicadas por Ballanche.) Estas cartas, decia el editor en un prefacio algo enfático, están destinadas á formar un perfecto contraste con tantas producciones más ó ménos llenas de desoladoras preocupaciones. Son una voz armónica que se aventura entre los ruidos confusos del cáos. Se encuentra en ellas una cándida sencillez de sentimientos unida á la pureza más angélica. Proceden de

un alma que solo toma del lenguaje lo preciso para hacerse presentir y adivinar. El fin del siglo XVIII, añadía Ballanche, ha tenido también sus almas escogidas, y la persona que ha escrito estas cartas poseía una de esas almas predilectas á quienes Dios ama. Ofrece un noble y hermoso espectáculo en medio de una corte que tan pronto debía ser barrida como y vil polvo; tenía dentro de sí secretos de amor de piedad, sentimientos humanos que tenían al cielo por confidente y que el mundo siempre ignoró; sus miradas, después de haber vagado por el cielo, podían, sin mancharse, con alguna calma y hasta con cierta felicidad posarse en la tierra; y su facultad de amar, tan irreprochable bajo todos aspectos, pudo descender por un momento á otra alma que la comprendió como merecía serlo. He descubierto, pues, uno de esos secretos de amor puro, de inefables sentimientos que honran y consuelan á la humanidad.

Un motivo más imperioso exigía la publicación de estas cartas; en 1790 apareció una novela grosera y obscena titulada: *Los amores y las desgracias de Luisa*, y era preciso poner en claro la virtud de Mlle. de Condé, salvando así el honor de la princesa, que un libelista había tratado de manchar; y á quien por las personas que rodeaban á Luisa Adelaida podía dársele algún crédito porque podría hacerse este razonamiento: viviendo entre gentes de costumbres ligeras, Mlle. de Condé no habría tal vez podido librarse de su influencia y huir de seguir su ejemplo. Por eso publicó la Gervaisais una segunda edición de estas cartas, seguidas de cuatro folletos, bajo los siguientes títulos:

1.º *Sobre la publicación de las cartas escritas en 1786 y 1787.*

2.º *A Felipe* (es decir á Luis Felipe).

3.º *Un alma de Borbon.*

4.º *Artículos de periódicos referentes á estas cartas.*

La tercera edición (la de M. Viollet) es superior á las dos primeras; y á la vez más correcta y más completa; no contiene las faltas de detalle que se encuentran en la de Ballanche, y aparecen en ella los pasajes suprimidos por la Gervaisais. El ilustrado é ingenioso editor ha unido á la obra el retrato de la

princesa y de su amigo, y no podriamos elogiar demasiado la introduccion que precede á estas cartas: es sólida y brillante; los detalles son abundantes y el estilo está lleno de gracejo y de viveza (1).

A. CHUQUET.



(1) Me permito llamar la atencion de M. Viollet sobre un pasaje de una novela de Balzac, el *Baile de Sceaux*, en que se trata de Luisa Adelaida. Te declaro, dice Emilia de Fontaine, á su padre, que iré más bien á morir al convento de Mlle. de Condé, ántes que ser esposa de un par de Francia. (*Nota del articulista.*)



LAS CIENCIAS EN 1879.

(SEGUNDO TRIMESTRE.)



Mostraba su admiración el ilustre astrónomo Faye, el 23 de Junio último, en el seno de la Academia de Ciencias de París, al contemplar las magníficas fotografías, los clichés negativos del espectro solar, que enviados por el insigne Henry Draper, y presentados por el estudioso é incansable Cornu, vienen á demostrar, con indestructible testimonio, la existencia del oxígeno en la *fotosfera* del astro centro de nuestro sistema planetario, y á las justas frases de elogio que el sábio físico hizo del mérito del descubrimiento, y del de su autor, se unieron, en aquella docta asamblea, la unánime aprobacion de sus distinguidos miembros, y fuera de ella, do quier que hay hombres entusiastas de los progresos de la ciencia, la más viva y legítima curiosidad.

Los nuevos trabajos de Draper han puesto como de moda en estos dias el recuerdo de los curiosísimos estudios prácticos que se vienen haciendo en el análisis de la constitucion físico-química del sol. El astrónomo americano, que se ha dedicado con especial empeño á la obtencion de fotografías

espectroscópicas solares, halló el oxígeno en la cromósfera hace ya más de dos años, continuando las difíciles experiencias á que dió principio en 1873; y al afirmar la existencia de ese gas en la fotosfera, desvanece por completo cuantas dudas y negaciones se han presentado hasta hace poco, respecto á su existencia en el gran foco de actividad que anima y sostiene todas las fuerzas físicas de la pequeña porcion del universo que él alumbra, y á que pertenecemos.

De progreso en progreso, la ciencia ha podido ir mirando al sol cara á cara, y enterándose de la naturaleza de su composicion que resulta conforme con la que la razon ha indicado que debe tener. Su esplendorosa magestad, que ciega los ojos y hace bajar la vista al hombre que se atreve á alzarse hasta el cielo, sólo con los sentidos ha quedado vencida y sujeta, cuando á las miradas ha servido de guía la inteligencia, la cual no sólo mide su volúmen y su peso, calcula sus movimientos y deduce su influencia sobre los demás astros, sino que dibuja y graba su forma y detalles, y penetrando en su masa estudia y analiza su constitucion.

El sol, ha dicho la razon, es un conjunto de materia idéntica á la que constituye la tierra, igual á la de los demás planetas y satélites, é igual, de seguro, á la que forma las estrellas. Su estado presente es de combustion total con cuantos caracteres de combinacion química y de disociacion son propios del grado máximo del movimiento molecular, que origina la electricidad, el calor y la luz. Idénticos fenómenos que los que se observan en un laboratorio, en una combustion cualquiera de cuerpos heterogéneos, deben observarse en el astro encendido, é iguales explicaciones bastarán para darse cuenta de la combustion más sencilla, que de la del foco radiante y vivificador de nuestro mundo planetario.

Y la ciencia viene poco á poco rindiendo sus grandes descubrimientos á la razon, que no ha constituido su caudal de sabiduría al través del tiempo, sino sostenida por la observacion de la naturaleza y por las experiencias de la ciencia misma.

Satisfactoria y sorprendente ha sido la série de descubrimientos analíticos del sol en estos últimos veinte años. ¿Quién

no la recuerda? A las olvidadas hipótesis de Anaxágoras y Perides sobre la combustion solar, á las inexplicables teorías de la Edad Media, á las racionales presunciones de Kepler, á los descubrimientos de Fabricius, Galileo y Scheiner relativos á las manchas oscuras y á las fáculas brillantes del sol, á los detenidos estudios de W. Herschell, de Howlet y de Carrington, han sucedido los estudios experimentales en grande escala de los grandes astrónomos contemporáneos; y á las ideas de Galileo y Kevelius, de que las manchas fuesen humos ó nubes flotantes en la materia fluida y luminosa que rodeaba al cuerpo oscuro del sol; á las de los que las suponian materias lanzadas por los volcanes solares, á las de los partidarios de que eran cuerpos sólidos en suspension en la masa entera fluida del astro, á las de los que consideraban ya las manchas siempre fijas ó ya movibles, sucedieron las de Kirchoff y Bunsen por un lado, las de Wilson y Herschell por otro y las de Faye y Stoney por fin. Los primeros vuelven á la antigua teoría de Galileo, suponen al sol formado por una masa sólida ó líquida incandescente en cuya luminosa superficie flotan las nubes ó manchas; los segundos suponen en el centro del astro un núcleo oscuro rodeado de una masa gaseosa, sobre la que se extiende otra especie de segunda atmósfera de luz, la fotosfera; las erupciones de gases incandescentes rompen en determinados puntos ambas capas superpuestas, y originan las aberturas, cuyo fondo oscuro central constituye las manchas, y cuyas llamaradas encendidas vistas de frente sobre la superficie solar forman las fáculas, y vistas sobre los bordes constituyen las protuberancias. Faye admite la explicacion de estas erupciones como causa de las manchas, pero no el núcleo frio y oscuro del centro, cree que toda la masa solar es de naturaleza gaseosa, á una temperatura extrema de incandescencia, y que existen en ellas las corrientes continuas que la diferencia de temperatura y de densidad origina, y que son propias de semejante estado.

Para llegar al predominio de esta última hipótesis y al abandono definitivo de las anteriores, la ciencia ha hecho prodigios en la aplicacion de los aparatos espectroscópicos y fotográficos. Una vez convencidos los sábios de la trascendental

importancia de la observacion de los eclipses totales de sol, todo su empeño se fijó en el perfeccionamiento de los aparatos ópticos ordinarios. En el de 1842 se estudiaron por primera vez, con algun cuidado, las protuberancias ó llamas rojas, que se ven sobre los discos superpuestos del sol y de la luna en el momento de la totalidad del eclipse, y que al parecer emanan de los bordes de nuestro satélite. En el de 1851, observado en Noruega, se les vió completamente separado del disco de la luna. Arago suponía entónces que eran nubes oscuras, ó poco iluminadas, flotantes sobre la fotosfera solar. Hasta 1860, si bien no hubo ocasion de observar ningun otro eclipse, realizáronse grandes progresos en la construccion de los instrumentos aplicables á la física del sol. Las prácticas fotográfico-meteorológicas del observatorio de Greenwich, instaladas tambien en el de Kew, para registrar gráficamente, por medio del fotoelectrógrafo de Ronald las indicaciones relativas á los fenómenos atmosféricos, se ampliaron bien pronto, abriendo el campo de la fotometría-fotográfica y de la fotografía de los astros, que debian dar grande avance á estos estudios. En la reproduccion fotografica de los planetas de las estrellas y de los cometas, en la de la luna, y en la del sol, sobre todo, se han distinguido los eminentes astrónomos Warren de la Rue, el P. Secchi, Bond, Crookes, Hodgson, Foucault, Aivy, Schmidt, de Atenas, Rutherford, Nasmyth y Janssen. Respecto al sol, el sábio astrónomo de Kew, Warren de la Rue, y el de Meudon en París, Mr. Janssen han creado con la fotografía una nueva ciencia, digna compañera de la óptica telescópica, á la que tantos descubrimientos se deben. Desde hace más de veinte años se fotografía constantemente el sol, de dos en dos horas en el observatorio de Kew, y desde más reciente fecha en los de París, Roma, Nueva-York, Wilna y otros puntos. Los fotoheliógrafos, armados ecuatorialmente, reciben la luz del astro en un espejo que la proyecta en el objetivo del aparato. Este, que como instrumento de observacion es de los más ingeniosos, exactos y admirables que la ciencia posee, tiene dos partes principales, la armadura y el anteojo fotografico. Provista la primera de un delicado aparato de relojería, mueve el conjunto con toda regularidad y con escaso roza-

miento, y lleva todo el mecanismo necesario para la colocación horaria, para la apreciación de las coordenadas, y para la lectura microscópica de las cifras. El anteojo, colocado sobre la anterior, tiene un objetivo acromático de tres pulgadas inglesas de diámetro y cuatro pies de distancia focal; en el punto donde se forma la imagen hay un obturador instantáneo de ingeniosa disposición y un ocular de amplificación al través del cual pasa la luz que va á impresionar la placa colodionada, puesta en la cámara oscura en que el anteojo termina. El tiempo de exposición á la luz es brevísimo. Mr. Janssen en sus estudios ha modificado este aparato, disponiéndolo de modo que en breves instantes puedan obtenerse muchas reproducciones de los fenómenos solares. Desde que en 1851 se empezaron á obtener fotografías directas del sol, se comprendió que este nuevo procedimiento debía prestar grandes servicios á la astronomía; así es que, construido el fotoheliógrafo de Kew, bajo cuya norma se fueron fabricando los demás, se esperó al primer eclipse total para hacer los estudios de más trascendencia, que en el período de 1858 á 60 preocupaban á los sábios. Referíanse á las llamaradas rojas (*red flames*), que en el momento de un eclipse total se observaban sobre los bordes superpuestos de ambos astros, y á lo que, como es sabido, venia llamándose protuberancias. Tratábase de saber si pertenecian al sol ó á la luna, y cuál era su naturaleza. Propicia ocasion se presentó para ello con el eclipse total del 18 de Julio de 1860, visible en España en una ancha zona, cuyo eje seguia la dirección del río Ebro. La campaña científica hecha con aquel motivo fué de primer órden, y las discusiones que despues se entablaron, no se olvidarán con facilidad en la historia de la astronomía. Estableciéronse los observadores del modo siguiente: Mr. E. S. Lowe en Fuente del Mar, provincia de Santander; A. d'Abbadie, Petit de Tolouse, Prazmowski de Varsovia y Lespiault de Burdeos, en Briviesca; Warren de la Rue de Kew, Clark, Bek, Airy, Beckley, Downes y Reynolds, en Rivabellosa de Alava; Moedler de Dorpat, Weyer de Kiel, Goldschmidt de París, Thiele, D'Arrest y Van Renneyampff en Vitoria; Leverrier, Foucault, Ismael Effendi, Tissot y Novella en Tarazona; Chacornac, Villarceau,

Brechms de Leipzig y Ch. Packe en el Moncayo; y el P. Secchi, Sr. Aguilar, del observatorio de Madrid, Greifswald baron Von Feilitzsch y Plantamour de Ginebra, en la provincia de Castellon. Todos ellos vieron, estudiaron y determinaron las brillantes protuberancias de aquel día, insistiendo en sus afirmaciones los que hasta entónces habian dicho que eran simples fenómenos de difraccion óptica, y sosteniendo las suyas con más y más entusiasmo y razones que hasta aquel momento, los que decian que eran dardos de gas inflamado, procedentes del sol. Sin embargo, bien discutido este punto, triunfó al fin la segunda explicacion, contribuyendo poderosamente á ello las observaciones hechas en Rivabellosa de Alava por Warrem de la Rue con su magnífico fotoheliógrafo del observatorio de Kew. Obtuvo este astrónomo dos pruebas durante el eclipse con siete grupos de protuberancias, y plenamente convencido de su procedencia, trasmitió aquel día desde la estacion de Miranda á París y Lóndres, el siguiente telégrama: «Exito completo. He obtenido dos fotografías de las protuberancias rojas que demuestran que pertenecen al sol, y otras muchas de diversas fases del fenómeno.» Idéntica seguridad dedujo de sus observaciones del Moncayo, Mr. Villarceau, que habia operado con el telescopio Foucault, y que como los de Rivabellosa, halló que la medida de las posiciones angulares de las protuberancias hacian entender que éstas eran movibles sobre el borde oscuro de la luna, y que por consiguiente pertenecian al sol. A esta prueba se añadió otra de gran fuerza. De las observaciones del P. Secchi y el Sr. Aguilar en el desierto de las Palmas, colocados como se vé, al Sur, y en el extremo opuesto del eje de observacion de los de Rivabellosa, que ocupaban casi el extremo Norte de la línea española, se dedujo que mientras aquéllos veian por ejemplo una protuberancia situada al Norte del sol, de muy poca altura, éstos la veian muy extensa, consecuencia natural de cómo debieran verse las protuberancias, si éstas pertenecen al sol, dadas las respectivas posiciones de los observadores. A estas pruebas se añadieron otras muy atendibles, y por más que quedó casi admitida por los astrónomos la explicacion de Warren y de Secchi, aún insistieron algunos como Faye, Plantamour, Von

Feilitzch, d'Abbadie y otros, en sostener la explicacion contraria. Y respecto á la naturaleza de las protuberancias, ¿qué aprendió la ciencia? Nada en 1860. Pero en el trascurso de los años que se sucedieron hasta el 1868 los descubrimientos hechos en esta cuestion fueron muy importantes. Los estudios espectroscópicos de Kirchoff, Bunsen y Foucault, por los cuales se habia venido en conocimiento de la existencia de la atmósfera solar, permitian suponer que fuese gaseosa la naturaleza de las protuberancias, y por los mismos caracteres que en el espectro presentaran éstas, debia deducirse si eran realmente llamas incandescentes, que dan rayas brillantes determinadas, ó nubes alumbradas por la luz del sol, que darian naturalmente las rayas oscuras de Fraunhofer. Tan importante asunto, no ménos trascendental que el estudiado en el eclipses de 1860, debia ser resuelto por las observaciones del 18 de Agosto de 1868. Extendíase la línea central de su sombra desde el mar Rojo á la Nueva Guinea, pasando por la parte meridional de la Arabia, India inglesa, Malaca, Sur de Cochinchina, é islas de Borneo y Célebes, á lo largo de cuya zona se instalaron los astrónomos europeos, situándose los austriacos y alemanes con los Sres. Weiss y Vogel en Aden, los ingleses en la India en Guntoor y en Samkhandi con el mayor Tennant, el marino Herschell y el sábio astrónomo francés Janssen; y los franceses con los Sres. Rayet, Stephan y Tisserand en Wah-Tone (Malaca). En Aden los trabajos dieron escasos resultados, por el mal estado del cielo; en la India Herschell observó en el espectro oscuro tres rayas brillantes (roja, anaranjada y azul); Tennant con el antejo y espectróscopo de Huygins observó cinco; Janssen, que venia estudiando esta cuestion desde hacia largo tiempo, observó cinco ó seis, y Rayet nueve; cuyas diferencias se debieron, sin duda, á las de la duracion respectiva de la oscuridad total en las diversas estaciones y á las condiciones de los aparatos empleados. Unánimes los observadores al dar cuenta de sus trabajos, convinieron, y con ellos el mundo científico, en que: la naturaleza de las protuberancias solares es gaseosa; en que es igual en todas ellas, y en que el gas que las constituye, en su mayor parte, es el hidrógeno.

A tan extraordinarios descubrimientos sucedieron curiosísimas observaciones; Janssen y Lockyer se propusieron estudiar las protuberancias diariamente, sin necesidad de esperar á los raros y siempre lejanos momentos de los eclipses. Lockyer perseguía este propósito desde 1866, según algunos pasajes, que se leen en una Memoria suya, acerca de la constitución del sol, publicada en los *Proceedings of the Royal Society*, y en los cuales hace constar su esperanza de que el estudio espectroscópico detallado y constante de la superficie solar, de la absorción de ciertas rayas en las manchas y del grado de intensidad de las rayas oscuras observadas, podría hacer posible el análisis de la materia incandescente en los períodos ordinarios de la radiación solar. Sin embargo, el ilustre astrónomo inglés no pudo, durante dos años de trabajos, ver realizadas sus esperanzas. Observado el eclipse de 1868 y hechas públicas las rayas que caracterizaban á las protuberancias, Lockyer logró verlas, en pleno día, sobre la superficie del astro.

Janssen por su parte, admirado, durante sus observaciones de Gunttoor, de la gran intensidad que ofrecían las rayas brillantes del espectro de las protuberancias, imaginó que tal vez podrían estudiarse en un día cualquiera. Discurrió durante la noche, del mismo día del eclipse, su plan y procedimiento de observación, y al siguiente, 19 de Agosto, pudo observar, en efecto, las rayas brillantes *C* y *F*, rojo y azul del espectro del hidrógeno, que coincidían exactamente con las oscuras respectivas en los dos espectros vistos al través de la hendidura del espectroscopio, que abarcaba una porción del disco y borde del astro y también la protuberancia. El sabio Janssen dejó sentado desde aquel día: Que las protuberancias pertenecen á las regiones circunsolares, que están formadas de hidrógeno incandescente en toda ó en la mayor parte de su masa y que forman conjuntos variables en posición y forma, de materia encendida, cuyo volúmen es de muchos cientos de veces mayor que el de la tierra.

A los estudios de ambos físicos siguieron los de el P. Secchi y los de otros observadores, que confirmaron y ampliaron los trabajos referidos, y con los cuales quedó plenamente de-

mostrada la existencia al rededor del disco solar de una atmósfera incandescente, la cromósfera, y de la correspondencia natural que hay entre las fáculas y las protuberancias, que no son más que un solo y mismo fenómeno, visto de frente sobre la superficie solar en aquéllas, y de perfil en los bordes en éstas, y en cuyo centro y parte inferior interna de las primeras, se destaca el núcleo oscuro de las manchas.

Loekyer anunciaba bien pronto que habia logrado descubrir hasta once rayas brillantes en la atmósfera solar, y entre ellas las que caracterizan al magnesio, al hierro y al eálcio. Púsose en moda entre los astrónomos la observacion de la forma de las protuberancias, en cuya tarea se distinguió sobre todos, inventando un procedimiento especial para la observacion, el sábio catedrático de astronomía de Berlin, Zoellner, á quien debemos multitud de dibujos muy curiosos é interesantes. Volvió Janssen á estudiar otro eclipse de sol, el del 12 de Diciembre de 1871, en Sholoor, sobre las montañas de los Ghates, en el Malabar. A las grandes soluciones obtenidas en 1860 y 1868 queria añadir, el ilustre astrónomo, la del conocimiento de la naturaleza de la *corona* ó aureola del sol, para lo cual habia hecho construir un telescopio de especiales condiciones, y cuyo uso sólo era posible para hombres tan hábiles y experimentados como él. Janssen dejó entónces plenamente demostrado: Que al rededor de la cromósfera, y sobre ella, se extiende una capa de hidrógeno, principalmente, muy enrarecida, encendida, con luz propia, de desigual intensidad luminosa, que refleja parte de la luz solar, que es lo que constituye la *corona* del astro. Que tiene existencia real y que no es, como algunos habian creido, un simple efecto de difraccion óptica ó de reflexion sobre la superficie lunar, ó de iluminacion de la atmósfera terrestre. Que ocupa una extension enorme, con muy poca densidad en su masa, al través de la cual bien pueden pasar los cometas, cuyos movimientos se han observado en contacto casi con la cromósfera del astro.

Así, en el corto trayecto de algunos años, se han ido sucediendo las magníficas conquistas de la astronomía, respecto al conocimiento de la naturaleza física del sol. Los sábios italianos, que siempre se han distinguido en estos estudios,

fundaron en 1871 la *Societa dei Spetros copisti italiani*, bajo el apoyo y la direccion de los eminentes P. Secchi, Respighi, Tachini, Lorenzoni y de Gasparis, instalando, desde el primer dia de los trabajos, cinco observatorios, con objeto de dibujar y seguir, de minuto en minuto, las fases de las protuberancias y fáculas; de copiar diariamente los detalles de la fotósfera; de hacer el análisis detallado de la cromósfera y de clasificar metódicamente los elementos químicos que aparecen en ella. De este modo, centralizados y reunidos los estudios de multitud de observadores, dan, de seguro, resultados mucho más fecundos y sérios que los que, particularmente, se venian haciendo sin relacion alguna y sin plan fijo, y de cuyo conjunto habia que descartar, con frecuencia, numerosas deducciones de escaso interés. El P. Secchi, por su parte, continuó estudiando la superficie solar con admirable perseverancia, y de sus trabajos de 1872, relativos á las grandes erupciones del astro, dedujo importantes afirmaciones acerca de su naturaleza, acerca de los períodos distintos de formacion y disolucion de las manchas y de su duracion y aspecto. Tacchini, desde Palermo, hacia tambien, por ese tiempo, el descubrimiento del magnesio en la atmósfera del sol, y mientras que H. Draper anunciaba más tarde que habia encontrado el oxígeno en la cromósfera, Lockyer iba, poco á poco, elevando, hasta treinta y ocho, el número de los cuerpos simples que, con el espectroscopio, distinguia en ella.

La astronomía física, aunque estudio de reciente fecha, tenia ya una historia gloriosa. Unánimes los más entusiastas astrónomos de todas las naciones, se dedicaron á ella. Janssen y Cornu en Francia, Warren de la Rue y Locuyer en Inglaterra, los astrónomos italianos ya citados en Roma, Padua, Nápoles y Palermo, Ventosa en Madrid, Joas Capello en Lisboa, Zoellner en Berlin, Draper en New-York, Schmitd en Atenas, Liais en Rio Janeiro y otros muchos, muy distinguidos, dedicaron sus conocimientos y su atencion toda al estudio diario del sol, siguiéndole en sus variadas fases, reflejando y grabando su aspecto horario con los aparatos fotográficos, y escudriñando su química constitucion con el prisma maravilloso.

Desde hace seis ú ocho años ¡cuán vasto no es el catálogo de las tablas, dibujos, hipótesis y discursos y descubrimientos con que la astronomía se ha enriquecido! Cuando en Italia se fundó la asociación de espectroscopistas, proponía en París Mr. Faye la creación de un observatorio fotográfico, espectroscópico y químico, destinado en especial á la física solar. «Este laboratorio, decía el sábio académico, podía además servir para otras observaciones; Mr. Janssen nos ha enseñado en su magnífico trabajo sobre las rayas telúricas del espectro, un camino nuevo para avanzar en el estudio de nuestra propia atmósfera, porque estas rayas darían indicaciones interesantes, que los aparatos meteorológicos no pueden dar, acerca de nuestro estado higrométrico en general.» Janssen debía, en efecto, porque de derecho le correspondía, crear ese nuevo centro de operaciones científicas, y lo creó, alejándose del movimiento de París y escogiendo para instalarlo las ruinas del famoso castillo palacio de Meudon. En aquel pintoresco sitio de las cercanías de la gran capital, donde el Delfin alzó su chateau de recreo, cuyos régios jardines trazó Le Nôtre, cuyas esculturas hizo Mansart, cuyas maravillas aumentó Napoleon y cuyas bellezas destrozaron las bombas prusianas en 1870, allí se ha refugiado la ciencia. Iniciado el pensamiento, fué inmediatamente aprobado por las Cámaras francesas. La reedificación del palacio para mansion de lujo cortesano costaría doce millones de reales, y para templo de la ciencia quince mil duros solamente. Con ellos se habilitó el edificio, se arreglaron y decoraron las salas de conferencias, gabinetes de observación, de cálculo, biblioteca y dependencias. Sobre las hermosas terrazas y en el parque se instalaron los aparatos de observación. Léjos del gas, del polvo y de las trepidaciones del suelo de París, Meudon tiene todas las condiciones necesarias para estudiar la física de los astros. Era lástima grande que habiendo sido Janssen el autor del procedimiento para la observación espectroscópica diaria del sol, las desgracias de la Francia no hubieran permitido que pudiera utilizar su descubrimiento y continuar sus estudios con el éxito grandioso con que sus iniciadores lo hacen en las grandes naciones. Así es que, cuando Mr. Faye se convirtió en apóstol de estos gran-

des trabajos, unánimes los sábios, el gobierno y el pueblo francés concedieron á Janssen todo cuanto necesitaba. Meudon, ántes delicioso retiro de los reyes, se convirtió en asilo del más grande de todos los poderes, el de las ciencias. Janssen escogió aquel sitio en 1874, instalándose en él con su colección completa de magníficos aparatos. Sus trabajos más especiales se dedican á la fotografía del sol; ampliando considerablemente cuanto ántes se conocia respecto á su superficie, y pasando del estudio de las manchas y fáculas al de las *granulaciones*.

Para obtener la reproduccion de esos delicadísimos detalles de la superficie del astro, Janssen ha cambiado, por completo, los procedimientos del arte, ya que las variaciones consiguientes de la intensidad luminosa, que la superficie solar emite, se suceden con extraordinaria rapidez y alteran en las placas fotográficas el verdadero tono y brillo con que las granulaciones deban aparecer, cuando las impresionan, con su verdadera luz. La dificultad de emplear la única luz y el único tiempo necesario para la obtencion de las admirables reproducciones de una zona cualquiera de la superficie del sol, ha sido vencida por el gran físico de Meudon con el éxito feliz con que ha sabido realizar todas sus grandes conquistas astronómicas. Sus ventajas de método, como él dice, están basadas en la combinacion de la exigua duracion del tiempo de exposicion á la luz con la ampliacion de las imágenes. El tiempo que se emplea en la operacion esencial es de $\frac{1}{3000}$ de segundo, y las dimensiones de las imágenes obtenidas alcanzan á 30 y 50 centímetros. Las fotografías solares de Janssen tienen, sobre las anteriores de Warren de la Rue y otros, una importancia radical. El adelanto es de alta trascendencia. En ellas, en la constitucion de la capa fotosférica, aparece la superficie cubierta de una granulacion general. Los gránulos no ofrecen la forma de ramos, hojas ni penachos irregulares, sino la esférica en variedad de tamaños, en múltiples agrupaciones, en curvas derivadas de ella, más ó menos variadas, pero siempre esféricas. En los granos pequeños la esfericidad aparece perfecta, en los grandes, más ó menos alterados, se adivina su origen. ¿Qué son las granulaciones? Una

prueba más de la actividad de la combustion solar, una demostracion evidente del movimiento ascendente y descendente de la materia, que hierve, por decirlo así, en la capa exterior de la fotosfera. Si nos colocamos sobre un foco de combustion, del que se desprendan grandes cantidades de vapores, de modo que podamos dominar el espacio donde éstos forman las agrupadas superficies esféricas de su desarrollo, comprenderemos que el desequilibrio natural que la diferencia de temperatura produce, origina la aparicion, multiplicacion, desaparicion y movimiento constante de esa especie de superficie de materia conglomerada, de la que se escapa sin cesar el vapor desatado para ir á ocupar más ámplio espacio, para condensarse despues y volver á caer en el foco originario; y así como ordinariamente entendemos y podemos repetir este fenómeno, que nada tiene de extraordinario, podemos entender cómo, dado el estado de combustion del sol, surjan, desde su núcleo sólido, líquido ó gaseoso, esas corrientes constantes hácia su superficie, formen en ellas la *red fotosférica* de las granulaciones, se lancen, cuando sean más potentes, á constituir las fáculas y las protuberancias y se extiendan despues enrarecidas, pero en combustion siempre, á formar la esplendorosa corona que le rodea. Como las granulaciones no ocupan el mismo nivel general, sino que aparecen, cual es necesario, á diversa altura, resulta que las más elevadas brillan muchísimo, las intermedias ménos y las profundas, ó los espacios que entre ellas quedan, apenas radian luz. De aquí el que, en las pruebas obtenidas por Janssen, se vea el conjunto constituido por un número incontable de gránulos brillantes, entre los que se nota una série de puntos oscuros innumerables tambien, que no parecen emitir luz. En este estudio tan interesante está basada la debatida cuestion del mayor ó menor poder luminoso del sol. No alumbra en él toda la superficie ni mucho ménos, porque constantemente están haciendo variar su brillo las manchas en particular, y los espacios oscuros de las granulaciones en general; en tales términos, que si fuera igualmente luminoso todo el círculo del astro, recibiríamos, de quince á veinte veces, más luz que la que recibimos.

En la gloriosa campaña científica, que los anteojos, la cámara oscura fotográfica y el espectroscopio sostienen en estos momentos pidiendo cuenta al sol de sus grandes secretos, registran las publicaciones descubrimientos de tanta trascendencia como los de Janssen, y tan extraordinarios, por ejemplo, como los de Draper y Cornu. Este último, estudiando el origen de las rayas oscuras en la parte ultravioleta del espectro, dice que la atmósfera solar tiene los mismos elementos que resultarian de la volatilizacion de un aereolito de los más complejos; opinion cimentada por los descubrimientos de Lockyer; y H. Draper por su parte, descubre el oxígeno en la cromósfera en 1877 y emite, con este motivo, su nueva teoría acerca del espectro solar, diciendo que: puesto que el oxígeno no dá rayas oscuras como los metales, ante el espectro continuo del sol, éste debe tener rayas brillantes propias, y bandas superpuestas sobre la extension del espectro continuo. Con esta hipótesis queda abierto el camino para el descubrimiento de los cuerpos no metálicos, que en el sol existan, y con ella se puede explicar tambien, cómo ciertas rayas del espectro solar, llamadas oscuras, pueden ser consideradas como intervalos entre las rayas brillantes. Así se propuso Draper demostrarlo con una negativa fotográfica solar, comparada con otra dada por las rayas espectrales del aire y en las que coincidian las rayas brillantes de aquélla con las del oxígeno. Nada más curioso que este doble espectro comparativo: En él se ven, en la region G, *h* H, del violeta, y en el espacio comprendido entre las rayas 3943 y 4340 de las longitudes de las ondas, la coincidencia admirable de las rayas brillantes del oxígeno, con las brillantes del sol en las líneas 4345 á 4350, así como las de la porcion 4069, 4072 y 4076. Dificilísimas son las experiencias con que Draper consigue estos resultados en los que la incandescencia del oxígeno se produce por medio de una corriente eléctrica obtenida, y con la máquina Gramme y una gran bobina Rhumkorff, que dá 1000 chispas de 10 pulgadas por minuto.

A los nuevos trabajos relativos á tan importante cuestion científica son á los que nos referiamos al empezar esta crónica, y que como queda dicho, consisten en el envio de varios

clichés negativos á la Academia de Ciencias de París, por H. Draper, con los que se demuestra la existencia del oxígeno en la fotosfera del sol. «Todo nos induce á creer—ha dicho Mr. Faye, al examinarlos—que la constitucion de la fotosfera y su maravillosa alimentacion son debidas á los fenómenos alternativos de combinaciones y disociaciones químicas que se desarrollan á temperaturas diversas, distribuidas en el seno de la masa solar, bajo la influencia del movimiento de las corrientes ascendentes y descendentes.»

Determinados ya en el sol un considerable número de metales y vista la existencia del oxígeno, volvemos sobre nuestra afirmacion, de que su masa tiene igual composicion que la de la tierra y los demás planetas, soles hoy apagados, debiéndose esperar que de dia en dia, los trabajos de Draper, Cornu y Lockyer, han de ir descubriendo la presencia de los que faltan, para que la aseveracion resulte confirmada. Cuanto más se avance en el estudio de las partes ultravioleta é infra roja del espectro, cuando tal vez la ciencia, que tanto puede, llegue á penetrar con sus investigaciones más allá de la raya *U* del espectro oscuro, que la fotografía aclara, y donde deben existir las rayas brillantes de muchos metales vaporizados, que hoy es casi imposible llegar á apreciar, cuando se haya podido prescindir, otra esperanza maravillosa, de gran parte de las densas capas atmosféricas que nos rodean y que absorben y matan la visibilidad de muchas rayas brillantes, la composicion de todos los astros resultaria idéntica.

Idénticas son tambien la naturaleza y fases de las combustiones solar y estelar de las que la tierra debió ofrecer un dia y á las que presenta, en ese estado, una masa cualquiera de materia heterogénea. Así es que, admitidos el núcleo líquido ó gaseoso del astro, su poca densidad general, las corrientes, las descomposiciones y disociaciones químicas que el calor produce y los fenómenos electro-magnéticos consiguientes, en cada una de las fases de esta combustion inmensa, se comprenden perfectamente: las granulaciones, manchas, fáculas y protuberancias, la forma y diversidad de tono luminoso de la fotosfera, las erupciones en la cromósfera y el amplio desarrollo de la corona solar. Y así como sin cesar de elevan desde la su-

perficie de la tierra y de los mares cantidades enormes de vapor de agua, que se dilatan y esparcen en la atmósfera, que se condensan luego en gran parte y que caen, contribuyendo á sostener la vida física de nuestro planeta, sin que á nadie se le ocurra preguntar, mientras esos fenómenos se verifiquen, cuándo cesará la vida del globo terrestre, así en el sol, elevándose volatilizados desde su luminosa y ardiente superficie en grandes llamaradas, en forma de brillantes protuberancias, todos los cuerpos que constituyen su masa, se esparcen y dilatan encendidos en el amplio espacio del cielo que le rodea, enfríanse y condénsanse despues de haber emitido su energía, su electricidad, su calor y su luz á todos los planetas del sistema, y vuelven á caer al ardiente foco para alimentar y sostener la vida de su combustion, que no se aminorará ni terminará hasta el momento, incalculable por ahora, en que sus movimientos de rotacion y de traslacion no se disminuyan y cesen.

Los trabajos que los físicos citados continúan en estos dias acerca de su composicion y forma, contribuirán, no poco, á la fundacion definitiva de una utilísima ciencia que, desde hace algunos años, pugna por nacer, y que hoy está en un período notable de progresiva gestacion: la meteorología. La vida del astro parece reflejarse toda en los fenómenos de nuestra atmósfera y al compás con que aumentan ó disminuyen en la superficie de aquél la intensidad luminosa y calorífica, el número de manchas, la violencia de sus erupciones y la tension consiguiente de su potencia electromagnética, así es más ó ménos abundante en la envoltura terrestre el movimiento de la evaporacion, que dá carácter á los años secos ó húmedos, y la marcha de los vientos y de las tempestades, y el efecto, siempre decisivo de las irradiaciones, y, como es natural, las condiciones en que la vida animal y vegetal se desarrolla. Véase nuestro año húmedo en demasía, sin primavera regular, sin verdadero verano, y véanse las observaciones de los físicos de Meudon, Palermo y Roma, que anotan en este período una disminucion extraordinaria en el número de manchas, en el de las protuberancias, y, por consiguiente, en la actividad de la combustion solar. Cada dia se descubren

nuevos datos en apoyo de esta correlacion de los fenómenos, que vienen á ampliar las curiosas deducciones hechas en ese mismo sentido por Buys-Ballot, Nervander, Hornstein de Broun y Gruss de Praga, los cuales han sabido deducir, por ejemplo, el período de revolucion del sol, de las variaciones barométricas, magnéticas, térmicas y de la marcha de los vientos; estudiadas y comparadas en sus respectivos observatorios. Mientras la física solar avanza tanto, mientras las hipótesis de Faye y de Stoney, respecto á su naturaleza, se acreditan más y más para unos, al paso que son por otros rudamente combatidas, no se detienen un sólo momento tampoco las grandes investigaciones relativas al estudio de los elementos astronómicos del sol. Reunida hace pocas semanas, á fines de Abril, la Academia nacional de Ciencias de los Estados-Unidos, aprobó por unanimidad una proposicion del catedrático Newcomb, relativa á la determinacion que puede hacerse de la distancia de la tierra al sol por medio de la velocidad de la luz. El dictámen de la comision encargada de examinar este pensamiento, fué enteramente favorable, fijándose en 5.000 duros la cantidad necesaria para la construccion de los aparatos de observacion, que serán abonados de los fondos del ministerio de Marina, en cuanto el Congreso apruebe el proyecto de ley, que al efecto se ha presentado. Para las ciencias, más que para todo, tiene un poder incomparable el *go ahead* famoso de los norte-americanos.

*
* *

En la abreviada, pero metódica reseña trimestral de los progresos de las ciencias, deben figurar, respecto al que nos ocupa, los siguientes:

Astronomía.—Las observaciones del cometa II Tempel, en los dias 24 y 25 de Mayo, hechas por Cruls, en el observatorio de Rio Janeiro, trasmitidas telegráficamente á París por el sábio monarca D. Pedro de Alcántara, ampliadas por la lec-

tura, en la Academia de Ciencias, de las mismas observaciones del astrónomo Tempel, verificadas en Florencia en los días 1, 13 y 17 del mismo mes. El cometa es muy pequeño y muy poco luminoso, por lo cual es difícil su observación, aunque parece haber aumentado bastante el brillo de su núcleo central.

El descubrimiento de un nuevo cometa por Mr. Swift en Rochester, el 17 de Junio, observado también desde Marsella en los días 29 y 30, cuyo astro aparece como una nebulosa pequeña, redondeada, poco brillante en su diminuto núcleo, y cuya cola se supone es tendida en forma de abanico.

La construcción y empleo de los nuevos telescopios catadriópticos de los Sres. P. P. Henry, provistos de una lente bicóncava en la entrada del tubo, que impide la concentración de aire de desigual densidad, y ve la del ambiente, en el interior del aparato, y que no deja caer sobre la superficie del espejo del fondo sustancias que la empañen.

La publicación de una detenida y notable Memoria, sobre la igualdad de los movimientos de rotación y de revolución de los satélites del sistema solar por Mr. Lamey.

Física.—Constitución molecular: Los trabajos de Mr. Raoul Picket sobre el estudio de la constitución molecular de los cuerpos, determinada por medio de su coeficiente de dilatación, de su calor específico y de su peso atómico, anunciando como consecuencia de sus investigaciones esta ley: el producto de las longitudes de oscilación molecular por la temperatura de fusión, es constante en todos los cuerpos sólidos, y cuanto más elevada es la temperatura más cortas son las oscilaciones.

Determinación de pesos y volúmenes: El aparato de Rudorff para hallar el peso específico de los cuerpos en polvo y el gravivolúmetro de Houzean, que resuelve en los trabajos analíticos de laboratorio gran número de dificultades, hasta aquí tenidas por muy difíciles en la volumetría.

Acústica.—Las observaciones sobre los caracteres de los sonidos emitidos por las armónicas químicas ó llamas de hidrógeno, hechas por lord Rayleigh, que ha estudiado su producción en tubos de diferentes sustancias, su reflexión, y las mutuas acciones de los sonidos y de las llamas, cuando provienen

aquéllos de cuerdas, tubos ó placas vibrantes. Las notables experiencias de W. Jacques acerca de la velocidad de los sonidos muy intensos. Las láminas parlantes de Mr. Lombrigot, curiosa ampliacion del fonógrafo, que permite multiplicar todo cuanto se quiera las impresiones fonográficas, del mismo modo que con un sólo grabado se multiplican las reproducciones. La huella vibratoria se obtiene sobre una capa de estearina, metalizada convenientemente, dá por la galvanoplastia las reproducciones que se deseen, y que sirven despues para obtener otras en plomo, carton y distintas sustancias, que al hacer vibrar el estilete de la membrana de recepcion, reproduzca admirablemente los sonidos.

Calor.—Estudios de Mr. Jullig, de Viena, sobre las modificaciones que sufren en su forma y posicion las láminas de los distintos metales que constituyen los *termómetros* metálicos, no sólo por los cambios de temperatura, sino por las dimensiones de las láminas, y por sus coeficientes respectivos de elasticidad y expansion, que tanto influyen en ella. El nuevo calorímetro de W. Hooper, para evitar las pérdidas debidas á la conductibilidad, compuesto de dos vasos concéntricos de vidrio plateados en sus superficies opuestas. La nueva máquina de helar de Daniel Holden (Filadelfia), aplicacion ingeniosa de uno de los modernos congeladores de Roul Picket. Los trabajos de Mr. Desains sobre la refraccion del calor oscuro. La aceptacion cada dia más grande que el actinómetro de Arago, que se usa en el observatorio de Montsouris, va teniendo en el estudio de los fenómenos meteorológicos.

Optica.—El fotómetro fotográfico de bolsillo de Woodbury, con el que puede medirse con exactitud la intensidad de la luz, para los trabajos del arte en el taller ó en el campo. Los nuevos procedimientos del Dr. Townsend para la reproduccion fotografica de planos y dibujos, y los de Mr. Lenoir para la produccion directa, sin trasportes, de clichés grabados fototipográficos. Los grandes adelantos de J. Duboscq en los aparatos de proyeccion óptica, que tanto llaman la atencion en la enseñanza, ampliados ahora para la proyeccion de los cuerpos colocados horizontalmente, y con los cuales se hacen sensibles ante una numerosa cátedra, proyectándolos en un pla-

no vertical, multitud de fenómenos y trabajos de diversos capítulos de la física y de las demás ciencias experimentales. Los estudios de Mr. Thollon sobre el *mínimum de dispersion* de los prismas; y los de Chevreul sobre la *vision de los colores*, y especialmente de la influencia ejercida en la de los objetos coloreados que se mueven circularmente cuando se les observa comparativamente con otros idénticos á ellos, pero que se hallan en estado de reposo.

La modificación del espectroscopio hecha por Mr. Hufner suprimiendo la escala del tubo auxiliar y reemplazándola por una alidada móvil. El prisma queda fijo, y la determinación de la raya que coincide con la retícula, se hace por medio de un círculo graduado. El dibujo y clasificación de las rayas del espectro solar hechos por Mr. Thollon, en la que, por el aspecto que ofrecen, las divide: en unas formadas por una nebulosidad sin núcleo; otras con núcleo y sin nebulosidad, y otras compuestas de ámbas partes subdivididas en dos secciones, según que predomine alguna de ellas. Los estudios de Mr. Cornu sobre la absorción por la atmósfera de las radiaciones ultravioletas, sobre la extensión probable del espectro total, sobre el método de observación de estos interesantes fenómenos, sobre el exámen de las causas de error, y sobre el análisis de las probabilidades que hay para esperar que pueda ser conocida toda la extensión de la parte ultravioleta. Las notables investigaciones de N. Lockyer sobre las rayas espectrales del vapor del sodio. La determinación de las rayas características de la *iterbina* por Mr. Lecoq de Boisbaudran. Los trabajos de Lubarsch sobre el análisis espectral de la fluorescencia de multitud de sustancias, y los verificados por S. Lamanski de Varsovia acerca de la ley de Stokes sobre la fluorescencia y los cambios de refrangibilidad de la luz. Las investigaciones experimentales sobre las interferencias por Righi; y la reducción en longitudes de onda de la escala de Kirchoff, hecha por B. Hasselberg, de la Academia de San Petersburgo, comparando los resultados de Kirchoff con los de Angstrom.

Electricidad.—Perseveran los físicos con más ardor que nunca en la tarea de perfeccionar los aparatos de obtención

de la luz eléctrica. En las pruebas, en competencia, que la sociedad propietaria de los procedimientos Werderman hace en estos momentos en París, los Sres. Hem y Naillon han reformado el regulador de ese nombre, suprimiendo uno de los carbones y oponiendo en su lugar un disco de cobre de muy pequeño diámetro. Mr. Wilde, el inventor de las primeras máquinas electro-dinámicas, ha construido un nuevo aparato de luz eléctrica semejante al de Jabloschkoff en la disposición de los carbones; pero modificado con ventaja, y haciendo movable uno de ellos para que automáticamente se restablezcan la corriente y la luz cuando aquélla queda interrumpida. Mr. Tommsi acaba de idear un curioso modelo productor de luz, compuesto: de una pila de Bunsen ingeniosamente modificada, que no desprende gases nocivos y que está en actividad constante por tiempo indefinido, á la que ha llamado *pila perpétua*; y de una lámpara con un tubo que contiene cinco carbones en el polo positivo, los cuales en su movimiento rotatorio se ponen en contacto con el disco de carbon del negativo, impelidos por el mercurio que el tubo contiene. La brillantez, regularidad y poco coste de la luz producida hacen de este aparato uno de los más superiores y aceptables que se han inventado.

La telegrafía eléctrica se ha enriquecido con el aparato escritor autográfico de Cowper, que trasmite los caracteres manuscritos, sólo con dos hilos de línea. La pluma hueca de cristal impregnada en tinta, con que se escribe el despacho, determina con sus movimientos al hacer la forma de las letras, el cambio de la corriente en uno ú otro hilo, y estos cambios, reproducidos con exactitud en el receptor, desvian ó mueven dos agujas galvanométricas que ingeniosamente unidas á otro tubo pluma reproducen también sobre un papel el escrito transmitido. Para la telegrafía en general, acaba de inventar Mr. Alberger de Filadelfia unos conductores, sumamente originales, inoxidables y completamente aislados, compuestos de alambre de acero recocado, recubierto de una sustancia vítrea y protegido en toda su extensión por un forro metálico.

En las experiencias telefónicas y microfónicas que, no con el

entusiasmo de hace algunos meses, pero sí con bastante constancia, vienen ocupando á determinados físicos, Mr. Th. Moncel insiste en sus teorías respecto á la causa de los sonidos producidos; los ilustres profesores Mr. Dubois-Reymond y Helmholtz mantienen viva la discusión acerca de las oscilaciones telefónicas y de las fuerzas magnéticas y corrientes que en los aparatos se desarrollan. El curioso microfonosímico de Rossi ha sido perfeccionado por el profesor florentino Giovanni Cantoni en términos que constituye hoy el aparato más delicado que la física posee para la audición de los más leves sonidos en el interior de los edificios, minas y de la tierra. Mr. Marcel Deprez ha construido un aparato electro-magnético de doble efecto, en que funciona ya como productor de corrientes, ya como motor. Y en materia de conversión recíproca del movimiento en electricidad y de ésta en movimiento, se siguen con interés las experiencias iniciadas en la fábrica de azúcar de Sermaise, en el departamento francés de Marne, en las que las corrientes producidas por una máquina Gramme, transmitidas á la distancia de 400 y de 650 metros por los medios ordinarios, ponen en actividad los elementos de otras dos máquinas Gramme, que al hacer girar á sus volantes mueven á su vez un tambor de un metro de diámetro, que arrollando un cable arrastra una carreta-arado á lo largo de una tierra de labor ya preparada; curiosa experiencia que puede ser el principio de la solución del gran problema de la distribución del trabajo á largas distancias por medio de la electricidad.

Química.—Anúnciase el descubrimiento de un nuevo metal el *norvegium*, debido á Tellef Dahll en Krager. Este cuerpo, extraído de los minerales compuestos de arseniuro de níquel y otros, es blanco, maleable, duro y fusible al rojo. Se disuelve con coloración blanca en el ácido nítrico, y también en el sulfúrico. Se le ha dado por fórmula Ng; su densidad es 9,44, y su equivalente, respecto al oxígeno, 145,25.

Entre otros trabajos notables realizados en este período, merecen apuntarse:

Las investigaciones de Mr. J. Reiset sobre la cantidad proporcional de ácido carbónico contenida en el aire, que segun

sus estudios es de 2,942 por 10.000 en volúmen. Los trabajos de este profesor se siguen hoy con el mayor interés.

Los relativos á la proporcion que existe entre la temperatura y el volúmen en la produccion del ozono, y el estudio de un ozonizador nuevo por Alberto Leeds.

Los estudios de Donath (Viena), sobre los defectos que los procedimientos de Crookes, Bunsen, Kiern y Mathies-sen presentan en la obtencion del bario puro, y los del mismo químico para la determinacion del peso utómico del urano.

Las experiencias de M. J. Ogier para la determinacion del calor de formacion del ether silícito; las tablas de J. Thomson sobre el calor de disolucion en el agua de gran número de sales, y las deducciones de Berthelot sobre el calor de formacion del cianógeno. La determinacion de los coeficientes de difusion de una série de soluciones salinas, hecha por el método y con los aparatos del profesor Stefan por Schuchmeister de Viena. Los procedimientos de Engel y Moitessier para obtener la disociacion del sulfuro de amoniaco. Los curiosos resultados deducidos por J. L. Soret del estudio de la fluorescencia de los metales terrosos, merced á un procedimiento óptico de su invencion. El perfeccionamiento del método de Nobili para la coloracion galvánica de los metales realizados por monsieur HéLouis. La determinacion de los espectros del nitrato de didimio y del nitrato de erbio por Lecoy de Boisbaudran y Smith.

La obtencion, por trasformacion, de los ácidos pirubico y glicérico, procedentes del ácido tártrico, debida á Mr. Bouchardat. Los estudios de Barth y de Schmidt sobre los derivados del ácido fenolo-disulfico y entre ellos, la obtencion del mono-sulfo-ácido-dihidroxilo-benzoado y la del mono-sulfo-ácido-piro-catechútico. Los trabajos sobre las bases derivadas del aldol-amoniaco por Ad. Wurtz; los de Cahors y Etard sobre los derivados de la nicotina y entre ellos el del descubri-briente de la *piridina*; los de Renoul y Urbain sobre la formacion de un cuerpo compuesto de alúmina y ácido carbónico, un tanto semejante á la *dawsonita* de L. Smith, mineral compuesto de carbonato de alúmina y sosa procedente del Cana-

dá, y el notable estudio de Mr. Berthelot sobre la formación de las amalgamas alcalinas.

El descubrimiento de una nueva sustancia explosiva debido al famoso químico inglés Abel, y compuesta de la gelatina explosiva de Nobel y el algodón-pólvora, su acción sobrepuja á las de todos los cuerpos destructores hasta aquí inventados.

El nuevo sistema de ensayo de los aceites minerales ideado en Filadelfia por Mr. Holly, que ha sustituido, en tan difícil operación, al uso antiguo de la llama de gas, la chispa eléctrica.

Historia natural.—Quedarán consignados como estudios notables en este tiempo:

Los de E. Heckel sobre la acción de las sales de estrignina en los gasterópodos, deduciendo que tienen muy poco efecto sobre ellos; que entre estos animales como entre los vertebrados, el grado de nocividad del veneno está en razón inversa del peso del animal; y que en ellos los fenómenos tóxicos se presentan del mismo modo que en los animales superiores; es decir, obrando sobre el sistema nervioso.

Los de Mr. J. Vesque sobre la fecundación vegetal y en especial sobre el desenvolvimiento del saco embrionario de multitud de familias botánicas.

Los de Mr. Fremy acerca de las investigaciones químicas para explicar la formación de la hulla; sosteniendo que la hulla no es una sustancia organizada; que las impresiones vegetales que se hallan en ellas proceden de cuerpos organizados exteriores, que fácilmente se moldearon en la masa vituminosa y plástica de que se compone, y en fin, que los vegetales productores de la hulla sufrieron una fermentación turbosa, que destruyó toda organización vegetal y que después, por el calor y la presión, vino la acción secundaria, que formó la hulla, á expensas de la turba. Los estudios de los terrenos carboníferos hechos recientemente en Nueva Escocia, en los condados de Cabo-Breton, de Pictou, de Cumberland, de Victoria y de Inverness permiten calcular que hay en ellos la enorme cantidad de cuatro mil millones de toneladas de hulla, de las que se extraen al año catorce millones y medio de toneladas, cuya mitad casi, se exportan á los Estados-Unidos para sus necesidades.

Los de S. Meunier sobre la reproducción artificial de los hierros carburados, nativos y de la melanocroita.

Puede añadirse al número de las aplicaciones secundarias en estos progresos generales: el lápiz neumático de Brickenridge; el sello-timbre eléctrico, y el teléfono electro-químico de Edison, quien, con más ó menos fortuna, continúa aportando nuevos inventos al asombroso catálogo de las conquistas científicas, con que se enriquece la gloriosa historia del progreso de nuestro tiempo.

RICARDO BECERRO DE BENGEOA.





LA LEY FÍSICA

DE LA CONCIENCIA.



L paso que la mayor parte de los psicólogos-fisiólogos ingleses están de acuerdo sobre los principios fundamentales del *monomio* y sobre la necesidad de renunciar al dualismo tradicional que divide el sér en dos esencias diferentes y opuestas, están en completa contradicción respecto á la participación de la conciencia en la actividad nerviosa central.

En su *Fisiología del espíritu*, Mr. Maudsley insiste repetidas veces en esta cuestión á propósito de los diferentes centros nerviosos; rehusa absolutamente toda conciencia á la médula dorsal, cuyas reacciones serian puramente mecánicas; se esfuerza también en negarla á los centros sensorios, situados en la base del encéfalo; reconociendo, sin embargo, que en este caso es imposible resolver con la misma seguridad; y por último, hasta al tratar de los centros corticales de los hemisferios, parece admitir con sentimiento la participación de la conciencia en su actividad, y procura, sobre todo, hacer resaltar la posibilidad de que funcionen inconscientemente. La conciencia es, según él, una cosa completamente secundaria,

un fenómeno concomitante frecuente, pero de ningún modo un factor indispensable: un hombre no sería una máquina intelectual peor sin conciencia que con ella; el agente continuaría su actividad en ausencia del testigo.

Ahora bien: si es incontestable que *conciencia* y *espíritu* no son dos términos sinónimos, que indican una misma y sola cosa; si es igualmente incontestable que todo *acto* nervioso central, tomado aisladamente, puede verificarse con ó sin conciencia, no se deduce, en manera alguna, que la *actividad* de los centros nerviosos, en su totalidad, pueda verificarse inconscientemente; y, de hecho, esta actividad está suspendida ó consciente. Lo que prueba que en el número de los actos que constituyen esta actividad, hay siempre algunos que son conscientes, y que lo son *por necesidad*, por lo que es imposible admitir que lo sean accidentalmente, sin separar la conciencia de su lecho inferior nervioso y sin arriesgarse á caer en el dualismo.

Fáltanos saber: ¿cuándo y por qué un acto nervioso central es consciente? A esto responde Mr. Maudsley: cuando hay cierto grado de persistencia y de intensidad. Esta explicación es por lo ménos insuficiente: ¿qué hay más persistente y más intenso que la «música de las esferas» de la que Mr. Maudsley habla en una nota (página 17)? Y sin embargo no la oímos. ¿Qué cosa hay ménos intensa que el ruido de las alas de un mosquito, que oímos perfectamente? ¿Qué ménos persistente que una chispa eléctrica que vemos en toda su brillantez? Y si queremos elegir ejemplos en el seno de la acción refleja intercelular de las capas corticales, es decir, de la actividad *psíquica* en el sentido restringido de la palabra, entonces, seguramente, pronto nos persuadiremos de que el ejercicio y el hábito reducen una multitud de actos *psíquicos*, desde luego conscientes al automatismo completo, *independientemente de su intensidad y de su persistencia*, lo cual expresa admirablemente Mr. H. Spencer en más de un pasaje de sus *Principios de Psicología*.

Lewes en su notable obra titulada *Physical Basis of Mind*, adopta y defiende con vigor la opinión contraria á la de Mr. Maudsley: sostiene la *omni-presencia* de la conciencia en

todo acto nervioso central—sin excluir el acto reflejo espinal, el más directo y automático—con el mismo ardimiento que Mr. Maudsley defiende la *omni-ausencia* de la conciencia en todo acto nervioso central, sin excluir el acto reflejo cortical más indirecto y ménos automático; es decir, la actividad intelectual. Lewes llega hasta conceder á la médula dorsal de los animales decapitados, no solamente una conciencia vaga é indeterminada, sino la inteligencia, la intencion y la voluntad; no admite la reduccion de los actos psíquicos corticales al automatismo; combate el supuesto de que, gracias á frecuentes repeticiones, los cambios psíquicos dejan de ser tales y se convierten en físicos; segun él, continúan siendo psíquicos y por *esto se distinguen* de los cambios físicos.

Sin duda, si siguiendo el ejemplo de los espiritualistas, no se llamasen «psíquicos» más que á los cambios conscientes, se despojaría de su carácter psíquico á los cambios inconscientes; pero esto es lo que no hacen los que llaman *automáticos* á los cambios psíquicos inconscientes; así, pues, para ellos no existe distincion esencial entre los cambios psíquicos conscientes y los que no lo son; más aún, no existe para ellos ninguna distincion esencial entre los cambios psíquicos y los físicos. En efecto, ¿en qué los cambios psíquicos conscientes no son físicos? ¿Son otra cosa que una forma particular de cambios *dinámico-materiales*, que no tienen un aspecto subjetivo para cada uno de nosotros, sino porque se verifican en él? ¿Y qué es la conciencia sino ese aspecto subjetivo de ciertos cambios neuro-psíquicos, cuyo aspecto objetivo es puramente físico?

Así, por una parte, segun la opinion de Lewes, el reflejo espinal más elementario es un acto psíquico consciente, y no un acto físico, y por otra, á juicio de Mr. Maudsley, la reflexion más elevada es un acto físico, cuya conciencia no es más que un acompañamiento frecuente, pero no absolutamente necesario.

Me parece que por una y otra parte se pierde la transicion evolutiva y que hay por ambas, sea por la extremidad de la médula dorsal, sea por la bóveda de las capas corticales, una brusca introduccion de un elemento nuevo, absolutamente di-

ferente, cuya presencia continua se comprende tan poco en el primer caso, como la presencia accidental en el segundo. ¿En que consiste esto? En mi opinion en que Lewes y Maudsley han exagerado cada uno lo que hay de verdad en su manera de ver; y en consecuencia, ambos, despues de acercarse á la verdad, se han apartado de nuevo de ella. Para atraparla, en mi sentir, hay que verificar la síntesis completa de las dos opiniones rivales y encontrar una fórmula concisa y clara que abrace á ambas y *que se aplique igualmente bien á todo acto nervioso central*, cualquiera que sea el órgano en que se verifique—hemisferios, gánglios sensorios, ó médula dorsal—y esto es lo que voy á tratar de llevar á efecto.

Un acto psíquico considerado objetivamente es la conmocion que una impresion externa ó una sensacion refleja despierta en el interior de los elementos nerviosos centrales (celdas de la sustancia cenicienta), y no es completamente psíquico, en tanto que las vibraciones no hayan invadido una celda central; y *no es ya* psíquico, desde que cesan las vibraciones, ó que se comunican á un nérvio eferente y abandonan la celda central.

Si consideramos el fenómeno bajo el punto de vista material, diremos que todo trabajo de la celda central está necesariamente ligado á una descomposicion de la sustancia nerviosa seguida de su recomposicion, y que ésta se verifica siguiendo un proceder acondicionado al proceder de la descomposicion que la ha precedido. Si, al contrario, se considera el fenómeno bajo el punto de vista dinámico, diremos que todo trabajo de la celda central está por necesidad ligado á una trasformacion de las energías latentes que contiene en energías efectivas y que las existencias de fuerzas latentes, destinadas á reemplazar á las que han sido segregadas, y á producir las reacciones adaptadas á las impresiones subsecuentes, se verifica siguiendo un proceder acondicionado al proceder de disgregacion que le ha precedido.

Para indicar á la vez el lado material y el lado dinámico del fenómeno, adoptamos en adelante los términos *integracion* y *desintegracion*; y diremos, pues, que todo trabajo de la celda central está necesariamente ligado á un procedimiento de *des-*

integracion inmediatamente seguido de otro de reintegracion que se verifica siguiendo un proceder acondicionado por el de la desintegracion que le ha precedido. De aquí resulta que el elemento nervioso reintegrado no es jamás *idéntico* á lo que era anteriormente; tal es, en efecto, como sabemos, la condicion dinámica material del desarrollo cerebro-psíquico, es decir, de la adquisicion de las facultades nuevas ó de la *organizacion evolutiva* del espíritu ó del cerebro.

Sentado esto como premisa incontestable, resultando del conjunto de las investigaciones biológicas modernas, digo: 1.º que la conciencia no acompaña *jamás* la integracion ó la *reintegracion* de los elementos nerviosos; 2.º que *la conciencia acompaña únicamente la faz de la desintegracion* de las funciones de los elementos centrales, y 3.º que su intensidad está en *proporcion directa* de la de desintegracion y en *proporcion inversa* de la facilidad con la que el trabajo interior de cada órgano nervioso central pasa á otro órgano sensitivo ó motor, central ó eferente.

Veamos ahora cómo esa fórmula se aplica á los hechos que podemos observar en nosotros mismos ó en los demás; pero ántes de abordar este asunto, deseo prevenirme contra la reconvencion que puede hacerseme de faltar á las reglas de una buena induccion haciendo conclusiones de lo complejo á lo simple, es decir, en el caso presente, al aplicar á los órganos subalternos una conclusion, sacada de la observacion de los órganos superiores, en lugar de proceder á la inversa. Es cierto que me veo obligado á hacerlo así por la naturaleza misma del problema, bajo la pena de renunciar á hablar del asunto; como de lo que se trata es de la *subjectividad* de los fenómenos nerviosos centrales, es imposible atenerse para ello á la condicion y á la ley, allí donde no tenemos ningun medio directo para hacer constar la presencia ó la ausencia de ellas; ahora bien, con relacion á los centros subalternos, estamos reducidos exclusivamente á la observacion *objetiva* que de ningun modo puede darnos idea de la *subjectividad* de los cambios que en ellos se verifican; así, pues, todo lo que podemos conjeturar respecto á la conciencia, inconciencia de las reacciones reflejas facilitadas por los centros sensorio-motores, y sobre todo

por la médula dorsal, no adquiere un grado de probabilidad, que se aproxime á la certidumbre, sino cuando estudiamos esas reacciones con el auxilio de lo que la observacion subjetiva nos enseña sobre la consciencia ó inconsciencia de la actividad de los órganos corticales.

Durante el dia, en el estado de vigilia, estamos continuamente expuestos á todas las impresiones que nuestra constitucion nos permite recibir del mundo exterior y de las diferentes partes de nuestro organismo.

Estas impresiones ponen en conmocion tan pronto una region como la otra de nuestros centros nerviosos; hay una desintegracion continua que aventaja con mucho á la reintegracion; así siempre estamos conscientes, tan pronto de una cosa como de otra. Todas las excitaciones que no se trasmiten con demasiada rapidez, «automáticamente,» de un órgano á otro, ó que encuentran en los elementos que invaden una resistencia suficiente para impedirles pasar más adelante sin detenerse, todas aquellas, en fin, tienen bastante energía para no agotarse al umbral del elemento central, para forzar la entrada y para poner en conmocion su interior, despiertan su *quantum* de conciencia que va á fundirse con la de los demás elementos desintegrados para formar la *cenesthesia*, ó conciencia total del individuo en aquel momento. En desquite, durante la noche, cuando la usura del sistema nervioso ha adquirido ciertos límites y somos presa de un sentimiento de fatiga y de la necesidad de dormir, los sentidos se embotan, las impresiones externas ordinarias no bastan para conmover los centros nerviosos que necesitan reparacion; nos dormimos y durante el sueño, es decir, durante ese período de preponderancia de la reintegracion, estamos inconscientes.

¿Y los sueños? dirán. Pero ¿qué son los sueños sino *irrupciones esporádicas* de actividad desintegrante en los períodos de actividad reintegrante? Sea que una region del cerebro haya trabajado ménos que las otras y entre en vibracion por su propia cuenta, á consecuencia de impresiones demasiado débiles para hacer vibrar las regiones fatigadas y produzca los estados de conciencia correspondientes; sea que una region del cerebro haya trabajado más que las otras, y continúe siendo el lu-

gar de una vibracion que no ha sido completamente apaciguada, y dá fuertes ecos más ó ménos claros de las representaciones correspondientes; sea, en fin, que estos dos procederes se combinen y produzcan así las asociaciones variadas y extrañas que constituyen la trama de los sueños.—Siempre resulta que sólo somos conscientes de la desintegracion cerebro-psíquica y jamás de la reintegracion.

En lugar de esta intermitencia total de la conciencia, consideremos ahora su intermitencia *parcial*. Leeis un capítulo que os interesa, ó bien asistís á una leccion importante, ó por último, reflexionais en silencio sobre un problema cuya solucion os preocupa; vuestros centros nerviosos sufren una desintegracion profunda y extensa, causada por las impresiones múltiples que los hieren y por las innumerables sensaciones reflejas que despiertan.—Estais, pues, vivamente consciente de lo que pasa. Pero esta ocupacion os fatiga, y vais á tomar un poco de alimento, á dar un paseo, ó por una razon cualquiera, vuestra actividad psíquica se dirige hácia otras celdas, ó grupos de celdas, ó regiones del cerebro, y deja el campo libre á la reintegracion de las partes que acaban de trabajar; inmediatamente perdeis toda conciencia de la actividad precedente, para no estar consciente más que de la actividad actual. Entretanto la reintegracion se verifica, y si las vibraciones funcionales se apoderan de nuevo de las partes reintegradas (si volveis á la ocupacion interrumpida), hallareis aquellas partes dispuestas á vibrar de nuevo, pero de un modo algo diferente, *reconocereis* lo que habeis *conocido* ántes; encontrareis el caos de impresiones recibidas entónces debidamente asociadas en un todo armonioso; os hallareis en posesion de una síntesis, de una conclusion nueva, de una idea que no queria venir y que ahora viene por sí misma; habeis *aprendido* algo, habeis adquirido una nueva facultad, y todo ello sin la menor conciencia de la reintegracion á la cual debeis este adelanto.

Encerrándonos en límites aún más estrechos, en el momento mismo en que leeis un capítulo, no teneis conciencia en cada instante, tomándolo aisladamente, más que de la frase que *vais* á leer y no de la que *acabais* de leer, debido á que

esta última ha pasado ya de la faz desintegrativa á la reintegrativa; y si al fin del capítulo poseeis el contenido debidamente coordinado, es gracias á la reintegracion inconsciente de la série de desintegraciones conscientes que se han efectuado. Lo mismo puede decirse de cada palabra que entra en la composicion de una frase; y esto es evidente en las personas poco familiarizadas con el asunto de su lectura. Igualmente puede decirse de cada letra que entra en la composicion de una palabra, y tambien es evidente en los individuos que no saben leer bien ó que están aprendiendo. Si subimos esta escala en sentido inverso, vemos que mientras que la impresion de cada letra produce en el que aprende á leer una desintegracion consciente, por pasajera que sea, deja de serlo en el momento en que la reintegracion se sobrepone; entónces la conciencia pasa á la palabra considerada como un todo y tomada como signo ó símbolo de un grupo de asociaciones. En el que sabe leer sin tener una gran costumbre de hacerlo, no es ya cada letra, sino cada palabra la que produce una desintegracion consciente, inmediatamente reemplazada por la de la palabra que sigue; no teniendo ya conciencia de la desintegracion parcial, producida por cada palabra, porque pasa demasiado pronto y con demasiada facilidad á la faz reintegrativa, de la que resulta la inteligencia de la frase, tomada como un todo y considerada como la expresion de una série de asociaciones más complejas. En fin, en el que no sólo sabe leer de corrido, sino que está familiarizado con el asunto de la lectura, ocurre lo mismo respecto á las frases enteras: la desintegracion consciente producida por cada una de ellas, pasa en fuerza del ejercicio y de la costumbre de una manera tan rápida y con tal facilidad á la faz de la reintegracion, que no tiene conciencia de ello; pero sí tiene conciencia de la desintegracion extremadamente compleja que la impresion de la frases que siguen comunica con una facilidad y rapidez extraordinarias á otros elementos nerviosos y así sucesivamente. Al leer reflexiona en el sentido de lo que lee, es decir, que su conciencia se manifiesta alternativamente en los elementos ó en los grupos de elementos nerviosos que la marcha de las asociaciones pone en conmocion y se extingue á igual medida en los que han comu-

nicado á sus vecinos la faz desintegrativa, para pasar ellos mismos á la faz reintegrativa del procedimiento cerebro-psíquico.

En todos los instantes de nuestra vida, cada una de las innumerables celdas nerviosas que están llamadas á obrar y que han sido una vez integradas segun el tipo evolutivo del organismo á que pertenecen, oscila sin cesar entre la desintegracion y la reintegracion, entre la conciencia y la inconciencia. La *cenesthesia* total, personal ó impersonal, que tenemos en un momento dado, es la suma ó la resultante de las fases desintegrativas conscientes de todas estas actividades parciales. La conciencia (de lo que aquí tratamos es de la conciencia en *general* y no de la conciencia del *yo*) es continua, gracias en parte á la continuidad del procedimiento de desintegracion funcional y á que los estados de conciencia al pasar de un grupo de elementos centrales á otro, están siempre unidos entre sí por una ú otra forma de asociacion, y son bajo este punto de vista, realmente la continuacion unos de otros; y en parte tambien, gracias á la reviviscencia de estados de conciencia pasados, inconscientemente consolidados ó vueltos latentes por la reintegracion y segregados de nuevo tan pronto como una onda de desintegracion viene á sacarlos de su letargo. Estas numerosas vibraciones y *revibraciones* aisladas que se funden en ese acuerdo unificador, es lo que llamamos nuestra *cenesthesia*, y que poseemos sin interrupcion ínterin estamos despiertos; en la conciencia no hay solucion de continuidad más que cuando se detiene en la desintegracion neuro-psíquica: durante el sueño profundo y durante el síncope.

La conciencia del *yo*, que es un caso particular de la conciencia en general, se conforma tambien á lo que acabamos de decir; pero con esta diferencia que se interrumpe con mucha más frecuencia, que es mucho más intermitente que la *cenesthesia* total; porque á menudo se forma por sensaciones directas ó reflejas suficientemente intensas para detener por completo la desintegracion debida á las sensaciones personales; es decir, para ahogar todo sentimiento individual. Es preciso que salgamos de nuestras reflexiones para recordar que somos *nosotros* los que hemos reflexionado; porque si la

fuerte tension que dominan nuestros órganos centrales no se apacigua hasta el punto de permitir á las sensaciones locales que nos *atraigan á la individualidad*, estas sensaciones no producen desintegracion, y por tanto, nada de conciencia. Es preciso una fuerte impresion para sacar de sus meditaciones á un hombre absorto en profundas reflexiones; si la impresion incidente no tiene fuerza para hacer penetrar en los elementos centrales, á pesar de la tension que los domina, *su propio proceder de desintegracion* no produce conciencia correspondiente y pasa desapercibida. El sentimiento de *continuacion de la misma individualidad* es el resultado de las funciones *modificadas* de los centros nerviosos, á consecuencia de la reintegracion particular que se verifica durante cada período de reposo total ó parcial, en los elementos nerviosos que han sido desintegrados de un modo particular, durante cada período de actividad, estas últimas se asimilan y reunen en un todo, precisamente como las frases de un capítulo, las palabras de una frase, ó las letras de una palabra.

Si el lector colocado así sobre la vía examina seriamente tantos ejemplos como quiera, elegidos de modo que puedan servir de tipo á todas las formas conocidas de actividad psíquica, acabará siempre por obtener alguna cosa parecida á la ley que he formulado más arriba; despues de haber errado por el laberinto cerebro-psíquico y haber registrado todos sus rincones más recónditos se verá inevitablemente conducido á la única salida que existe, y es ésta:

La conciencia es la expresion subjetiva de la desintegracion funcional de los elementos nerviosos; *su intensidad está en proporcion directa con la desintegracion de los elementos activos, y al mismo tiempo en proporcion inversa con la facilidad con que cada uno de estos elementos trasmite á otros la desintegracion que se apodera de él y entra en la faz de reintegracion.*

Puedo cometer un error; pero me parece que esta fórmula presenta un lazo de union entre las opiniones extremas, y en apariencia irreconciliables de Lewes y de Maudsley; mostrándonos en efecto que ambos tienen y no tienen razon á la vez, y que su opinion es debida á que el primero, demasiado

preocupado del lado receptivo de la actividad neuro-psíquica, de su faz desintegrativa y de la dificultad de la trasmision central, vé en todas partes la conciencia; en tanto que el último, tambien demasiado preocupado del lado *restitutivo* de la actividad neuro-psíquica, de la facilidad de la trasmision central y de la faz reintegrativa de los procedimientos empleados, vé por todas partes la falta de conciencia.

La verdad está en la síntesis de estos dos puntos de vista; ella nos enseña que cualquiera que sea el centro activo, lo consciente y lo inconsciente co-existen siempre y en todas partes y predominan tan pronto el uno como el otro conforme á la ley que he tratado de dilucidar y que comprende al mismo tiempo la actividad nerviosa más consciente y la actividad más inconscientemente automática.

Para todo lo que concierne á la aplicacion de esta ley á los órganos subalternos, remito al lector á la Memoria, de que este artículo es un corto resúmen, leida en Roma en la Academia *dei Lincei*, y que debe publicarse en el próximo tomo de las actas de la misma Academia.

A. HERZEN.





CRÓNICA DE LA QUINCENA.

INTERIOR.



XHAUSTA por todo extremo de novedades, ha transcurrido la última quincena. Después de la dispersion de hombres políticos que coincidió con la clausura de las Cortes, ¿quién había de esperar ó de temer cambios, movimientos, emociones ó sorpresas? Es escusado contemplarlas en esta época del año. La ley del descanso impone á todo su ineludible precepto y como los hombres y los partidos, se dispersan las ideas para no volver á ocuparnos hasta que las lluvias de Setiembre anuncien el otoño y la necesidad de prepararse otra vez á la lucha, de disponerse nuevamente á la fatiga y á la contienda.

Los moderados históricos, que son cada dia ménos en número é influencia, han hallado en ese quietismo y en ese adormecimiento general la ocasion más oportuna para realizar un acto que había de notarse necesariamente en tales condiciones como suceso de primer orden. Pasma lo que ha venido á ser esa parcialidad que congregó bajo un sólo apellido y una sola bandera los hombres más ilustres de nuestro segundo pe-

riodo constitucional. Hoy apenas se reúnen en torno suyo algunos personajes de importancia secundaria y algún militar malquisto con la política del Sr. Cánovas, por lo que ha tenido esa política de transigente y conciliadora. La Constitución de 1845 y la unidad católica, que son las especialidades de ese grupo, se relegaron á la region de las utopias. Nadie las traerá de nuevo á la realidad y á la vida. Su derrota fué una victoria definitiva de la revolucion de Setiembre.

El partido moderado, vencido y deshecho entónces, no ha vuelto á influir de un modo sensible en el curso de los acontecimientos que forman la trama de nuestra política contemporánea. Llegó á la restauracion dividido. Su mejor parte militaba á las órdenes del Sr. Cánovas en una nueva agrupacion: la liberal conservadora. Mon, Mayans, Benavides, Moyano, Cheste y Valmaseda no quisieron seguir su camino y emprendieron el de la oposicion, que fué en los comienzos briosa y despues se ha ido debilitando y extinguiendo hasta desaparecer casi por completo.

Los Sres. Mon, Mayans y Benavides, viven ahora apartados, si es que no están por completo apartados de la política. La influencia del conde de Cheste pertenece á la historia. El señor Moyano es una noble y simpática figura, por la decision con que ha batallado hasta el último momento en pró de sus ideas, y por la lealtad con que ha servido á su antigua soberana doña Isabel II; pero si estas prendas personales le hacen acreedor á las simpatías de todos los espíritus elevados, no es ménos cierto que está sólo en el país y que su derrota electoral prueba que no hay ya en nuestra sociedad favor para las preocupaciones por que combate ese consecuente adalid del régimen que cayó en Setiembre de 1868.

El conde de Valmaseda, á quien siguen varios de los hombres de segunda fila del partido moderado, inició, al ocupar el poder el general Martinez Campos, su íntimo amigo, una disidencia, encaminada á aproximar al Gobierno sus huestes. El Sr. Moyano se habia separado tanto de la situacion, que entre él y éste orden de cosas no era posible ningun género de avenencia. La lucha estalló, pues, en el campo de los históricos desde luego, sin que nadie concibiese la posibilidad

de un arreglo. Y así ha sucedido. En estos últimos días puede decirse que se ha consumado la disidencia. La mayor parte del grupo sigue al conde de Valmaseda y se presta á apoyar la política del general Martínez Campos y del Sr. Silvela. El Sr. Moyano queda sólo, con sus recuerdos y su varonil intransigencia, tan sólo, que ha habido quien discurra si pensaba retirarse á la vida privada. Esto último no es exacto. Continuará el Sr. Moyano en su puesto, cualesquiera que sean los rumbos emprendidos por su hueste. El conde de Valmaseda anclará mientras tanto en los mares de la situación, donde ántes que un auxilio será un obstáculo, si su presencia estimula los planes de una política propia que alimenta estos días el héroe de Sagunto y que tanto convienen á las aspiraciones de su colega de Gobernación.

*
* *

Los órganos de este ministerio dijeron que el Gabinete tenía política propia; los del partido liberal-conservador que se inspiran en el pensamiento del Sr. Cánovas, del Sr. Romero Robledo ó del Sr. Elduayen, negaron aquel aserto. «La política de este Gabinete, decían, no es propia, no es suya: es la política del partido conservador-liberal practicada desde el poder por nuestros hombres, por nuestro jefe el Sr. Cánovas del Castillo.» *El Diario Español* ha llevado la cuestión más adelante que ninguno en lo que á este último punto se refiere. Ha sostenido la jefatura eterna é indiscutible del Sr. Cánovas, el cual será mientras viva,—tales son sus arrogantes palabras,—el eje sobre que gire la política española.

Quien le llamó mónstruo de nuestra edad bien puede, abandonándose á tales excesos, decir de él lo que hemos copiado. Propios son de un orden de cosas, donde sobre todo brilla la personalidad del Sr. Cánovas, superior á cualquier linaje de ideas, consideraciones y sistemas; propios son de un orden de

cosas como este en que vivimos, tales elogios, proferidos en desdoro de respetos que la plana mayor del partido gobernante no recuerda ni consagra siempre. El Sr. Cánovas será el eje sobre que gire la política española: sépalo el Sr. Martinez Campos, que es á quien eso se dice. Nosotros ya sabemos que el Sr. Cánovas será el eje de la política en nuestra patria, mientras que la política conservadora se mantenga en el auge y prosperidad de que ahora goza. El dia que este auge se torne en quebrantos, desdichas y caidas, el Sr. Cánovas del Castillo será lo que ha sido ántes de la restauracion: un ministro cesante ó á lo sumo lo que es el Sr. Alonso Martinez ahora, el jefe de un pequeño grupo parlamentario.

La promesa de hacer política propia ha hallado en su camino ese veto. El Sr. Silvela, sin embargo, acaba de llevar á cabo una pequeña combinacion de gobernadores, que es el prólogo necesario de la realizacion de esa política. Pero el señor Silvela amaga y no dá. La combinacion de gobernadores ha sido reducidísima. En ella ha prescindido el Sr. Silvela de los romeristas, mostrándonos bien á las claras su propósito y su intencion; mas no ha pasado de mostrarla y sólo en alguna que otra localidad de España hay autoridades personalmente afectas al actual presidente del Consejo y al actual ministro de la Gobernacion. Si ámbos insisten en emanciparse de la tutela del Sr. Cánovas, será preciso que lleven á cabo otra combinacion más amplia. Si no, el Sr. Romero Robledo será más obedecido desde Deva que el Sr. Silvela desde Madrid ó la Granja.

De la política propia forman parte una série de medidas administrativas que nunca hay ocasion de plantear. Al principio del anterior interregno parlamentario, del que empezó en el verano de 1878, se dijo que el Gobierno trataba de llevar á cabo una activa, eficaz y fecunda campaña administrativa. Pasaron el estío y el invierno sin que hubiera ni señales de que semejante propósito tratara de realizarse. Despues del breve período consagrado por las Córtes de 1879 á discutir la política de este Gobierno, ha vuelto á repetirse aquella promesa. Los diaros ministeriales la han hecho de un modo solemne para venir á los pocos dias á decirnos que siendo la mayor

parte de las reformas intentadas por el Sr. Silvela materia de una ley, es preciso que las Córtes se reúnan si han de llevarse á término. Están por lo tanto las reformas aplazadas, y mientras no sepamos de ellas nada concreto, más que lo que hasta ahora sabemos sobre extension de las facultades de los gobernadores civiles en asuntos económicos, podemos decir que el plan concebido por Sr. Silvela es reducidísimo y tiene unos comienzos deplorables

Aquí, donde todo el mundo confiesa que la primera necesidad gubernamental se reduce á separar la política de la administracion; aquí, donde no hay administracion—porque no puede llamarse así el desbarajuste de todos sus ramos,—gracias á la influencia de los partidos y á los medios de accion que conservan para hacer del organismo administrativo un elemento devoto á sus intereses y capaz de secundar sus miras, poner la Hacienda en manos de los gobernadores de provincia, vale tanto como agravar todos los males que sentimos, entregando al caciquismo de las aldeas lo único que estaba hasta cierto punto libre de su perniciosa direccion. Si el Sr. Silvela hace lo que intenta, nos ofrecerá una idea menguada de su inteligencia administrativa y de su capacidad gubernamental. ¿Quiere el Sr. Silvela elevar la consideracion de los gobernadores de provincia, dar á estos funcionarios un prestigio que no tienen? Pues reduzca su número, dé á cada gobernador un territorio doble ó triple del sometido á su autoridad ahora, formando grandes provincias, y nombre para desempeñar ese cargo hombres de verdadera importancia, de antigua y concienzuda práctica administrativa, de condiciones propias y justo renombre. Esto seria más digno del talento del Sr. Silvela que el plan á que nos referiamos, plan que hallará en el Consejo de ministros desde luego la oposicion del Sr. Orovio y en el país la de todo el que conozca qué género de influencia representan los gobernadores actuales en los asuntos económicos, á pesar de la escasa intervencion que en los mismos les conceden las leyes.

*
*
*

La familia real de España ha sufrido en estos días una sensible pérdida. La infanta doña María del Pilar, que se hallaba con sus hermanas en los baños de Escoriaza, ha dejado de existir el día 5, después de una terrible enfermedad, que la ha arrebatado de entre nosotros en treinta horas. El rey no llegó á verla. Fué por su orden trasladada al panteón de Infantes del Monasterio del Escorial. Al salir la corte de este real sitio para San Lorenzo, verificada la fúnebre ceremonia y cuando pasaban los carruajes de la real casa por el sitio llamado de las Siete Revueltas, volcó, á consecuencia de haberse roto el eje de una de sus ruedas, el coche en que iba el monarca, sufriendo éste y el general Echagüe ligeras contusiones que no hicieron necesario que guardaran cama.

El fallecimiento de la infanta Pilar ha retrasado los preliminares del matrimonio del rey, que debe verificarse en Noviembre próximo. La archiduquesa doña María Cristina Desseada, de la casa de Austria, es al cabo la princesa designada para compartir en segundas nupcias el lecho del monarca. En uno de los próximos Consejos de ministros el rey lo notificará á su Gabinete y partirá en seguida el Sr. Silvela, á quien para este caso se concederá el título de marqués de las Nieves, á Viena á negociar las condiciones del matrimonio. Trascurrido el mes de luto riguroso que lleva la corte por la infanta doña Pilar—según las noticias de los periódicos que creemos más autorizadas—el rey y su futura esposa se verán en un punto inmediato á la frontera francesa, en Pau probablemente. No hay obstáculo que impida esta entrevista, porque la Constitución de 1876 no prohíbe al rey, como era tradicional ya entre nosotros, salir del reino sin licencia de las Cortes.

Después de estos preliminares, la boda se verificará en Noviembre, reuniéndose el Parlamento y verificándose una breve legislatura en la que los señores diputados y senadores tratarán sólo la ley de capitulaciones matrimoniales. ¿Cuál será la actitud de los partidos en este importante debate? Hé ahí el problema de mayor interés para nosotros entre todos los que de hecho suscita. No es creíble que deje de empeñarse viva discusión sobre el matrimonio del monarca, como no es verosímil que este acontecimiento deje de tener carácter político.

Aun el enlace de D. Alfonso con la infortunada doña María de las Mercedes, que era en el fondo un matrimonio de puro afecto, lo tuvo. A éste hay que atribuirle también ese carácter. Y en presencia de un acontecimiento político trascendental para nuestros futuros destinos, ¿cómo no ha de decir cada parcialidad lo que piensa?

No es fácil que entre los conservadores se levante voz alguna á repetir el acto del Sr. Moyano. El mismo Sr. Moyano, si hoy estuviera en las Córtes, declararía su satisfacción viendo enlazarse otra vez á la dinastía de los reyes de España, la tradicional, absolutista y teocrática casa de los Hapsburgo. Los hombres del partido constitucional no juzgarán—es racional presumirlo—esta cuestión de la propia manera que el Sr. Moyano. Aunque la política complaciente á que se muestran inclinados es parte para creer que lo vean todo de color de rosa, nadie puede dudar que ellos habrían preferido la unión de los Orleans y los Borbones, ó la de Inglaterra ó Alemania con España, á la de Austria y nuestro país mediante un hecho de esa naturaleza. Las oposiciones democráticas, que se han impuesto el deber de discutirlo todo y de juzgarlo todo, examinarán sin duda este asunto bajo un doble punto de vista: influencia en nuestra política interior y en nuestras cuestiones más candentes, como lo son las de un carácter religioso, de la inteligencia y unión de las córtes de Madrid y Viena; influencia en nuestra política exterior de esa misma inteligencia. Los diputados demócratas recordarán á este propósito, sin género alguno de duda, que una de las necesidades más apremiantes de la política interior de España es dar garantías contra el clericalismo á los principios de tolerancia consignados en la Constitución de 1876, y recordarán también que las necesidades más vivas y sentidas de nuestra política exterior nos llevan al lado de los adversarios de la Gran Bretaña, á procurarnos sus simpatías, y quién sabe si á prestarles alguna vez nuestro concurso. No dejarán de utilizar los diputados demócratas el peregrino contraste que resulta de la comparación de esas necesidades con el hecho de que sea Austria la única nación de Europa íntimamente ligada á Inglaterra, y con la circunstancia del reciente triunfo de los clericales y

conservadores en las elecciones, circunstancia de primer orden en estos momentos en que el conde de Andrassy, por no romper con Alemania y no hacerse cómplice de la reacción clerical que en su patria germina, anuncia el propósito de abandonar la cancillería del imperio austro-húngaro.

*
* *

Ahora mismo acaba de hacerse patente la situación en que nos quiere encerrar Inglaterra, el más temible y el más poderoso adversario de nuestros intereses y de nuestro engrandecimiento. Ignoramos si por satisfacer deseos personales, ó fija la vista en un propósito más elevado y noble, el Gobierno pensaba restablecer la capitania general de Ceuta. La posición de España en el Norte de África, derechos y consideraciones á que no nos es dado renunciar, convirtieron ese proyecto, desde su anuncio, en una medida plausible. Cuando vemos á los pueblos afanosos por la conservación de su patrimonio, revelar un celo extraordinario en la realización de los ideales que le marcan su historia, su puesto en el mundo, su representación y su política; cuando Marruecos está siendo teatro y objeto, hace mucho tiempo, de la explotación británica, lógico era que un acto de esa índole viniese, de nuestra parte, á revelar, cuando ménos, la existencia de España. Ese acto ha disgustado al Gabinete de Saint James, y su representante en Madrid ha reclamado contra el proyectado establecimiento de la capitania general de Ceuta; la prensa francesa, porque Francia, segun parece, quiere disputarnos tambien el derecho que España tiene á levantarse de su actual postración, se muestra alarmada ante el anuncio de aquella medida. Tememos que el Gabinete, en vista de esas resistencias, no la lleve á cabo.

La política de timidez y de aislamiento triunfa en toda la línea; pero ¡cuán exacto es que el aislamiento nos tie-

ne hoy en Europa relegados á una soledad tristísima, y que la timidez nos hunde cada día más en el abismo de una impotencia que haría subir al rostro de aquellos españoles del siglo XVI, dueños del mundo, las tintas del rubor.

*
* *

El nombramiento de capitán general de Ceuta es un acto de nuestra exclusiva competencia y que, ni por su índole, ni por sus resultados probables, afecta carácter internacional. No debe España ceder en ese punto, porque no habrá tampoco país que, de un modo ostensible, quiera intervenir en él, siendo tan claro nuestro derecho. En cambio deberíamos habernos anticipado con declaraciones categóricas á las exigencias que los Estados-Unidos é Inglaterra puedan formular en la cuestión de esclavitud, fundándose en la ley moral que rige el mundo civilizado y en los inmortales principios del cristianismo.

Y convenia proceder así por consideraciones de política interior tanto como por consideraciones de política exterior. La actitud adoptada por el Gobierno, en cuanto á los problemas de Cuba, ha producido en la isla algun disgusto. No lo decimos por los manejos de cierto elemento perturbador que ha denunciado la prensa, y que revelan falta completa de sensatez y de patriotismo, de amor á los intereses de la misma isla, inseparables de los intereses de la Península. Lo decimos por el disgusto que revelan unas líneas puestas como comentario al discurso del general Martinez Campos en el Senado sobre su política insular, por el órgano de los liberales de aquel país. Nosotros deseáramos que la conducta de nuestros Gobiernos, respecto á aquellas apartadas provincias, fuera tal, que todos—conservadores y liberales—la vieran con satisfaccion. ¿Cómo puede lograrse esto? Es muy fácil: no haciendo allí política de partido, limitándonos, como Inglaterra

en el Canadá, por ejemplo, á garantizar los derechos de la metrópoli y el bienestar y la paz de los dominios, restos de un vastísimo imperio, que hemos conservado en esa parte del mundo.

EXTERIOR.

El movimiento político en los principales pueblos de Europa cesa ó se suspende casi por completo durante esta época del año. Las Cámaras inglesas continúan reunidas. La guerra de África, las cuestiones relacionadas con el problema oriental y las reformas en la legislación penal del reino unido las siguen ocupando; pero sin dar extraordinario brillo, ni singular importancia á sus debates.

En la sesión de las Cámaras francesas del 2, leyó Mr. Waddington un decreto del presidente de la república suspendiendo las sesiones del Parlamento, que no reanudará sus tareas hasta el 25 de Noviembre. Para entónces, las discusiones entabladas en la prensa y la publicación del *Libro amarillo*, auguran grandes debates sobre las cuestiones internacionales puestas á la órden del día. Hasta entónces ninguna novedad importante se espera en el curso tranquilo, pacífico y ordenado de los negocios de la vecina república.

A fines del mes actual serán convocados los electores de Burdeos para elegir un diputado: Blanqui presenta otra vez su candidatura. Si las Cámaras hubieran resuelto en definitiva este asunto, proclamando á Mr. Lavastujon, porque son nulos los votos emitidos á favor de un candidato incapaz, no preocuparía hoy á todos los partidarios y defensores de la situación actual el temor de que los seis mil electores girondinos que eligieron al prisionero de Clairvaux vuelvan á darle sus sufragios, creando á la república un sério conflicto. Mucho esperan los demócratas franceses de sus correligionarios de Burdeos. ¡Ojalá no se engañen! Los mayores peligros que ha vencido la república de 1870, suscitados fueron por la parcialidad que hace alarde de apoyar esa forma de gobierno con

más obstinacion; en España ¿quiénes fueron sino los mismos republicanos los que contribuyeron á la muerte de ese régimen en 1873? Una triste experiencia impide fiar á la discrecion de los electores de Burdeos el desenlace del problema que pende de sus votos. Y que no se equivoquen al emitirlos. Los votos dados á Blanqui serán otros tantos esfuerzos hechos por la restauracion de la monarquía en Francia, que hoy es imposible; pero que no lo será si los republicanos se empeñan por el camino iniciado despues del advenimiento de Mr. Grevy á la presidencia. Recientemente, en estos dias, un distrito de París ha elegido á un monárquico para el cargo de concejal. Ese distrito estaba representado ántes por un demócrata. Sin dar á ese hecho el valor de un plebiscito, porque no lo tiene, podemos creer que carece de significacion y de sentido. El 24 de Mayo, la caída de Thiers vino cuando el mismo Thiers ménos lo sospechaba, despues de la eleccion de Ranc contra Remusat. Desde que Mr. Gambetta encamina su política hácia la izquierda, en dos ó tres escrutinos, con general asombro, han triunfado las derechas. ¿Cómo no juzgar estos síntomas un aviso de la opinion? El Gobierno, que así debe creerlo, ha hecho decir á Mr. Lepere en un reciente discurso pronunciado en la fiesta que acaba de verificarse en Nancy en honor de Thiers, que el ministerio respeta y continúa la política de aquel insigne hombre de Estado, procurando mantener á la república el carácter esencialmente conservador que Thiers quiso imprimirle.

*
* *

El 9 se ha verificado una entrevista de los emperadores de Austria y Alemania en Gastein, á donde Francisco José llegó de Ischl en la mañana del mismo dia. La entrevista ha sido breve. El 10 á Gaistein para volver á Viena el emperador y rey de Hungría. Este acontecimiento, que se renueva periódicamente,

camente, no tiene la importancia que se le había reconocido cuando las relaciones personales de los soberanos eran menos frecuentes. Pero no por eso dejará de suministrar abundante materia de reflexiones á la prensa de todos los países. Será preciso, pues, acoger con reserva los pormenores sobre las cuestiones tratadas por los dos emperadores, y los convenios que se suponga hayan hecho, de que pretenderán informarnos todos los corresponsales de los más importantes periódicos del globo.

Para apreciar con alguna exactitud ese hecho conviene además no olvidar que la entrevista de Gastein no ha sido motivada por ningún hecho inmediato ni concreto, capaz de provocar conferencias ó resoluciones especiales. Quizás es sólo un acto de cortesía, y si fuera cierto, como anuncian los periódicos de Viena, que el conde Andrassy abandona el poder, entre otras razones porque la política de Austria va á separarse un tanto de la del príncipe de Bismark, se aproximarían más á la verdad los que creyesen que ese hecho, que la entrevista de Gastein no tiene ni una significación, ni un alcance extraordinarios.

*
* *

La Puerta será constantemente un Gobierno de resistencia contra la civilización y la cultura cristiana, contra todo género de progreso y de adelanto. Ni las condescendencias de Europa, ni el apoyo de Inglaterra lograrán modificar el carácter de su autoridad, esencialmente opuesta á todo lo que nos rodea. Keredin-Pachá ha sido arrojado del poder porque quería un ministerio responsable é instituciones parlamentarias. Keredin era un continuador de la política de Midhat-Pachá.

El serrallo no ha querido que ese cambio se opere, y el serrallo es omnipotente. A Keredin-Pachá ha sucedido un ministerio cuyos miembros más importantes son Savfet y Aarifi.

El primero tiene la presidencia. No hay gran visir; por segunda vez en estos últimos años se ha suprimido esa dignidad. Cuando lo fué por vez primera, siguiendo el consejo de Midhat, era esta medida indicio de que se inauguraba el régimen parlamentario. Cayó Midhat, hundiéndose su obra, y se restableció el visirato. Hoy lo suprimen de nuevo á fin de dar al sultan una posicion más firme y segura en el Gobierno. Hoy esa supresion significa la restauracion total del antiguo poder absoluto.

En el fondo de esa contradiccion lo que hay de cierto es que con gran visir y sin gran visir, con este ó aquel sistema de Gobierno, Turquía será siempre lo mismo hasta que Europa, cansada de contemplar cómo la Puerta hace estériles los frutos de su tolerancia, lance al otro lado del Bósforo á los descendientes de Otman.

Las últimas noticias de Constantinopla auguran la proximidad de otra crisis. No hay acuerdo sobre ningun importante problema en el seno del Gabinete. En el arreglo de la frontera turco-helénica Savfet se inclina á una solucion conforme al 13.º protocolo del tratado de Berlin, mientras que el ministro de la Guerra, Ghazi Osmán-Pachá, y sus parciales rechazan toda solucion que se funde sobre bases distintas de las bases inadmisibles que ofrecian los delegados turcos en Prevesa. Osman-Pachá es un elemento perturbador en el Gobierno de que al cabo deberá prescindir el sultan, de que al cabo prescindirá cuando le obliguen las potencias.





ANÁLISIS Y ENSAYOS.

Politische correspondanz Friedrich's des Grossen, Erster Band. Berlin, Alex Duncker, 1879, un volúmen en 8.º

La publicacion de la correspondencia política de Federico es un acontecimiento literario de primer orden, tanto á causa del número como de la importancia de los documentos que en ella van á aparecer. Al primer tomo que acaba de publicarse y que consta de cerca de quinientas páginas, impreso en caracteres bastante compactos, seguirán otros veinte y nueve. Esta obra será un monumento histórico que no cederá en nada á la coleccion de las obras de Federico, editadas en 1846 por orden del Gobierno prusiano. Esta vez tambien la Academia de Berlin es la que dirige esta grande empresa, cuya ejecucion ha confiado á tres de sus individuos, cuyos nombres son una garantía del espíritu rigurosamente científico que presidirá tanto á la eleccion como al análisis de los documentos: son estos Mrs. Droysen, Max Duncker y H. de Sybel. Por vasto que parezca, en efecto, el cuadro de la publicacion,

no debe comprender toda la correspondencia, proponiéndose los editores eliminar los documentos secundarios y conservar sólo los que merezcan serlo, los que ilustren y precisen la política del soberano, sus miras y sus actos en todas direcciones, y hasta pudiera decirse en todos sus pliegues y rodeos: tales son las cartas á los reyes y ministros extranjeros, sus instrucciones á sus propios agentes, sus anotaciones marginales en los informes de sus ministros, y que por lo general se reproducen en sustancia. En una palabra, el pensamiento político completo de Federico, es lo que se nos entrega con sinceridad, sin omisiones ni restricciones, y ciertamente, este es un espectáculo tan instructivo como lleno de alicientes, el que ofrece un espíritu superior dominando á sus contemporáneos, confundiéndolos por la habilidad y por la audacia, cuando no por la extension ó la moralidad de sus combinaciones.

El primer tomo de la correspondencia empieza con el reinado, en Junio de 1740, y nos conduce hasta el fin de 1741: apenas contiene otra cosa que cuestiones relativas á los negocios extranjeros; las negociaciones están en primer término; los mismos despachos militares son escasos y de interés secundario. La accion de Federico es enérgica, directa y exclusiva, aunque sólo tenia veinte y ocho años; ninguna eminencia le rodea ni aminora su papel, por lo ménos en el campo diplomático. Los ministros que le secundan en la direccion de los asuntos interiores, Borcke, Thulemeier y H. de Podewils, no son más que escribientes; este último, sin embargo, no era un talento sin inteligencia; pero no tenia nada de Louvois ó de Bolingbroke y casi puede dudarse que haya ocupado al lado de su amo la situacion de Fleury ó de Walpole. Federico no se molesta para hablarle militarmente. «Os prevengo—le escribia en Junio de 1741—que no os chanceeis conmigo, y ejecutad al pié de la letra lo que os mando, ó vuestra cabeza saltará de vuestros hombros.... Arreglad el asunto; tengo motivos para estar poco satisfecho de vos, y si no reparais vuestras groseras faltas, sabed que hay bastantes fortalezas en mi país para encerrar en ellas á los ministros que obran contra la voluntad de su amo.»—El pobre Podewils contestó con dignidad y no tuvo gran trabajo en justificarse; pero tales borras-

cas, si no eran el tono habitual, tampoco eran excepciones, y caracterizan la naturaleza de las relaciones del joven soberano con sus ministros.

El primer pensamiento de Federico al salir al trono fué el de engrandecimiento y conquista. La Prusia, decia, es una especie de hermafrodita que tiene más de electorado que de reino, y se impuso la tarea de decidir la naturaleza de aquel sér mixto. Su padre le habia dejado un tesoro bien provisto y un excelente ejército de 80.000 hombres, que se apresuró á elevar á 100.000. La Bélgica tuvo el privilegio poco envidiable de proporcionar el motivo de su primer ensayo y de aumentar tambien su reserva metálica. El obispo de Lieja, bajo la impresion de una ocupacion militar, se vió obligado á rescatar, al precio de 200.000 escudos, unos derechos más que hipotéticos sobre la baronía de Herstal; pero el rey de Prusia no se vió reducido por mucho tiempo á querellas tan mezquinas. El emperador Cárlos VI murió el 20 de Octubre de 1740, ménos de cinco meses despues del advenimiento de Federico, y desde el primer dia de su reinado, éste habia previsto y contado con este suceso: «El emperador, decia, es el viejo fantasma de un ídolo (*sic*) que habia tenido poder en otro tiempo.... pero que ahora no es nada.» Unicamente que para participar de su herencia y asegurarse una buena parte de ella, le era preciso una alianza. ¿A quién dirigirse? Nada tenia que esperar de la emperatriz Ana de Rusia, á quien sus intereses como sus simpatías la unian al Austria; sólo quedaba por una parte Inglaterra y Holanda, y por otra Francia con Baviera. Federico en materia de alianzas no tenia ninguna mira general, ni obedecia á ningun principio definido; no se guiaba más que por consideraciones de hechos, dispuesto á cambiar de sistema de la noche á la mañana, á romper sus compromisos, reemplazándolos con otros, si el precio de su conducta era el objeto inmediato y material que perseguia: la conquista de la Silesia. Hé aquí sus ideas á este propósito, segun un documento sin fecha que parece remontarse al mes de Noviembre de 1740.

“La Silesia es de toda la herencia imperial la parte á que tenemos mayor derecho y que más conviene á la casa de Brandenbourg; es justo sostener su

derecho y aprovechar la ocasion de la muerte del emperador para ponernos en posesion de ella. La superioridad de nuestras tropas sobre la de nuestros vecinos, la prontitud con que podemos hacerlas operar, y en suma, la ventaja que tenemos sobre nuestros vecinos es completa y nos dá en una ocasion imprevista como esta una infinita superioridad sobre las demás potencias de Europa.

La Inglaterra y la Francia están reñidas, y si esta última se mezcla en los asuntos del imperio, aquélla jamás podrá permitirlo, y de este modo las dos partes adversarias siempre me ofrecerán una buena alianza. Inglaterra no podrá tener celos de mi adquisicion de la Silesia, porque no le causa el menor perjuicio, al contrario, sólo debe esperar ventajas de ello en la situacion en que se encuentra, que exige tener alianzas.

“La Holanda lo verá con indiferencia con tanta más razon cuanto que se garantiza á los negociantes de Amsterdam los capitales que han prestado sobre la Silesia.

Si no encuentra uno su negocio con Inglaterra y Holanda, se encontrará seguramenta con Francia, que, además, no podrá contrarestar nuestros proyectos y verá con satisfaccion la humillacion de la casa imperial.

Queda Rusia. Las demás potencias de que acabo de hablar no están en situacion de turbar nuestros proyectos; solo Rusia es la que puede causarnos recelos.

En la primavera próxima no podremos encontrar á nadie en nuestro camino; así si Rusia quiere atacarnos, puede estar segura de tener enfrente á los suecos, de modo que se colocará entre el yunque y el martillo. Si la emperatriz vive, el duque de Curlandia (Biron), que tiene ricas posesiones en Silesia, se entenderá conmigo para que se las conserve, y además hay que hacer caer entre los principales miembros del Consejo la lluvia de Danac que les hará pensar como se quiera. Si la emperatriz muere, los rusos estarán tan ocupados con lo que pase en su casa, que no tendrán tiempo de pensar en lo que ocurra fuera, y en todo caso, hacer entrar en San Petersburgo un asno cargado de oro, no es cosa imposible.

Concluyo de todo este razonamiento que es preciso ántes del invierno estar en posesion de la Silesia y negociar despues en el mismo invierno, cuando se encontrará un partido que ofrecer, y negociaremos con éxito cuando estemos en posesion, en vez de que obrando de otra manera, perderemos nuestras ventajas y nada obtendremos por una simple negociacion, ó se nos impondran condiciones muy onerosas para concedernos bagatelas.”

Esta página, á pesar de su extension, merece reproducirse íntegra; porque caracteriza maravillosamente las costumbres políticas de aquel tiempo. No hay, sin embargo, que equivo-

carse y juzgar al rey de Prusia tan severamente como lo haría con razón la conciencia pública de hoy. Esta brevedad de miras, ese cinismo desvergonzado, ese positivismo sin corazón, son rasgos generales de la época, los signos comunes de los soberanos y de los hombres de Estado; el Gobierno de Europa en la segunda mitad del siglo XVIII, es parecido á una vasta comedia de intriga. El derecho de gentes, la justicia internacional no habían salido del recinto de las escuelas, y la honradez pública era una virtud, cuya existencia apenas se sospechaba.

Verdad es que Podewils, el confidente en esta circunstancia de Federico, tal vez bajo el imperio de algún recuerdo clásico, tuvo un ligero escrúpulo y recordó que los derechos de la casa de Brandebourg á algunos ducados de Silesia eran muy discutibles; pero su amo y señor le contestó sencillamente:

«El artículo de derecho es asunto de los ministros, el vuestro; y tiempo es de trabajarlo en secreto, porque están dadas las órdenes á las tropas.» Tal era el espíritu del tiempo, de ese antiguo régimen que por fortuna tocaba á su fin.

Cuatro meses ántes de la muerte de Carlos VI, quince días ántes de su advenimiento, el rey de Prusia se había puesto á buscar la alianza que necesitaba para apoderarse de la Silesia, enviando simultáneamente al coronel de Camas á París y al conde de Truchess á Lóndres. Al primero le escribía:

“Podeis decir que naturalmente amo á la Francia, pero que si se me desprecia ahora será para siempre y sin remedio; al contrario, si se me complace estaré en disposición de hacer á Francia servicios más importantes que los que Gustavo Adolfo le ha prestado nunca.

Hareis mil agasajos y cumplidos al cardenal (Fleury), pagareis las palabras halagüeñas con palabras halagüeñas, y las realidades con realidades.”

Entretanto le decía á Truchess:

“Hareis valer mucho el envío de Camas á Francia; direis, como si estuvierais celoso de él, que es uno de mis íntimos, que posee mi confianza y que no ha ido á Francia para ensartar perlas. Si quieren hablaros de negocios, decid siempre que no desesperais de obtener buen éxito si se os ofrecen condiciones mejores que las que nos hace Francia”

Profundizad lo más recóndito de sus intenciones, hablad mucho de la inclinación que tengo hacia ellos, no avanceis nada de positivo y hacedles esperar y temer lo todo."

Esta situación equívoca debía prolongarse cerca de un año. En el mes de Noviembre Federico no había obtenido ningún resultado en Francia: «no se puede sacar partido de esta gente,» escribía con despecho. La Inglaterra, cuyo soberano, Jorge II, representaba él mismo un papel doble y tenía, como elector de Hannover, intereses distintos, y á veces encontrados con los de su reino, no cesaba de bordear y evitaba todo compromiso formal. Entónces Federico se decidió á cortar el nudo gordiano y á tomar la iniciativa: en Diciembre de 1740 invadió la Silesia. En medio de sus armamentos escribía á Podewils: «Esparcid por Berlin el rumor de que he recibido noticias de que el Palatino padece desvanecimientos y que se teme por su vida; os suplico que representeis bien el papel de charlatan, y tomad del mejor orviertan y buen oro para dorar vuestras píldoras.» Hizo decir en Lóndres que sólo se acercaba á Viena «para impedir que el duque de Lorena se concertara con Francia, y obligarle, de cierta manera, á que se pusiera del lado de los marinos y de la religion» (reformada). Ordenó que se tuviera mano de gato con los franceses, é hizo saber en Viena que reclamaba toda la Silesia «en pago de mis trabajos y de los peligros que voy á correr en la carrera que voy á emprender en servicio de la casa de Austria.» «Conociendo, añadía, por la experiencia de mis antepasados, la irresolucion de la córte de Viena, ha sido preciso, sin consultarlo de antemano, tomar este camino, por su propio bien y, sobre todo, por el del duque de Lorena, á quien quiero y estimo infinitamente, y por cuyo cariño me he decidido á dar este paso atrevido, cortando así los retrasos de una negociacion larga é infructuosa en un asunto en que se trata nada ménos que de la salvacion de la Europa, de la casa de Austria y de la fortuna del duque de Lorena.»

Así comenzó esa memorable campaña que debía tener resultados tan decisivos para el porvenir de Prusia. Federico contaba con sus triunfos para procurarse aliados; la ménos

brillante de sus victorias, la batalla de Mollwitz (10 de Abril de 1741), le proporcionó la alianza francesa, que fué negociada en Junio y rectificada el 5 de Julio. Seguro de la cooperación de Francia y de Baviera, Federico continuó su camino con más tranquilidad; pero al mismo tiempo que prodigaba los más vivos testimonios de simpatía á Fleury y al mariscal de Belle-Isle, al rogarles que obrasen sin tardanza, ofreciéndoles una fidelidad inquebrantable, no cesaba de negociar con María Teresa por la mediación del rey de Inglaterra. Respecto á la cesion de la Silesia, María Teresa fué intratable hasta aquel momento (Agosto de 1741), pero ofreció, con una indemnizacion pecuniaria, la Güeldre austriaca y el ducado de Limbourg. Este pensamiento, que se anticipaba á una de las principales combinaciones del príncipe de Metternich, no agradó al monarca prusiano; sospechó que su rival queria enemistarlo con Francia y Holanda, atrayéndole hácia el Meuse, y rechazó la oferta, invocando el tratado de la Barriere. Rota la negociacion, escribió á Podewils:

“Haced que se marche ese tunante de negociador que no puedo sufrir; seria una infamia de mi parte entrar en negociacion con Austria é Inglaterra, y hasta arriesgaria mucho; despues de todo, la guerra que estamos haciendo es con un adversario bien fuerte, al paso que la otra seria con una parte flaca.... Echad de ahí á ese bribon de Robinson, y tened en cuenta, que si permanece más de veinticuatro horas en Breslau, me dá una apoplegía.... Que sepa que ha marchado.... Su reina de Hungría y su rey de Inglaterra no tienen más que ser víctimas, la una de su orgullo y el otro de su necesidad.”

Al propio tiempo hizo decir á Valory, ministro de Luis XIV, que la córte de Viena acababa de ofrecerle la Silesia baja con Breslau, y que habia rehusado por no faltar á sus compromisos con Francia.

Federico se queja en sus despachos de la duplicidad de los hombres de Estado de su tiempo y sigue la máxima: «Engañad á los engañadores,» y hay que convenir en que lo aplicaba con fruto; pero semejantes prácticas, demasiado fáciles por la carencia de toda intervencion y de toda publicidad legal, eran universales. A pesar de los compromisos más solemnes, de las protestas más excesivas, todos los actores de aquel gran drama

se miran con desconfianza, se engañan mutuamente, corrompen á sus agentes respectivos y firman tratados con la intencion preconcebida de aludirlos ó de romperlos si sus intereses les impulsan á ello. Thiebault, en sus *Recuerdos*, pretende que el cardenal Fleury ofreció al Austria abandonar, con ciertas condiciones, á su aliado el rey de Prusia; vistas las costumbres de la época, este cambio nada tendria de extraordinario; pero es justo observar que Federico en sus comunicaciones más secretas no ha hecho alusion á ello, ni siquiera parece haberlo sospechado.

La verdad es que él mismo ejecutó esta conversion y á espaldas de su mismo ministro Podewils. La negociacion fué conducida por el coronel de Goltz con intervencion del ministro de Inglaterra, lord Hyndford. Federico trazó por sí mismo el 9 de Setiembre el plan de una inteligencia secreta, que el 9 de Octubre era un hecho consumado. María Teresa cedió la Silesia con Breslau y Neisse, que el rey de Prusia debió tomar despues de un sitio simulado de quince dias; luego no emprenderia nada más; pero se continuaria la guerra en apariencia hasta el mes de Diciembre, cuando se firmaria una paz definitiva. El mismo dia en que se consumaba este acto escribia á Federico al mariscal de Belle-Isle:

“Tengo el placer de admirar aquí el gran papel que representa el rey de Francia, sosteniendo al elector, confundiendo los malos designios del rey de Inglaterra; además de desunir á los holandeses y llevar la guerra hasta las puertas de Petersbourg. Estaba reservado á Luis XV el ser el árbitro de los reyes y á Mr. de Belle-Isle ser el órgano de su poder y de su sabiduría.”

Y en una posdata añadia: «Tengo en frente de mí al enemigo, y por retaguardia 6.000 húsares.» Sobre este episodio tan poco conocido abundan los detalles.

¡Cuán léjos estamos del *Anti-maquiavelo*! Hay momentos en que se creeria ver detrás del monarca la fisonomía burlona de Voltaire. Estos renglones toman, á pesar nuestro, el carácter de un proceso á la tendencia de la época; pero cualquiera que recorra el volúmen no se librará de semejante impresion. Sobre ese fondo monótono de intrigas, de mentiras y de perfidias, cuya vulgaridad acentúa más lo grosero de las ex-

presiones, Federico sólo aparece entre sus comparsas como un artesano más hábil en el fraude universal. Todos nuestros sentimientos, todas nuestras convicciones se rebelan contra semejantes procederes gubernamentales. ¿Es esto decir que basta para sentenciar que baje el héroe de su pedestal? No estamos más que en el primer tomo de esta correspondencia, y Federico no se ha mostrado por completo como general y negociador, más que en la guerra de los siete años, ni como administrador más que durante los años que la siguieron; es conveniente, pues, suspender el juicio. Entretanto, lo que le distingue, lo que se revela en sus primeros meses de reinado, es la energía de su carácter, la audacia de sus empresas, y sobre todo, ese patriotismo, tan raro en aquella época, que le hacía subordinar sin reserva su vida y su libertad á la grandeza de su país. A principios de 1741, Federico estuvo dos veces á pique de caer en manos del enemigo, y entónces escribió á Podewils:

“Si me ocurriese la desgracia de ser cojido vivo, os mando de la manera más absoluta, y me responderéis de ello con vuestra cabeza, que durante mi ausencia no respeteis mis órdenes, servireis de consejero á mi hermano, y que el Estado no cometa ninguna acción indigna para obtener mi libertad. Al contrario, en este caso, que se obre con más energía que nunca. Yo no soy rey sino cuando soy libre.*

Hé aquí heróicas palabras que clasifican á un soberano. No es más que un relámpago; pero bajo el punto de vista del hombre y del juicio de la historia, vale más que la conquista de una provincia.

E. BANNING.

El conde de Serre, la política moderada bajo la restauracion, por Charles de Mazade, París, Plon en 8.º, 301 páginas.

El conde Hércules de Serre emigró siendo joven, pues apenas tenía quince años cuando estalló la revolución: educado en la Academia de Artillería de Pont-á-Mousson, se incorporó como otros muchos al ejército de los príncipes, se batió en Oberkamlach, y en medio de los azares de la guerra, estudió los clásicos y aprendió el alemán.

Por fin, después de mil aventuras naufragó en una aldea de Suabia, en Rettingen, y se hizo maestro de escuela, no volviendo á su país hasta después de haberse establecido el consulado. Apenas regresó, resolvió dedicarse al derecho; en poco tiempo llegó á ser uno de los primeros abogados de Metz, y se encargó de los negocios de su amigo Mr. Wendell, que dirigía entonces las fundiciones de Hayange, y fundaba una gran industria. En 1814 fué nombrado primer abogado general en el tribunal de Metz, y cinco meses después, presidente del Tribunal Imperial de Hambourg, capital entonces del departamento francés de las Bocas del Elba. Los reveses lo trasformaron en intendente general del ejército de Davonst; por fin en 1815, después del regreso de los Borbones, llegó á ser presidente del tribunal de Calmar, y terminado el período de los cien días, durante el cual se había retirado á sus posesiones del Moselle, diputado por el Alto Rhin. Entonces fué cuando empezó el importante papel que siguió representando hasta su muerte. Estaba maduro para la política; acostumbrado al uso de la palabra, ilustrado por la experiencia de las cosas, tomó puesto entre los oradores de la nueva Cámara.

Desde luego se opuso á la reacción; atacó los actos «dictados por la pasión;» protestó contra las proscripciones que los ultra-realistas querían hacer más extensas, contra la pena de muerte y contra el efecto retroactivo que querían dar á las leyes. Cuando se propuso la confiscación de los bienes de los

condenados políticos, exclamó Mr. de Serre: «¡Señores, nuestro tesoro puede ser pobre; pero que sea puro!» Pertenecía al grupo liberal, que todavía no era un partido, pero en el que formaban ya Royer-Collard, Beugnot, Becquey y Bourdeau. Royer-Collard, sobre todo, lo dominaba por la elevación de su espíritu y la altiva gravedad de su lenguaje, así como de Serre se atraía á Royer-Collard por la generosidad de su carácter, por el noble y patriótico ardor de su alma, por su palabra nerviosa, que no cesaba de hacer oír en los debates más apasionados, y cuyo poder aumentaban las contradicciones. Así, pues, cuando Luis XVIII se decidió, por consejo de Mr. Decazes, á disolver la Cámara «inhallable,» y cuando de las nuevas elecciones salió otra relativamente liberal, Mr. de Serre fué quien tomó como presidente la dirección de los trabajos parlamentarios.

Pero el duque de Richelieu, jefe del Gabinete, se inclinaba á la derecha; hizo elegir presidente de la Asamblea, en la sesión siguiente, á Mr. Ravez, y pidió el destierro de Mr. Decazes á la lejana embajada de San Petersburgo. Esto era abandonar la política moderada. El duque de Richelieu había ido demasiado lejos; salió del ministerio, cuya presidencia se confió al general Dessoles; Mr. Decazes, lejos de ir á la embajada de Rusia, fué nombrado ministro del Interior, y Mr. de Serre Guarda-Sellos. Este es el ministerio que la historia señala con el nombre de ministerio Dessoles-Decazes-Serre (29 Diciembre 1818). De Serre representaba en él un papel preponderante por sus relaciones con el centro izquierdo y con los liberales, siendo el representante más distinguido de los doctrinarios. Cuando el baron Louis, ministro de Hacienda, tuvo que proponer á la Cámara la votación de un presupuesto de diez y ocho meses, de Serre fué quien contestó á las ásperas y violentas frases de Mr. de la Bourdonnaye, el más fogoso de los ultras. A los que gritaban que se violaba la Carta, replicó que los verdaderos partidarios de la Carta no eran los fariseos que se contentaban con un culto puramente exterior, y quienes con la Carta siempre en la boca, presentaban escrúpulos y sutiles querellas, sobre las sílabas y las comas. Cuando la Cámara de los Pares, hostil á los moderados, pidió la modifica-

cion de la ley electoral, y cuando Luis XVIII hubo hecho una hornada de sesenta pares (entre los que algunos tenían la *mancha* de los cien días), de Serre declaró que con esta medida se había colocado á la alta Cámara en una feliz é íntima armonía con la Francia, respondiendo con hechos á las palabras de union y olvido que habían pronunciado los Borbones al ocupar de nuevo el trono. Proponíase entónces hacer votar por la Cámara tres leyes que hubieran sido hasta cierto punto la Carta de la prensa; tenía por objeto, la primera definir la participacion en los delitos y en los crímenes; la segunda fijaba los términos de los procedimientos y el carácter de la jurisdiccion llamada á sentenciar, y la tercera se referia á las condiciones de publicacion de los periódicos. De esta manera sustituia á los procesos preventivos un sistema de garantía material y de responsabilidad personal; creaba un régimen regular para los escritos, é introducía el jurado en los asuntos de la prensa. Por su elocuencia y por la de su émulo, Royer-Collard conquistó el voto de ámbas Cámaras.

Pero á la renovacion anual de 1819, los liberales obtuvieron la victoria; el general Foy fué enviado á la Cámara por el departamento de l'Aisne, y el abate Gregoire salió de su oscuro retiro d'Anteuil para representar el de l'Isere. Preciso es, decían los ultras, que el rey se trague á los jacobinos, para hacerle vomitar los ministros que tiene en el vientre; y ellos mismos, adelantándose á las alianzas parlamentarias de los tiempos presentes, votaron en favor del abate Gregoire. Esta eleccion aislada tuvo, como siempre, la importancia de un gran acontecimiento, y viéndose en ella una provocacion del espíritu revolucionario, el ministerio propuso la reforma de las leyes electorales. Sin embargo, por favorable que fuese este proyecto á los conservadores, no dejaba traslucir ningun designio de reaccion; pero con motivo de la oposicion del general Dessoles, del baron Louis y del mariscal Gouvoen de Saint Cyr, fué preciso crear un nuevo ministerio que fué el de Decazes, de Serre, Pasquier.

Ya en esta época estaba de Serre atacado del mal que debia llevarle al sepulcro, y tuvo que abandonar el campo de batalla donde tan ardientemente deseaba combatir y vencer; en el

momento en que quería «luchar hasta perder el aliento,» le fué preciso marcharse á Niza. Casi al mismo tiempo se verificó el asesinato del duque de Berry, que volvía á ponerlo todo en cuestion, excitando más que nunca el furor de las pasiones realistas. «Todos acabamos de ser asesinados,» escribía Mr. Decazes á de Serre. En vano propuso aquél dos nuevas leyes excepcionales, suspendiendo la libertad individual y restableciendo la censura de los periódicos; los realistas atacaron al «Seyano de Liburnia» con extremada violencia y abandonado al mismo tiempo por los liberales, á quienes habian irritado las leyes excepcionales, Mr. Decazes se retiró, resbalando en la sangre, segun la frase de Chateaubriand, y el duque de Richelieu volvió segunda vez al ministerio.

El duque era el más moderado de los realistas, y al elegirle Luis XVIII, permaneció fiel á su máxima de buscar una mayoría fuera de los ultras; ¿pero qué podía hacer el Gabinete en medio de la ardiente lucha de los partidos y cuando se estaban discutiendo las leyes excepcionales? Los ministros llamaron á de Serre: «sois muy importante en todo esto,» le escribio Mr. Barante; «vos sólo podeis sostener el ministerio, impedirle que se incline completamente á la derecha y reconciliarlo con el centro izquierdo;» pero por otra parte Royer-Collard, Víctor de Broglie y Froc de la Boulaye, el íntimo amigo de Mr. de Serre, le rogaban que no saliera de Niza y que no se comprometiera sin remision; Royer-Collard no creia ya en la alianza del orden y la libertad, ni en la union de la legitimidad y de la revolucion; «no digo,» escribía á de Serre, «que no puedan arrastrarse miserablemente, pero no hay razon para mezclarse en ello.»

De Serre regresó á París: «me abandono á los acontecimientos,» escribió á Mr. Decazes, «hasta que, como vos, caiga herido por el puñal de la calumnia.» No habia, pues, en el Parlamento más que dos campos opuestos, uno en el que se reunian todos los matices de la derecha, y otro en que se agrupaban todas las fuerzas del liberalismo. ¿No existia allí un poder moderador? Los espíritus sanos invocaban una mayoría como la de 1816 á 1820. «¡Que esta mayoría salga de sus ruinas,» exclamaba Royer-Collard, que se deje ver á la Francia que la busca,

que se eleve y eleve al ministerio por encima de los partidos!» Pero el ministerio no retiró las leyes excepcionales, esas leyes que Royer-Collard comparaba á los empréstitos usurarios que arruinan al poder, cuando aparentan enriquecerlo; y la Cámara no las votó sino despues de batallas encarnizadas en las que Benjamin Constant, Foy y Manuel, disputaron el terreno á los ministros palmo á palmo.

Quedaba la nueva ley electoral. De Serre estaba resuelto á defenderla, á combatir con todas sus fuerzas en favor del ministerio de que formaba parte, y hasta á separarse, si era preciso, de los doctrinarios. Echaba en cara á Roger-Collard y á los liberales que agitaban la opinion y que despertaban el espíritu revolucionario con su oposicion, y cuando Lafayette hizo el elogio de la bandera tricolor, exclamó que aquella bandera era la de la rebelion y que aquellas palabras, criminalmente imprudentes, podian seducir á los insensatos é impelerlos á la sedicion. Entónces sostuvo una «lucha homérica,» que duró veinte y cinco dias, llevando él sólo todo el peso de la defensa del gobierno, y rechazaba todos los asaltos sin vacilar, desplegando una energía viril, una vigorosa y altiva elocuencia llena de rasgos inesperados y de vivos apóstrofes. Por fin la ley fué votada, y es la que se conoce con el nombre del voto doble.

Pero de Serre pagó cara su victoria; el lector recordará á Burke y Fox rompiendo, pública y solemnemente, uno con otro en el Parlamento inglés, despues de largos años de una estrecha amistad; pues lo mismo rompió de Serre con los doctrinarios: «Lloro por vos,» le decia Camilo Jordan; «y yo por vosotros,» respondió de Serre. Él mismo anunció á Camilo Jordan, á Roger-Collard y á Mr. Guizot que habian dejado de pertenecer al Consejo de Estado, y á Mr. de Barrante que cesaba en el cargo de director de Contribuciones indirectas.

Esta ruptura lanzaba á la restauracion en una vía fatal. En vano de Serre creia, con la ley electoral, dar diez años de respiro á los Borbones y diez años de prosperidad á la Francia; le era imposible gobernar con los realistas sin satisfacer sus pasiones. Perseguido por la idea de que era preciso, á toda

costa, defender á la monarquía contra las recrudescencias del espíritu revolucionario, se apoyaba en la derecha, sin querer entregarse á ella por completo; pero semejante alianza era imperiosa, habia concedido demasiado á los ultras para no herirlos en lo sucesivo con una negativa; y al aceptar su apoyo, aceptaba tambien sus locuras. La condescendencia del segundo ministerio Richelieu con la derecha, lo desarmaba de antemano; aquellos realistas moderados trabajaban por los realistas puros. Luis XVIII estaba entónces bajo la influencia de la condesa du Cayla, que, sometida ella misma á la del vizconde Sosthenes de Larochefoucauld, atraia á la «buena causa» al anciano rey fascinado. Los congresos de Laybach y de Troppau, las derrotas de la revolucion en Nápoles y Turin, el nacimiento del duque de Burdeos, las elecciones de 1820, que les fortificaron en el Parlamento, todo aumentaba el orgullo de los realistas. Hicieron entrar en el ministerio á Mr. de Villele y Mr. Corbiere; pedian la depuracion en las prefecturas; querian al rey sin la Carta, y amenazaban abiertamente las conquistas sociales de 1789. ¿Por qué alfilerazos, decia Mr. de Vitrolles, en vez de una buena puñalada? A fines de 1821 Mrs. de la Bourdonaye y Delalot, jefes del partido, hicieron alianza con los liberales, y ante esta coalicion se retiró el ministerio. Mr. de Villele formó otro nuevo, lo cual, escribia más tarde Mr. Pasquier, era, más que una falta, un crimen.

De Serre fué nombrado embajador en Nápoles, donde conoció á Niebhur y disfrutó de las distracciones que el arte ofreció á su cultivado talento; pero su pensamiento no se apartaba de Francia y de la política interior de su país. No renunciaba á volver á la Cámara, y en los últimos meses de 1823 se presentó candidato en el colegio electoral de Metz; pero no fué elegido, habiéndole faltado cuatro votos para obtener mayoría, por haberse puesto en juego todo género de maniobras para hacer fracasar su candidatura, y se le presentó á los electores como jacobino, á este embajador del rey. De Serré, arrojado en la inaccion, murió el 21 de Julio del año siguiente.

Se le reconviene por haber variado de opinion; pero jamás

en sus aparentes cambios dejó de ser un liberal sincero; quería afirmar la monarquía por medio del espíritu liberal; y soñaba con unir todas las fuerzas de que disponía el partido moderado, contra todas las reacciones, cualquiera que ellas fueren; pero como acertadamente dice Mr. Royer Collard, y como no lo expresa suficientemente Mr. de Mazade, tenía la facultad de forjarse ilusiones; y esto fué lo que al fin le perdió, por más que él creyese sinceramente que iba á salvar la monarquía.

Habia nacido orador; tuvo en la tribuna esas frases brillantes que viven aún y vivirán en la memoria de los letrados. El fué quien dijo: «Se comienza por excluir y se acaba por proscribir.—La democracia corre anchamente por entre débiles diques, impotentes para contenerla.—Una sociedad bien ordenada es el mejor templo que puede ofrecerse al Eterno.—La obra más difícil es levantar para los siglos futuros un Gobierno libre; toda la sabiduría humana se emplearía en vano en ello sin el auxilio del tiempo, y el tiempo, celoso, sólo se ocupa de lo que él mismo ha fundado.» Mr. de Serre, decía un día Mr. Royer-Collard en una conversacion, tenía grandeza de carácter; su elocuencia se elevaba á una region superior; ¿qué os diré? No á la region en que se forman las borrascas, sino donde se halla algo elevado y sublime. Seriedad, imaginacion, elocuencia, todo lo poseia.

Réstanos dar gracias á Mr. de Mazade por haber sacado de la correspondencia y de los discursos del conde de Serre materia para un libro tan interesante, en el que se agrupan alrededor de un sólo hombre los principales acontecimientos de la restauracion. Por lo demás, es una obra que llega á propósito; que nos describe una época en la que, como dice Mr. de Mazade, se agitó un problema que aún no está resuelto, el problema de la libertad reglamentada por las instituciones parlamentarias, y que nos muestra en accion la política moderada, que si bien á menudo no tuvo buen éxito, seguramente lo tuvo mejor en todo caso que la política de los partidos exclusivos.

C. H.

Los Mirabeau. Nuevos estudios sobre la sociedad francesa en el siglo XVIII, por Luis de Lomenie, París, Dentu, 2 volúmenes en 8.º

Este monumento imponente, erigido á la familia de Mirabeau, no es un libro nuevo en absoluto; es una colección desarrollada y coordinada de los artículos publicados por grupos hace años en el *Correspondant* por el difunto Mr. de Lomenie, los cuales no debían ser en la idea del autor más que el preludio de una obra mucho más importante sobre el mismo gran orador, gran político y gran patriota.

Como los ocho tomos de las *Memorias de Mirabeau*, publicados en 1834 por su hijo adoptivo Lucas-Montigny, el estudio de Mr. de Lomenie ha tenido por base y por documentos la innumerable suma de papeles, correspondencias de familia, y manuscritos de todo género legada por Mirabeau á su hijo adoptivo, considerablemente aumentada por las investigaciones infatigables de éste, que, á su vez, legó estos materiales á uno de sus contemporáneos, á quien juzgó más á propósito para continuar el exámen y el escogido de ellos de la manera más inteligente y más fructuosa para el público, en una palabra, á Mr. de Lomenie.

La elección fué acertada, y justo es también hacer notar que para un investigador y un biógrafo por vocación, el regalo fué maravilloso. Durante veinte años Lomenie explotó esta mina y siguió sus filones en todas sus ramificaciones, sacando de ellos masas de material que sometió al crisol de la crítica, vendiendo los lingotes. Hoy tenemos á la vista la cadena de oro, ya medio forjada. ¿Quién la acabará de forjar y la pulimentará? ¿Quién se atreverá á trazar el retrato moral y político, tal vez definitivo, de aquel gran actor, juzgado prematuramente durante tanto tiempo, por las diatribas apasionadas de los órdenes privilegiados, cuyas tradiciones había repudiado, y para las que no era más que un renegado y un revolucionario; ó por las invectivas de los terroristas, indignados á poca

costa de descubrir un monárquico y un reaccionario, y por consecuencia un traidor, en el que muerto ántes de que se hubiera pronunciado en Francia la palabra república, y ántes tambien de que la soberanía real y la emigracion se hubieran desacreditado y perdido por sus apelaciones al extranjero, no habia en sus votos ido más allá de la monarquía constitucional, y habia proclamado por sí mismo que «la calumnia tiene un siglo para oscurecer la verdad y falsear la reputacion de los grandes hombres?»

El gran Mirabeau está aún esperando un biógrafo completo, instruido, imparcial; porque no hay que pensar en condecorar con este título, por su reseña superficial aunque calurosa, al infortunado Vermorel, que despues dejó extraviar su talento y perdió la vida en la *Commune*. Tal vez Mr. de Lomenie lo hubiera sido; así, pues, el luto de su familia por su pérdida alcanza tambien al círculo más extenso de todos los que saben cuán esencial elemento seria para la historia de la libertad esta biografía.

En la expectativa nada podrá preparar mejor para el estudio de la revolucion y de sus mil precursores y poder penetrar en la vida complicada y desorganizada del siglo XVIII, que la lectura de las veintiocho monografías consagradas por Lomenie á los miembros más importantes y á las circunstancias diferentes de una raza tan original y tan mezclada en todas las agitaciones militares, sociales y judiciales de su época.

La descripcion en el pasado y en el presente del castillo de Mirabeau, encaramado en la cumbre de una escarpada roca de la Provence, y la discusion más larga que interesante de los títulos y origen de una antigua y noble familia, cuya verdadera nobleza, cuya notoriedad é importancia histórica han sido incontestable y exclusivamente fundados por uno de sus últimos vástagos, Mirabeau, forman los tres primeros capítulos. Los tres siguientes relatan la historia romántica de un héroe de capa y espada, el marqués Juan Antonio, abuelo de Mirabeau, tan célebre por sus heridas *mortales*, á las que sobrevivió veintidos años, tiempo suficiente para casarse y tener siete hijos, como por sus golpes de pujavante en plena córte de un soldado que no *supo* ocultar bien la verdad; y luego la de su

esposa, matrona de gran severidad que acabó sus días loca.

Con el capítulo VII entramos en el corazón del asunto y renovamos conocimiento con el padre y el tío de Mirabeau. De este tío, el «bailio,» ya nos había dado noticia Lúcas-Montigny, haciéndole aparecer bajo una luz favorable por extensos extractos de su correspondencia, y que aquí vemos iluminado con un rayo más vivo y más cálido, presentándonos «como tan bien dotado respecto á talento como todos ellos, y superior á ambos por la nobleza de su alma (sin embargo, era difícil poder luchar con su sobrino en este particular), por la rectitud y lealtad de su carácter, por el desinterés y la delicadeza de una conciencia escrupulosa, por todas las cualidades, en una palabra, que constituyen el hombre honrado (tomo I, pág. 147).»

Estos dos hermanos, el bailio, en su larga carrera, y el marqués, economista, apellidado el *amigo de los hombres*, pasaron más de cincuenta años separados uno de otro por el diámetro de la tierra, y nos ofrecen ese fenómeno más raro y más digno de atención que los ejemplos célebres de las amistades de la antigüedad, cual es, el de haber sostenido, durante tan largo período, una correspondencia que cuenta más de 4.000 cartas, ó sean más de 6 al mes, en un sentido ó en otro, en las que reinan un afecto, una cordialidad, una confianza que van en aumento con los años («nuestras pasiones, dice el bailio, endurecen nuestros huesos,» y nuestras amistades también, podría añadirse, en los corazones bien dotados), y en la cual se trata, no sólo los asuntos, las acciones y los hechos de ámbos, sino que todas las grandes cuestiones que germinaban, se discutían y se cruzaban entónces, encuentran en esta correspondencia un eco original, inteligente y prolongado.

Esta correspondencia constituye el tesoro principal de que se han servido los dos biógrafos-editores, y hay que esperar que al fin se publicará íntegra algún día y dotará á la Francia de un epistolario de primer orden en la persona del bailio de Mirabeau, que añadirá gran número de párrafos y de argumentos de peso á la obra de Taine sobre el Antiguo Régimen y sobre la desorganización incomparable y progresiva que sufrió la Francia desde los últimos años del reinado de Luis XIV.

En efecto, Mr. de Lomenie ha tomado de esta correspondencia á manos llenas. Al referirnos las proezas y los deberes cumplidos á conciencia por el bailio que fué marino, gobernador de la Guadalupe, militar atrevido y estudioso, general de las galeras de Malta, candidato al ministerio de Marina durante el reinado de madame de Pompadour, y siempre hombre de honor, Lomenie ha hallado el medio de resucitar en detalle todas las instituciones que se relacionan con tan diferentes cargos.

Luego pinta al marqués de Mirabeau, ese padre fatal y estafalario cuyo sistema de educacion, contrario al buen sentido, hizo la desgracia de todos sus hijos, y en particular del orador que tanto se complació en calumniar; ese padre á quien Lomenie parece mostrar tanta indulgencia, en reconocimiento á la sana filantropía que se encuentra en sus obras de economía política, que sin embargo son á menudo absurdas. En seguida pasamos revista á sus principales amistades y gentes á quienes admiraba (Vauvenargues, Rousseau, etc.); su insensato matrimonio con la que debia ser la más desvergonzada de las esposas y las madres; la dilapidacion de su fortuna por cálculos quiméricos basados en desvaríos; las disputas sobre intereses entre el marqués y la marquesa, disputas que despues de largas y escandalosas hostilidades, terminan en una separacion completa y en una vida ulterior tan maculada por un lado como por el otro, extremidad demasiado comun en la mejor sociedad de aquella época, pues la sola obra de Lomenie hormiguea en ejemplos semejantes.

En medio de esta guerra intestina, y á vista de semejantes ejemplos, se educó el jóven Mirabeau, y apénas se comprende cómo despues de considerar tal espectáculo tenga el autor fuerzas para sentar de antemano las premisas de una gran severidad hácia este desgraciado jóven, tan bien dotado del lado del corazon y tan mal guiado por sus directores naturales.

Por fortuna, si esta tendencia nos parece muy rigurosa, recogemos una ámplia compensacion en ella por el exámen profundo, aunque episódico, de todas las cuestiones vitales que se presentan al paso.

Capítulos especiales y hechos de mano maestra, aunque á

veces algo largos, se ocupan en ahondar y esclarecer las injusticias más salientes y las pálidas ventajas del derecho de primogenitura, el inestricable avispero de los derechos de toda especie que pesaban sobre los pobres, y de que el clero y la nobleza estaban casi exentos; las justicias señoriales, los registros judiciales y los procesos eternos; luego, a propósito de las obras económicas del marqués, toda la historia de las doctrinas fisiocráticas, con digresiones sobre Quesnay, Turgot, el impuesto, las servidumbres, etc., etc.; en fin, la exposición completa de las admirables teorías del marqués sobre la odiosa y funesta institución de las órdenes de prisión (*lettres de cachet*), y de la contradicción en que cayó ese pobre reformador tirano, al reclamar, obtener y hacer ejecutar sucesivamente por sí sólo *diez y siete* de estas órdenes, contra su esposa, sus hijas, sus hijos, sus yernos y sus nueras.

En suma, este es un libro hermoso y útil que sólo deja al terminar su lectura un sentimiento, pero un pesar capital; que el autor no exista ya para continuarlo y llevar á feliz término, como sin duda lo habría hecho, su gran empresa.

EMILIO RERARD.





MISCELÁNEA.



A *biblioteca del Cairo*.—Entre las novedades que Ismail Bajá ha introducido en Egipto, á imitacion de los europeos, hay que notar la fundacion de una institucion que acaba de nacer; pero cuya importancia, de seguro, aumentará con el tiempo: la biblioteca del Cairo. Antiguamente las bibliotecas eran comunes entre los musulmanes: califas, gobernadores, visires y demás personajes ricos, hacian cuestion de honra coleccionar hermosos y raros manuscritos. Además de una gran cantidad de pequeñas bibliotecas particulares mencionadas en la obra árabe *Kitab el Fihrist*, existian dos espléndidas y especialmente célebres: *La casa de la sabiduría*, perteneciente al califa Ma'mun (siglo IX), famoso por la proteccion que concedia á los sábios, y la otra, *El almacen de libros*, fundado en el Cairo por los fatemitas, y que á juzgar por la relacion del historiador Makryzy debe haber contenido una coleccion excepcionalmente rica. Todos estos tesoros fueron dispersados y la mayor parte de ellos destruidos. Una sola clase de bibliotecas, las de las mezquitas, ha tenido mejor suerte; la santidad del lugar, y más aún su carácter de dotacion pública, las ha protegido contra la expoliacion y la destruccion. Las mezquitas consagradas á las oraciones públicas, cuentan, con sus

dependencias, entre las dotaciones públicas, *Wakf*, y toda mezquita importante tiene generalmente una colección de libros, ejemplares manuscritos del Corán, que los particulares hacen depositar en sus tumbas, bibliotecas enteras legadas para uso del público. Ciertamente es, sin embargo, que un gran número de estos manuscritos han desaparecido, por la negligencia, y á veces por la infidelidad de bibliotecarios poco escrupulosos. Basta ver los numerosos manuscritos de las bibliotecas públicas de Europa, marcados con la palabra *Wakf*, para convenirse de que han pertenecido á una fundación pública y que han ido al extranjero por una vía ilícita. Las bibliotecas de las mezquitas estaban, pues, espuestas á sufrir la suerte de otras colecciones de libros, y esta consideración es la que dió lugar al nacimiento de la idea de fundar una biblioteca vice-real. El proyecto fué aprobado por el virey en 1870, por un decreto que disponía la reunión de todos los libros pertenecientes á la *Wakf*, á los ministerios de Obras públicas y de Instrucción, á la antigua biblioteca (colección de obras árabes impresas) y á otros establecimientos públicos. A este fin se ha construido un edificio provisional en el patio del ministerio de Instrucción; se han hecho investigaciones en gran número de mezquitas y escuelas y, en muy corto tiempo, se recogió tal cantidad de manuscritos, que fué necesario suspender su adquisición á causa de la falta de personal para clasificarlos. La institución tiene un fondo casi inagotable, porque, además de las mezquitas del Cairo, únicas que hasta ahora han sido exploradas y que contienen por sí solas más manuscritos árabes que las mayores bibliotecas de Europa, existen las de las demás ciudades de Egipto. El primer director de esta biblioteca ha sido Mr. Luis Stern, egiptologista alemán, que hace año y medio fué reemplazado por Mr. Guillermo Spitta.

A un informe de Mr. Spitta, publicado en *L'Academy*, debemos los detalles que anteceden.

Si se considera lo que se ha hecho desde que la biblioteca está administrada por europeos, es decir, hace cinco años, el resultado podrá parecer insignificante; pero si se tienen en cuenta las dificultades de todo género que se han presentado, se ve con satisfacción que en ese corto período unos 24.000 volúmenes, cuyas dos terceras partes son manuscritos árabes, persas y turcos, han sido reunidos, clasificados y colocados en estantes con puertas de cristales, que se ha redactado un catálogo completo de libros europeos, y se ha emprendido la redacción de otro de libros orientales, que está muy adelantado y en vías de terminarse; que cada dos años se forma una tabla de las nuevas adquisiciones orientales, y que el primer volumen del catálogo científico aparecerá en breve. Además, se han abierto dos salones de lectura, aumentando cada día el número

de personas que los visitan. Por último, quince copistas están regularmente empleados en la biblioteca.

La teología ocupa el primer lugar: sabido es, en efecto, que las dos terceras partes de la literatura árabe pertenecen á este ramo, que comprende, además de la exposicion del Corán, la ley, la gramática y la lexicografía árabe, la métrica y la retórica. En todos estos ramos, y especialmente en el primero, la biblioteca es la más rica del mundo, pues posee nada ménos que quinientos comentarios del Corán, y entre ellos el de Abd-er-Razzah, el más antiguo conocido; otro en 25 tomos de Tabary, considerado el mejor y hasta ahora el único ejemplar que existe. Las colecciones de tradiciones, de leyes, de lexicones, las obras de matemáticas, de medicina y de astrología, contienen igualmente raros é importantes ejemplares. La historia, la geografía y la poesía que interesan particularmente á los europeos, no ofrecen tanta riqueza, porque las mejores obras han pasado poco á poco á Europa, como es fácil convencerse en París y en Leyden. En fin, preciso es hacer mencion de la magnífica coleccion de manuscritos iluminados del Corán, que sobrepuja á todas las demás conocidas en número y en interés. Más de veinte manuscritos enormes, algunos de los cuales tienen más de tres piés de largo, están colocados sobre mesas por órden cronológico y permiten estudiar la historia de la ornamentacion en Egipto durante un período de 500 años. Algunos de estos manuscritos figuraron en la Exposición universal de París.

Respecto á libros europeos, su adquisicion se hace únicamente con relacion á su utilidad actual, dándose la preferencia á los que tratan de enseñanza y de arquitectura, especialmente á los que no se encuentran en las bibliotecas particulares. Un sólo ramo, la Egiptología, se halla representada tan completamente como es posible. El folleto más insignificante que aparece es inmediatamente adquirido por la biblioteca del Cairo que, con el tiempo, llegará tambien á formar un digno complemento del museo egipcio de Boulak.

*
* *

La aldea bajo el antiguo régimen, por Alberto Babeau, segunda edicion.—París, Didier, en 12.º—Una grave reconvencion podria hacerse á Mr. Babeau respecto á su obra, á saber: que la aldea del antiguo régimen que en ella describe corresponde á la provincia de Champagne, y no á la del Lemousin, ó á la de la isla de Francia.

La mayor parte de los documentos que cita Mr. Babeau son tomados de la primera de estas provincias; de Troyes y de sus inmediaciones es de donde ha obtenido las principales noticias sobre las parroquias de la Francia antigua, y él mismo confiesa en su introduccion que el cuadro que ha tratado de bosquejar puede aplicarse con bastante precision al país situado al Norte y al Nordeste del Loira. De aquí el optimismo de Mr. Babeau, y por qué juzga á la Francia entera por la provincia de Champagne, donde el aldeano era relativamente feliz y poseia numerosas escuelas, de lo cual deduce el autor que los aldeanos del antiguo régimen no eran tan miserables ni tan ignorantes como se ha creído. Mr. Babeau hubiera debido abstenerse de emitir un juicio sobre el estado de la totalidad de las clases agrícolas; quien mucho abarca poco aprieta, y mejor hubiera sido que se hubiese limitado á las provincias de Champagne y de Borgofia, exponiendo su opinion concreta y con deducciones ciertas y absolutas sobre la condicion de los aldeanos en ámbas provincias. Vamos tambien á señalar otro defecto de la obra; los documentos citados en ella se refieren á épocas distintas, unos al siglo XIII, otros al XV y otros al XVIII; y sin embargo, en la narracion del autor parece que en tantos años la organizacion de las comunidades ha permanecido la misma. En esto tambien hubiera sido preciso establecer distinciones, anotar diferencias y marcar períodos diferentes. De todos modos, y á pesar de sus defectos, la obra de Mr. Babeau nos hace conocer la administracion de las campiñas bajo la monarquía antigua y la gestion de los asuntos comunales por los aldeanos. Gracias á los documentos que el sábio archivero de Troyes ha sabido procurarse, se ve claramente la parte que tomaba en la administracion el cura, el señor y el príncipe, y el apoyo que daban todos á la instruccion, á la agricultura y á la asistencia pública. En la provincia de Champagne, bajo el antiguo régimen, así como en las municipalidades de la América del Norte, se administraban los negocios comunes por asambleas generales de los habitantes, protegidos por el poder central contra la opresion de los señores y hallándose garantidos contra el poder central por su misma debilidad, los habitantes de los campos deliberaban sobre sus propios intereses y elegian sus agentes, siendo por eleccion todos los cargos municipales. Repetimos, sin embargo, que no hay que creer, como Mr. Babeau, que la vida comunal y administrativa durante el antiguo régimen fuera igual en todas las provincias, debiéndose tener en cuenta las diferencias debidas á la conquista, á las costumbres, etc.

Recomendamos, sobre todo, en esta importante obra, los capítulos en que el autor expone la intervencion del Estado en las aldeas (milicia, servidumbres y percepcion del impuesto). Lo que Mr. Babeau nos cuenta de los derechos

señoriales, de la iglesia, del cura y de los mayordomos de fábricas es muy curioso y no se leerán sin gusto las anécdotas con que ha salpicado su narración, por ejemplo, la de un hisopo mónico que esparcía sobre la peluca del señor una verdadera lluvia de agua bendita, y la de las campanas azotadas por el verdugo.

* * *

El *Library Journal* anuncia la venta de una de las más ricas bibliotecas que existen en Inglaterra, la de Henry Huth. La redacción del catálogo exigirá por lo menos un año de trabajo y constará de 5 grandes tomos en 8.º La más importante de las bibliotecas particulares de la Gran Bretaña es la de lord Spencer; le sigue la de Grenville, que pertenece hoy al Museo Británico y ha costado 1.500.000 pesetas.

La biblioteca de Huth ocupa el tercer lugar; pero vale casi el doble de la de Grenville, á consecuencia de la alza progresiva del precio de los libros raros.

* * *

John Lothrop Motley: A Memoir, por Oliver Wendall Holmes, Lóndres, Trübner.—Esta nueva edición de una Memoria publicada en el Boletín de la Sociedad de Historia de Mansachussetts, no es todavía más que un bosquejo, á pesar de las adiciones que ha tenido. Mr. Holmes, por lo menos, la considera así y presenta las razones en que funda esta opinion. Mr. Motley, dice, temía que su correspondencia privada se publicara; pero tiempo vendrá en que así suceda, cuando haya pasado á manos de una nueva generacion; por tanto el autor no ha querido recurrir á esta fuente de noticias, sino con la mayor reserva.

Nacido en Dorchester (hoy reunido á Boston), Motley estudió en el colegio de Harvard, despues en Gottingen y en Berlin, de donde volvió á Boston para terminar sus estudios de derecho; pero sus inclinaciones le llevaban á la literatura. En 1839 publicó su primera obra, *Morton's hope*, novela que á falta de otro interés, tiene el mérito, á juicio de Mr. Holmes, de ser una autobiografía. Otra novela, *Merry Mount*, no tuvo mejor éxito que la primera, y estos dos

fracasos hicieron que Motley se dedicara á la historia: habia encontrado su verdadera vocacion. Estaba preparando su grande obra referente al levantamiento de los Países Bajos, cuando supo que Prescott se ocupaba del mismo asunto, y habló de ello con éste último. Prescott contestó que el campo era bastante vasto para dejar lugar á los dos escritores, y llevó su generosidad hasta el punto de poner su biblioteca á disposicion de su jóven rival. Despues de diez años de trabajos durante los cuales recorrió la Europa para estudiar en las fuentes originales, Montley se dirigió á Lóndres, donde presentó su manuscrito al editor Murray, y aunque contaba que seria aceptado con agradecimiento, sólo obtuvo una negativa. Sin embargo, la casa editorial de Chapman consintió en publicar la obra, pero á costa del autor, que no tuvo motivo de queja.

Motley era un entusiasta admirador de Rubens, y la prueba la tenemos en el siguiente extracto de una carta que reproduce Mr. Holmes.

“No es solamente por el colorido por lo que este hombre sobrepuja con tanta facilidad á los demás, sino por la accion, en la cual se encuentra la vida, la carne y la sangre, además por el trágico poder de sus composiciones. ¿No queda uno espantado al pensar en la “vigorosa constitucion de ese hombre,” en las yugadas de tela que ha cubierto, en aquel vigor muscular, masculino, con que ese espléndido flamenco se sumergió para coger por los cabellos un arte que se ahogaba en la mala mar de los Luca Giordano, de los Pietro Cortona y otros?

Guido hubiera muy bien podido exclamar: ¡Ese atrevido mezcla con sangre sus colores! Providencialmente llegó á la meta y evocó en sus lienzos hombres y mujeres vivos, que respiraban, que se movían. A veces es exagerado, atrevido, como lo son todos los hombres de gran génio, bastante audaces para luchar cuerpo á cuerpo con la naturaleza; pero siempre hay en él cierta cosa que hace temblar, y muy amenudo esta cierta cosa es lo sublime y lo patético.”

* * *

Anúnciase la próxima publicacion en Rusia de un libro que ofrecerá para aquel país el mismo interés que las obras ilustradas en las demás naciones de Europa. *La Rusia Ilustrada*, tal será el título de esta obra, que comprenderá la descripcion geográfica, histórica, etnográfica y estadística de aquel vasto imperio. El director de la empresa es Mr. de Semenoff, presidente de la Sociedad rusa de geografia, y entre los numerosos colaboradores, se leen los nom-

bres más notables del mundo geográfico de Rusia. La publicación constará de cuatro tomos en folio adornados de gran número de ilustraciones, debidas á los mejores grabadores y dibujantes de Europa.

*
* *

La literatura alemana en los tiempos modernos, por Fernando Loise, miembro de las Reales Academias de Bélgica y España.—Un volúmen en 8.º de 400 páginas. París, Sandoy y Fischbacher, 1879.—Después de una revista sumaria de la literatura alemana del siglo XVII y de la primera mitad del siguiente, Mr. Loise, casi en la cuarta parte de su obra, trata de Klopstock y luego de Lessing hasta el fin, pasando en silencio en *La literatura alemana en los tiempos modernos*, los nombres de Wieland, Herder, Schiller, Goethe... sin que nada haga suponer que esta obra debe continuarse.

El autor la ha dividido en numerosos párrafos, numerados con caracteres romanos de gran tamaño, de los cuales hay dos y á veces tres en cada página. En los manuales en que esta numeración se emplea, tiene por objeto clasificar más rigurosamente las materias; pero Mr. L. se sirve de este sistema para colocar dentro de un marco los diversos pensamientos que le sugiere la exposición de hechos: “¡Oh! ¡Siglo XIX, siglo de la industria y de la política, siglo de las artes que hablan á los ojos y al oído, y titulado fastuosamente siglo de las luces, cuando la ciencia ciega trata de borrar á Dios de la frente del sol, tú has tenido tus grandezas, pero te ocultas en tu gloria, porque tu brillo no es más que tinieblas delante de los inmortales resplandores del arte nuevo que eleva el espíritu á las verdades eternas! Alejémonos de un tiempo sin poesía y remontémonos á Klopstock” (pág. 92, párrafo VI).—Podría citar otras muchas digresiones en que Mr. L. “derrama,” como dice él mismo hablando de Klopstock, “su sentimentalismo jaculatorio y lírico” (pág. 107).

El estilo de Mr. Loise es figurado. Conocida es la imagen célebre atribuida á uno de nuestros eminentes filósofos: “La filosofía es una muleta, á cuyo resplandor navegamos por la orilla del volcan.” Mr. L. escribe con no menos brillantez (pág. 54): “Es una fortuna para la especie humana que los soñadores filantrópicos y los filósofos del absurdo no seduzcan jamás á los pueblos hasta el punto de llamarlos á regir las riendas del Estado, y que su génio extraviado sea impotente á rehacer la obra de Dios por el modelo de las concepciones insensatas engendradas por la fiebre de un cerebro enfermo, confinado

al fondo de un gabinete de estudio, de donde se exhala el humo del orgullo que voga sin brújula á merced de todos los vientos de doctrina, sobre la mar sin fondo del error."

He suprimido una línea de esta frase que no es la más larga de la obra. En la pág. 31 hay una de treinta y seis renglones y medio, que por sí sola forma el párrafo entero Natural es suponer que el autor de estas laboriosas construcciones *ha pensado en alemán*. Mr. L. habita un país en que se habla francés, y que confina con Alemania; si su obra es un esfuerzo para traducir en francés para uso de sus compatriotas, el pensamiento germánico, por lo ménos la intencion es laudable, y hé aquí motivo para una crítica, que siendo sincera, querria ser graciosa. Por desgracia, el autor no está tan imbuido como podria suponerse en el pensamiento y en la literatura alemana; y nos manifiesta que acaba de terminar la lectura de la *Messiada* "hoy 17 de Febrero de 1876" (pág. 85); pero en sus juicios y en sus doctrinas apenas se inspira más que en nuestros escritores y parafrasea en un estilo ampuloso á Mrs. Bossert y Heinrich.



Sobre la inteligencia de un pasaje del Mriccha katiká.—El drama sanscrito, titulado *El carro de tierra cocido ó de arcilla (Mriccka katiká)*, contiene un pasaje que hasta ahora habia sido comprendido imperfectamente por los traductores. En el acto segundo se asiste á una escena de juego, que termina por una disputa entre uno de los jugadores y el dueño del garito, auxiliado por otro jugador. Estos quieren hacer desembolsar al primero el dinero que ha perdido, y no pueden conseguirlo, por la sencilla razon de que no lo tiene. Así es, pues, en vano, que lo persigan, que lo amenacen, que lo apaleen. En un momento dado, sin embargo, á Mathura, el director de lo que podremos llamar la ruleta, se le ocurre trazar, al rededor del jugador desgraciado é insolvente, el "círculo del jugador." Aumento de desesperacion de nuestro hombre, que exclama:

"¡Qué! ¿hème aquí encerrado en el círculo del jugador? ¡Ay de mí! esto nos impone obligaciones (ó nos expone á peligros) de que no podemos librarnos; ¿dónde encontrar lo que debo?"

¿Por qué causa ese círculo seria tan temible para el jugador? El texto no lo dice y tampoco el comentario de que se sirvieron sucesivamente Wilson y Paul Regnand para la traducción del drama. Ahora bien; en la nueva é intere-

sante obra de Mr. de Gubernatis, la *Mitología de las Plantas* (pág. 57), se encuentra la cita siguiente, sacada de la relación de un viaje á las Indias Orientales verificado en el siglo XIII, por Lud. Barthema, que parece tiene completa aplicación al caso en cuestión y que hace desaparecer toda su oscuridad:

“Cuando alguien debe cobrar dinero de otro mercader, si puede mostrar algún documento de los escribanos del rey, que tiene así como un ciento de ellos á su disposición, se procede de la manera siguiente: Supongamos que un individuo tenga que entregarme veinte y cinco ducados y que habiéndome ofrecido muchas veces pagármelos, no me los haya dado, y no quiera yo esperar más ni concederle ningún plazo, me voy á buscar al jefe de los Brahmanes (estos jefes son unos ciento), quien después de haberse asegurado de la verdad de mi relato acerca de mi deudor, me pone en la mano una rama verde. Entonces sigo los pasos del deudor y procuro un medio de rodearlo de un círculo, que trazo en la tierra con la rama, y si puedo conseguir colocarlo dentro del círculo, le digo por tres veces las siguientes palabras:

“De parte del jefe de los Brahmanes y del rey te ordeno que no salgas de aquí sin pagarme y satisfacerme todo lo que me debes.”

“Entonces él me paga ó muere de hambre en aquél sitio, aunque nadie quede allí para guardarlo; porque si saliera del círculo sin pagarme, el rey le haría perecer.”

Esta explicación dice Pablo Regnaud, es tanto más interesante cuanto que confirma la exactitud de las costumbres que hacen tan apreciable el drama citado.

